

FABIO ZAMARREÑO MÉNDEZ



«Cada página lograda es una letra al más allá»

Estudio de la correspondencia

Américo Castro-Pedro Salinas

Máster Universitario en Literatura Española

Departamento de Filología Española II (Literatura Española)

Facultad de Filología

Tutores:

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS MORENO

JOSÉ TERUEL BENAVENTE

Fecha de defensa: 2 de julio de 2015

Calificación: MATRÍCULA DE HONOR (10)

Curso Académico 2014-2015. Convocatoria de Junio

DECLARACIÓN PERSONAL 1

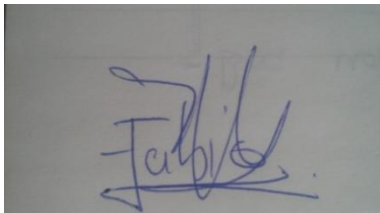
El abajo firmante, matriculado en el Máster Universitario en Literatura Española de la Facultad de Filología, autoriza a la Universidad Complutense de Madrid (UCM) a difundir y utilizar con fines académicos, no comerciales y mencionando expresamente a su autor el presente Trabajo Fin de Máster: “«Cada página lograda es una letra al más allá». Estudio de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas”, realizado durante el curso académico 2014-2015 bajo la dirección de Santiago López-Ríos [y con la colaboración externa de dirección de José Teruel Benavente, profesor de la UAM] en el Departamento de Filología II, y a la Biblioteca de la UCM a depositarlo en el Archivo Institucional *E-Prints Complutense* con el objeto de incrementar la difusión, uso e impacto del trabajo en Internet y garantizar su preservación y acceso a largo plazo.

DECLARACIÓN PERSONAL 2

D. Fabio Zamarreño Méndez, con NIF 02296322W, estudiante del Máster Universitario en Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid, curso 2014-2015, como autor/a de este documento académico, titulado “«Estudio de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas», y presentado como Trabajo Fin de Máster, para la obtención del título correspondiente,

DECLARO QUE

es fruto de mi trabajo personal y que no copio ni utilizo ideas, formulaciones, citas integrales e ilustraciones diversas, sacadas de cualquier obra, artículo, memoria, etc. (en versión impresa o electrónica), sin mencionar de forma clara y estricta su origen, tanto en el cuerpo del texto como en la bibliografía. Asimismo, soy plenamente consciente de que el hecho de no respetar estos extremos es objeto de sanciones universitarias y/o de otro orden.



Fdo: Fabio Zamarreño (válida para ambas declaraciones)

En Monterrey (México), a 12 de septiembre de 2016

- a) **Título del trabajo:** “«Cada página lograda es una letra al más allá». Estudio de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas”.
- b) **Autor:** Fabio Zamarreño Méndez
- a) **Resumen:** Este trabajo explora la correspondencia entre Pedro Salinas y Américo Castro a partir de una edición, que, a causa de la legislación vigente respecto de los derechos de autor, no puede ser publicada. Por tanto, aquí encontramos el estudio introductorio, que analiza ese epistolario desde todas las perspectivas: comenzando con un repaso teórico del subgénero epistolar, pronto se explican las dificultades en torno a la reconstrucción cronológica del epistolario. Temáticamente, se analizan diferentes aspectos, entre los que se encuentran, por ejemplo, los sucesos históricos narrados (con especial atención a las guerras civil y mundial), la educación de su tiempo, la universidad americana o los pasajes sobre la creación de sus propias obras literarias o ensayísticas. Además, se incluye la investigación de la relación tanto entre estos dos autores como con otras muchas figuras importantes de la época. Por último, se explican minuciosamente los criterios de edición seguidos y se incluye una cronología que nos permite ubicar de manera adecuada la génesis de las cartas.
- b) **Palabras clave:** Américo Castro, Pedro Salinas, epistolario, epistolografía, memorias, correspondencia, Edad de Plata, Medio Siglo, guerra civil, cartas.
- c) This paper explores the correspondence between Pedro Salinas and Américo Castro from the edition of their epistolary that cannot be published because of the current legislation regarding copyright. The article contains an introductory study that analyzes the collected documents from all perspectives: starting with a theoretical overview of the epistolary subgenre, soon the difficulties surrounding the chronological reconstruction of the correspondence are discussed. The reader can also find a research about topics such as important historical events (with special attention to the civil and world wars), the education of their time or the American university thorough selected excerpts. The composing of their own literary and essayistic documents is especially important here, as well as the analysis of the relationship between these two authors and other important scholars of their time. Finally, the editing criteria and a timeline -that allows having a better understanding of the origin of the documents- are also provided.
- d) **Key words:** Américo Castro, Pedro Salinas, epistolary, epistolography, memoirs, correspondence, Edad de Plata, Medio Siglo , Civil War, letters.

«Cada página lograda es una letra al más allá»

Estudio y edición de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas

FABIO ZAMARREÑO MÉNDEZ

«Cada página lograda es una letra al más allá»

Estudio y edición de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas

A mi Doktorvater, por tirar desde el brocal.

GRACIAS...

A mi familia de carne y hueso (papá, mamá), y a la que yo elegí después (Natalia, Carlos, Yoli).

A Miguel, por todo, y a mis lectores con gafas de natación (Cris, Jara, *Chapi*; Palas, Pedro, Mon).

A mis compañeros de viaje, Casandra, David, Cristian, Andrea, Ilse.

A Luce López-Baralt, santísima compañera de lágrimas y siempre *luz* en mi camino. Y a mis nuevos hermanos boricuas (Nitzaira, Landy, Ricky, Carlos, Payco), por decirme que merecería la pena.

A José Teruel y a Ana, por su acogida *autónoma*.

A mi americano favorito, Brad, por darme alas para recorrer el mundo.

A Fanny por sus consejos, a Dolores por su apoyo y entusiasmo y a Alicia por decirme que encontraría mi lugar. A Rebeca, por nuestros intercambios transoceánicos.

A Ruth, por bautizarme como investigador.

A Sandra, por todo lo que compartimos en secreto.

A Teresa, por su verde esperanza.

A Ana Pérez-Gironés, por su calor hispano en tierras gélidas.

A mis personajes cervantinos favoritos, Grisóstomo y Sancho Panza, porque, sin ellos, este trabajo nunca hubiera salido adelante.

A Santi, siempre. *Nullus sermo sufficiat*.

ÍNDICE

1. Una aventura hacia la edición de textos	pág. 21
1.1. La carta y sus particularidades genéricas	pág. 21
1.2. Desafíos ecdóticos	pág. 25
1.3. Número y orden de las cartas encontradas	pág. 27
1.3.1. Las cartas perdidas	pág. 27
2. Misivas de sangre: dos intelectuales ante el drama del exilio y la guerra civil	pág. 31
3. ¿«Amigos, nada más; el resto es selva»?	pág. 39
3.1. Un filólogo entre dos poetas: Américo Castro, Pedro Salinas y Jorge Guillén	pág. 40
3.2. «¿Qué habrá sido de tantos y tantos amigos?»	pág. 42
3.3. Fobias poéticas	pág. 51
4. Educación, historia, filosofía y literatura en la reflexión epistolar	pág. 62
4.1. «Calor y entusiasmo por una universidad mejor»	pág. 62
4.2. «¿Cómo llamar a eso? Cada día sé menos de literatura, y entiendo menos»	pág. 69
4.2.1. Albores de plata: reflexiones sobre la Generación del 98, el Modernismo, y sus diversos componentes	pág. 70
4.2.2. Américo Castro: génesis de un pensamiento desde su correspondencia	pág. 75
4.2.3. «La construcción de mi España cristiano-islámica no me la moverá nadie que no sea un idiota o un bellaco». Recepción de la obra ensayística de Américo Castro	pág. 86

4.2.4.	«Lo peor es que eso me ha quitado las ganas de escribir». Pedro Salinas y la angustia editorial	pág. 89
4.2.5.	«A crítico me voy mi paso a paso...»: la obra literaria de Pedro Salinas comentada por Américo Castro	pág. 92
4.2.6.	«Salve, maestro». La obra ensayística de Américo Castro comentada por Pedro Salinas	pág. 98
5.	La máscara y el rostro: Américo Castro y Pedro Salinas en su faceta más íntima	pág. 103
6.	«La soledad que invade el alma es angustiosa»	pág. 111
7.	«Ya todo acabó». La relación Castro-Salinas desde la otra ladera. Conclusiones	pág. 114
8.	Esta edición	pág. 118
8.1.	Orden del epistolario	pág. 118
8.2.	Criterios de transcripción	pág. 120
8.2.1.	Notas	pág. 121
8.2.2.	Mayúsculas	pág. 122
8.2.3.	Abreviaturas	pág. 122
8.2.4.	Uso de «usted», «V.» «ud.» «vd» y plurales	pág. 124
8.2.5.	Uso de los tratamientos	pág. 124
8.2.6.	Puntuación	pág. 125
8.2.7.	Acentuación	pág. 125
8.2.8.	Cursiva	pág. 126
8.2.9.	Versalita	pág. 126
8.2.10.	Números	pág. 127
	Bibliografía	pág. 132
	Cronología	pág. 143

Tu primer cuidado ha de ser tomar un maestro lo más sabio que te sea posible, ya que no es de pensar que enseñe bien quien está desprovisto de cultura. En cuanto consigas semejante preceptor, procura por todos los modos que, en cuanto al afecto, él sea para ti como un padre, y tú para él como un hijo. La misma razón de lo que debe ser, aconseja a proceder así, puesto que no debemos menos a aquellos que nos dan la norma para vivir rectamente, que aquellos de quienes recibimos los inicios de la vida.

Erasmus de Rotterdam

1. Una aventura hacia la edición de textos^a

*Hombre que acaba una carta
sabe de sí un poco más de lo que sabía antes.*

Pedro Salinas, «Defensa de la carta misiva»

1.1. La carta y sus particularidades genéricas*

Antes de comenzar a escribir sobre la correspondencia que hemos editado, convendría conocer qué es exactamente una carta¹. Genara Pulido, en su aclaratorio artículo «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica» señala, ya desde el título, la peculiar situación en la que se encuentra este «subgénero literario». Tras indicar la confusión aún existente sobre cuándo podemos situar el inicio de la epistolaridad (según la profesora algunos autores aseguran que fue en Roma, pero tenemos registro de actividad ya en Grecia, como por ejemplo las cartas apócrifas de Aristóteles y Demóstenes), Pulido afirma que

la epístola que aquí nos interesa es la moderna, la que surge a partir del siglo XVII –aunque desde el XV aumenta notablemente su cultivo, ya que ofrece un ámbito de libertad sumamente atractivo tras la desaparición de la sacralizada y estamental Edad Media–, a la par que la burguesía y el concepto de sujeto libre, pues es entonces cuando aparece la carta privada en tanto que manifestación de la privacidad de un sujeto que se la transmite a otro; si bien, también es cierto que tal privacidad se ha visto rota con frecuencia por la publicación de

* Para una mejor comprensión de este trabajo será necesario consultar mi artículo “La correspondencia entre Pedro Salinas y Américo Castro: desafíos ético-ecdóticos”, que publicarán próximamente los organizadores de las IV Jornadas de Iniciación a la Investigación de la Universidad Complutense de Madrid. Dicho artículo nació tanto este estudio como de mi primera comunicación académica en dichas jornadas, titulada “El interés de la correspondencia Américo Castro-Pedro Salinas y sus desafíos textuales”. (23/03/2015, Paraninfo UCM).

¹ Para ello hemos recurrido al artículo de Genera PULIDO TIRADO, «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica», Disponible en el sitio web Biblioteca Cervantes Virtual <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica4/html/> (Último acceso 15 de mayo de 2015).

epistolarios que en principio no estaban destinados a un público amplio².

Además, asegura, a causa de la sociedad represora y patriarcal, hay que tener en cuenta que fue la mujer quien obtuvo un mayor beneficio de la libertad y privacidad que la carta proporcionó. Estamos plenamente de acuerdo con la afirmación y creíamos necesario señalarlo, pese a que nuestra correspondencia esté construida por dos hombres. La epístola tenía en la Edad Media y Siglos de Oro un bagaje cultural y retórico muy potente, y, de hecho, en cualquier manual se podían encontrar las cinco partes en que debía dividirse para su correcta estructura (*salutatio*, *captatio benevolentiae* o *expressio malevolentiae*, *narratio*, *petitio* y *conclusio*)³. Para Pulido, esta tradición literaria tuvo un importante peso en la creación del subgénero de la epístola literaria, ya sea poética o en prosa (y que no debemos confundir con lo que aquí estudiamos, pues carece de receptor único y en principio tiene una intención estilística particular, de la que suele carecer la correspondencia). No son, por tanto, este tipo de textos los que nos interesan, sino aquellos que se envían a un destinatario concreto con la intención de que exclusivamente él o ella los lean. «Y es que una carta sin destinatario quedaría convertida de inmediato en un diario, una confesión o una biografía»⁴. De ahí que «la existencia explícita de tal elemento de la comunicación como característica definitoria de este tipo de discurso, “la imaginación del tú por parte del yo que escribe” (Claudio Guillén), no pueda ser olvidada nunca»⁵. Se podría solucionar este pequeño problema conceptual diferenciando los géneros epistolares (ficcional) de las cartas llamadas «reales», según una clasificación del propio Guillén⁶.

Así, la carta forma parte del conjunto de manifestaciones escritas que se han englobado hasta ahora bajo el marbete de *escrituras del yo* o *escritura subjetiva*⁷. Recurre Genera Pulido a Roxanna Pagés-Rangel para explicar los motivos por los que la

² Ibíd.

³ Genera PULIDO TIRADO, «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica». La versión que hemos leído no estaba paginada

⁴ Ibíd.

⁵ Ibíd.

⁶ Claudio GUILLÉN: «La escritura feliz: literatura y epistolaridad», en *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona, Tusquets, 1998 (177-233), págs. 180-82.

⁷ Genera PULIDO TIRADO, «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica».

carta, pese a su infinito interés como instrumento metodológico de investigación, ha quedado relegada a la sombra durante tantos siglos:

[...] estas cartas [privadas] han sido tradicionalmente excluidas del parnaso de los géneros literarios ‘mayores’, de la dignidad del valor estético que estos ostentan y de la autonomía que ellos reclaman para sí. Acostumbrada a modelos de lectura que privilegian textos y géneros claramente demarcados como ‘creativos’ o ‘de ficción’, la crítica literaria ha preferido no adentrarse demasiado en un territorio textual que dificulta e incluso pone en cuestionamiento las premisas básicas sobre las que se instala su análisis e interpretación. Así, en el árbol de la genealogía de la literatura, la carta privada ha compartido junto con la autobiografía, la memoria y el diario un destino y un espacio temporal: como sus parientes cercanos, ha sido, hasta muy recientemente, un sub-género, una especie secundaria, un miembro de una familia hegemónico⁸.

Además, otras razones que explican la marginación de los epistolarios tal vez podamos buscarlas en un conocido texto de Michel Foucault, explorado por Ana Garriga, y que declaraba tajantemente que una «lettre privée peut bien avoir un signataire, elle n'a pas d'auteur»⁹. La carta quedaba así, una vez más, desterrada por la tiranía del canon literario. Años después, en 1987, Alexander Nehamas, en su artículo «Writer, Text, Work, Author», contestaba con brillantez al texto de Foucault («Qu'est-ce que c'est un auteur?»), y dejaba la puerta abierta para que cartas privadas y otros géneros de la literatura pudieran poseer aquello que Foucault había llamado «fonction auteur»¹⁰:

to consider that a text has an author, therefore, is to make a discovery about its history. It is to take a particular attitude toward that text, to be willing to ask certain questions of it, and to expect certain answers from it [...] interpretation is required when a

⁸ Roxanna PAGÉS-RANGEL, *Del dominio público: Itinerario de la carta privada*. Ámsterdam, Rodopi, 1997, pág. 6 *apud* Genera PULIDO TIRADO, «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica». A lo largo del estudio introductorio usamos el término ‘epístola’ para referirnos a lo que aquí se entiende como ‘carta’. A partir de este momento obviamos el género de la epístola poética o literaria.

⁹ Michel FOUCAULT, «Qu'est-ce que c'est un auteur?», *Littoral*, 9, 1983 (3-32), pág. 12 *apud* Ana GARRIGA, «El arte epistolar de Teresa de Jesús» (en prensa).

¹⁰ *Ibíd.*

particular text conceals an implicit and, ideally, profound meaning differing from the meaning the text appears to have¹¹.

Solucionadas dichas disparidades, existen otras características privativas cuando se habla de epistolaridad, como la que ha señalado, entre otros, el profesor Marcos Roca. El uso de la carta es inextricable a su concepción como método de comunicación humana, íntimamente relacionada con la oralidad:

Nos encontramos, pues, ante un género sintético, fronterizo, bifronte: conjunción de dos tiempos diferentes, vínculo de dos espacios distantes, confluencia de lo puramente enunciativo con la constante referencia metatextual, límite entre la interacción dialógica y el discurso autónomo, máxima expresión, en suma, de la utilización retórica al servicio de la comunicación entre los hombres¹².

Si bien es cierto que todos estos datos nos proporcionan información sobre la carta, también lo es que en nada aclaran sus posibles filiaciones literarias. En este sentido, tenemos que afirmar que, aunque conocemos ahora un poco mejor las características del material con el que vamos a trabajar, la determinación del carácter artístico que pueda presentar la carta moderna –teniendo presentes todas sus posibles variantes, así como el género en el que deberían incluirse– es sumamente confusa. Coincidimos, en este sentido, con las conclusiones a las que llega la profesora Pulido en su artículo.

Por todo ello, consideramos que es mejor no intentar encorsetar los infinitos documentos que se definen con el nombre de ‘cartas’ dentro de unas características rígidas y que poco aportan a su estudio. Si tenemos en cuenta la historia de la literatura española, sus mejores obras (la *Celestina*, el *Quijote*, los poemas de San Juan de la Cruz, *Lucas de bohemia*...) supusieron una ruptura radical con los cánones genéricos establecidos, y ello les aportó un plus de innovación, calidad y vanguardismo. Desde esta investigación no se pretenderá en ningún momento atribuir ciertas características a

¹¹ Alexander NEHAMAS, «Writer, Text, Work, Author», en *Literature and the Question of Philosophy*, ed. Anthony CASCARDI, Baltimore, John Hopkins University Press, 1987 (265-291), pág. 276 *apud* Ana GARRIGA, «El arte epistolar de Teresa de Jesús» (en prensa).

¹² Marcos ROCA SIERRA, «Retórica del discurso epistolar». En *Investigaciones Semióticas III. Retórica y lenguajes*, Madrid, UNED, 2 (327-34) pág. 333 *apud* Genera PULIDO TIRADO, «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica».

los documentos por el hecho de que vengan denominados con el nombre de cartas. imponer lo contrario: dejaremos que sea el texto el que imponga sus normas, y no imputar nosotros peculiaridades inexistentes por esa manía que se ha tenido siempre, desde la bibliografía literaria, de encajonar la literatura y el arte e intentar que sus características coincidan con lo que hemos leído en los manuales.

1.2. Desafíos ecdóticos

El presente epígrafe pretende estudiar de manera minuciosa los desafíos ecdóticos que ha presentado la reconstrucción de este epistolario. Los documentos editados permitirán conocer en profundidad la significativa relación humana e intelectual entre el filólogo y el poeta, que se cartearon en un doloroso contexto¹³. El proceso de edición ha sido largo, y se ha seguido una serie de pasos que intentan extraer el máximo rendimiento a lo que este material puede aportar, que es mucho. Entre las tareas primordiales en este campo destacaríamos la localización de las cartas, su búsqueda y transcripción, o la elección de unos criterios de edición rigurosos. Se considera imprescindible, a su vez, incluir algunas notas sobre dicho proceso intelectual que, como todos, comienza siendo arduo pero acaba de manera fascinante.

El conjunto de epístolas que cruzaron Américo Castro y Pedro Salinas, inédito hasta el momento y, de hecho, prácticamente desconocido, se encontraba escindido en lugares muy diversos¹⁴. Además, se ha de aclarar que, para este trabajo, aún no se han

¹³ Sorteando dos guerras, la civil y la mundial, como se puede ver en la cronología específica que hemos realizado.

¹⁴ En cuanto a su investigación, solo se han acercado a este epistolario de forma extremadamente reciente Carolina RODRÍGUEZ-LÓPEZ y Daniel VENTURA HERRANZ («De exilios y emociones», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, XXXVI, diciembre 2014, págs. 113-138). La perspectiva que se toma en el artículo es puramente histórica, y nada tiene que hacer con los temas de gran profundidad literaria que aquí vamos a mencionar. Sí estudian, en cambio, aspectos como la soledad de los autores (Federico de Onís, Pedro Salinas y Américo Castro) pero consideramos que no se profundiza lo suficiente en la verdadera relación que estos tuvieron. En la parte final de nuestra investigación creemos aportar una nueva mirada sobre la amistad que compartieron Castro y Salinas.

Asimismo, se llevó a cabo, hace algunos años, la impresionante tarea de intentar recopilar el epistolario completo de Pedro Salinas (Pedro SALINAS, *Obras completas III: Epistolario*, ed. Enric BOU y Montserrat ESCARTÍN, Madrid, Cátedra, 2007). Allí se transcribieron numerosas cartas, entre ellas algunas de las que

podido consultar las cartas originales, y hemos tenido que acudir a copias digitalizadas. En su momento, y con la intención de desarrollar un estudio mucho más amplio sobre esta correspondencia, intentaremos acceder a los manuscritos. Es obvio que el material con el que estamos trabajando es inmenso, y que rozaría lo absurdo intentar editarlo y anotarlo de manera completa para un Trabajo de Fin de Máster. Por ese motivo, y como un acto de responsabilidad académica, se conciben estas páginas como el primer paso de una tarea investigadora que, esperemos, culmine en tesis doctoral. Las fuentes documentales usadas han sido:

- La digitalización de las cartas que Américo Castro envió a Pedro Salinas, y cuya copia se encuentra en la Residencia de Estudiantes (Madrid). Componen un número total de sesenta y nueve cartas, tanto manuscritas como mecanografiadas, y cabe mencionar que en algunas de ellas encontramos anotaciones de Carmen de Castro, esposa de don Américo. De hecho, se conserva una misiva enteramente manuscrita por ella, que no tiene fecha ni lugar de composición, pero que ha sido ubicada en la zona correspondiente a las cartas de 1940. Los textos originales se custodian en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts, Estados Unidos), signatura MS SPAN 100. Fueron donados por Jaime Pedro Salinas y Solita Salinas de Marichal –hijos del poeta– en 1969 y 1974, respectivamente.
- La digitalización de las cartas de Pedro Salinas a Américo Castro. La Fundación Xavier Zubiri (Madrid) posee por herencia la correspondencia que Pedro Salinas le envió a Américo Castro¹⁵. Dicha Fundación solo permite consultar el formato digital, y no es posible realizar fotocopias. El número de documentos solo llega en este caso a los treinta y tres, lo que supone un desafío ecdótico por la descompensación entre ambos corpus. Se encuentran mecanografiadas en su mayoría, pero hay algunas cartas manuscritas y anotaciones al margen en otras. En este caso, no hay ninguna misiva que no esté firmada por el propio Pedro Salinas.

Pedro Salinas le envió a Américo Castro. No sabemos qué criterio se ha seguido, pero solo se hallan veintidós de las treinta y tres totales que nosotros hemos editado. De hecho, no hemos utilizado ese material, y la transcripción procede íntegramente de los documentos de la Fundación Zubiri. En posteriores investigaciones nos gustaría realizar una edición crítica cotejando las diferentes versiones.

¹⁵ Se puede encontrar más información sobre dicha fundación en la página web <http://www.zubiri.net>.

1.3. Número y orden de las cartas encontradas. Posibles caminos

1.3.1. Las cartas perdidas

La primera pregunta que habría que realizarse cuando decidimos editar un epistolario es, sin duda, si este se encuentra completo. La respuesta ante tal cuestión se conoce de antemano si leemos atentamente lo que escribe Andrés Soria acerca del archivo de Salinas, perdido casi en su totalidad durante la guerra civil, y que incluía las cartas de Jorge Guillén:

Con toda su resonancia ilustrada, ese es el calificativo que conviene a la correspondencia de Pedro Salinas y Jorge Guillén [«inestimable»], a pesar de que ha llegado a nuestras manos en estado trunco. De su primer tramo (1922-1936) no se conservan más que las cartas de Salinas, ya que gran parte de sus papeles (entre los que se encontraban las cartas de Guillén) se perdió o se extravió durante la guerra civil. En el segundo tramo (1937-1951), la compensación de oír las «dos voces a nivel» del verso guilleniano tiene la contrapartida de que el diálogo transcurre en el exilio. La primera lección de este epistolario es de historia, y amarga. Pero el conjunto que se ha conservado sobra para instalarlo en un lugar eminente de la epistolografía del grupo de 1927 y de la literatura española contemporánea¹⁶.

Se ha escogido el fragmento por las innegables concomitancias que presenta con nuestra investigación. Se puede apreciar que el tramo de la correspondencia Guillén–Salinas que editó Soria coincide con el de nuestras cartas, que se extiende desde 1936 hasta la muerte del poeta en 1951. Si por motivos obvios don Pedro extravió durante la guerra civil las misivas escritas por Jorge Guillén, es de suponer que lo mismo ocurrió con las de Castro, incluidas *a priori* en el mismo archivo. De hecho, el autor de *El defensor* reconoce esta dolorosa pérdida en una de las cartas que conforman nuestra correspondencia: «Le mando una bibliografía, no completa, porque como sabe usted perdí todos mis papeles en Madrid. No se fíe del todo de ella, porque es una improvisación hecha *on the spur of the moment*» (Salinas, 8). Por dicho motivo, hallamos la primera carta (de Américo Castro) con fecha del 13 de julio de 1936.

¹⁶ Pedro SALINAS y Jorge GUILLÉN, *Correspondencia (1923-1951)*, pág. 35.

Pero la relación entre Pedro Salinas y Américo Castro comenzó mucho antes de esa época¹⁷. No deja de resultar curioso que el primer documento de Pedro Salinas que hemos encontrado sea del 31 de enero de 1938, pues, en principio, no existen evidencias biográficas que prueben que Américo Castro también sufrió pérdidas de archivo (aunque es probable, según los testimonios de los autores en este epistolario acerca de la agitación que les supuso el exilio).

En el corpus que Castro envió a Salinas no coincide el orden cronológico con el físico de las cartas, aunque hay que señalar que sí existe un claro intento de organización a lo largo del epistolario por parte de los catalogadores. Los documentos han sido recolocados y algunos tienen, incluso, una posible fecha de composición escrita a lápiz cuando esta no aparece en el original. Trataremos ese tema más adelante, pero no sin antes haber realizado la segunda pregunta indispensable. Una vez conocido que carecemos de la primera franja del epistolario, ¿podríamos asegurar que la otra etapa (1936-1951) sí está completa?

A priori, la respuesta es obvia: si tenemos sesenta y ocho cartas escritas por Américo Castro y treinta y tres por Salinas¹⁸, es evidente que no solo faltan documentos,

¹⁷ Salinas le escribe una valiosísima carta a Margarita Bonmatí ya el 27 de octubre de 1915, lo que se convierte uno de los primeros documentos que atestigua su relación con Castro. En ella, don Pedro escribió que «estaba tranquilo anoche, te diré por qué había hablado por la tarde largamente, al salir de su clase, con Castro, ese joven profesor de la universidad que me proporcionó lo de París. No le parece enteramente bien a él que yo sea, o aspire a ser, catedrático de instituto: dice que debo serlo de universidad, y me da para ello razones de valor, entre otras que es más fácil ganar una oposición de universidad que de instituto. Pero hay la gran dificultad de que para hacer esas oposiciones hay que ser doctor en letras y no doctor en historia, como soy yo: lo ha arreglado así una reciente disposición ministerial estúpida. Y eso quiere decir que si acepto esa idea tengo que estudiar la licenciatura y el doctorado en letras, 14 asignaturas, todavía. Yo le dije a Castro que a mí me parecía bien su plan, pero que no veía más que inconvenientes, porque con ese plan no podría hacer oposiciones hasta dentro de dos años y medio, y yo temía que faltase lo de París. Y entonces él, que ha sido lector en la Sorbona, y que es amigo de Martinenche, me dijo (y ahí verás el principal motivo de mi esperanza y tranquilidad de anoche) que él creía que quedarme en París el tiempo que quisiera era casi seguro, primero porque lo hago bien y después porque no hay otro que pudiera ir [...]. Y en cuanto al plan de estudios de Castro, ¿qué te parece? Tendría que estudiar latín, griego, un poco de árabe y hebreo e historia del castellano; estas son las cosas principales, como ves todas muy convenientes y aún necesarias para mí; lo único molesto es que tengo que hacer otra serie de exámenes [...]» (Pedro SALINAS, *Obras completas III: Epistolario*, ed. Enric BOU y Montserrat ESCARTÍN, Madrid, Cátedra, 2007, págs. 127-128).

¹⁸ El corpus total es de sesenta y nueve incluyendo la de Carmen de Castro.

sino que carecemos de una parte muy importante de lo que fue un hipotético *corpora* total. Los motivos por los que esto ha podido suceder son diversos y casi imposibles de averiguar, aunque sí encontramos evidencias textuales a las que nos podemos aferrar para justificar dichas ausencias.

Lo normal, en cualquier relación epistolar, es que las cartas comprometidas o que tratan temas espinosos sean destruidas. En varias ocasiones, a lo largo del epistolario, observamos que Américo Castro impele a su colega a deshacerse de ciertos documentos. El primer caso lo encontramos el 27 de septiembre de 1942, y se reviste aún de mayor importancia al estar expedido tanto a Pedro Salinas como a Jorge Guillén. Tras dirigir palabras muy duras contra *L'École* francesa («Por lo visto se les está subiendo a la cabeza el imperialismo francés y pretenden uncir al carro triunfal (?) a españoles, italianos, etc., como si fuéramos tunecinos o annamitas» Castro, 28), escribirá el filólogo al final de la misma epístola que «Me parecía indispensable explicarles hasta el fondo lo que ocurre en este, por lo demás, minúsculo asunto. No necesito decir que esta carta es muy íntima y no para sus *files*».

Pero no es este el único momento en el que Américo Castro reconoce su agresiva locuacidad y pide que se destruya un documento. En otra ocasión, (fecha el 22 de junio y que hemos colocado en la posición que correspondería a 1943) escribe una pequeña nota final:

Le ruego no conserve esta carta. Los papeles quedan por ahí, y el día de mañana no quiero aparecer metido en cosas personales. El asunto este requería personalizar y aludir a gente. Pero confío en que echará esto al cesto (Castro, 32).

Resulta curioso (e incluso cómico) observar cómo Pedro Salinas ignoró las peticiones de su amigo, causa por la que setenta años después podemos disfrutar de estos valiosos documentos. Podríamos pensar, por tanto, que el poeta no destruyó ninguna de las cartas de Castro, y por ese motivo conservamos el doble de documentos en esta dirección que en la opuesta. Por desgracia, no disponemos de mecanismos suficientes para corroborar dicha hipótesis. Es más, aunque el poeta no hubiese destruido las cartas que su amigo le exigía, es razonable pensar que a lo largo de sus numerosos viajes pudo sufrir extravíos, o que sí se deshizo de otras aún más comprometedoras. Siempre que trabajemos con este tipo de documentación tenemos que pensar que lo más probable es que se encuentre incompleta. Por otro lado, sería

poco ético por parte de Américo Castro pedirle a su amigo que se deshiciese de un material delicado sin dar él mismo ejemplo. Estamos convencidos de que, en muchas ocasiones, destruyó estos papeles, y por ello solo contamos con treinta y tres documentos de su corresponsal.

También resulta llamativo cómo, tras pedir opinión Américo Castro sobre el poeta Herrera Petere a su amigo -para decidir si lo recomendaba o no en un puesto universitario- le anima a hablar con libertad, acuciándolo con una promesa: «Me urge el informe (sea franco, porque romperé la carta que me mande, como usted debe echar esta al cesto)» (Castro, 31). Por suerte Pedro Salinas no tiró la carta, pero lo más curioso -y casi risible- de todo esto se encuentra en la siguiente epístola, que comienza como sigue:

Mi querido Castro:

Contesto a su carta con la celeridad que supongo usted desea. Conocí a Herrera Petere en Madrid, hace muchos años. Es hijo del Coronel Herrera, el aerostero. Escritor pintoresco y original, un poco a lo Ramón, de una especie de primitivismo alegre [...] (Salinas, 13).

Evidentemente, la conservamos. Por tanto, parece que no solo fue don Pedro quien no se deshizo de las cartas más delicadas, pese a las previas promesas, por parte de ambos, de que lo harían.

2. Misivas de sangre: dos intelectuales ante el drama del exilio y la guerra civil

Con ser vencidos llevan la victoria.

Miguel de Cervantes, el *Quijote*

En cuanto al contenido de las epístolas, nos encontramos frente a uno de los momentos más complejos de la historia española. También para sus millones de habitantes, entre los que, en ese momento, se encontraban Américo Castro y Pedro Salinas. Estos rostros, en algunos casos conocidos y en otros completamente anónimos, asisten a la llegada de una guerra civil que

[...] desarticula la vida colectiva e individual de toda la gente española. Américo Castro comienza una nueva vida de desterrado (exiliado, decimos ahora) en Estados Unidos. Debido a la catástrofe de su país, se hace más hondo en él su «dolor de España»¹⁹.

Pero no serán solo Castro y Salinas los que tienen que abandonar su patria, que ha llegado a una situación insostenible. Millares de personas -entre ellos muchos de los intelectuales de la Edad de Plata-, tuvieron que hacer las maletas -o salir sin ellas perdiéndolo todo, como en el caso de Salinas- para protegerse de la desgracia que los acechaba. Por su parte, muchos otros -como veremos más adelante- decidieron quedarse. Pero el horror queda fuera de cuestiones políticas o morales. Independientemente de quién fuese el ganador, si es que hubo alguno, la guerra arrasó todo lo que encontró a su paso, sin entender de ideologías o poses intelectuales.

Con esta premisa, recorreremos algunas de las líneas del epistolario. Los autores, aquejados del dolor supremo de la muerte, describen minuciosamente un escenario que, como aseguró Guillermo Araya, se convertiría en punto de inflexión; tanto en el pensamiento de Américo Castro, como en el de todos aquellos que tuvieron que pasar por dicho trance. Es lógico que la frustración causada por la persecución intelectual, que acabó con las vidas de componentes de ambos bandos (Federico García Lorca, Miguel Hernández, José María Hinojosa o Ramiro de Maeztu, entre otros muchos), sea uno de

¹⁹ Guillermo ARAYA, *El pensamiento de Américo Castro*, Madrid, Alianza, 1983, pág. 11.

los temas fundamentales que aportan estas misivas. Si se escoge una carta al azar, no es difícil encontrar afirmaciones como la siguiente:

De España, qué decir. Atiborrar cada vez más el ánimo con desesperación. No hay justicia... cuando se rompe el equilibrio, adiós todo. Europa no estaba aún madura para andar en paz: y vuelve a la selva. Nunca debieron los españoles soltar los últimos frenos. Pero... así estaremos viviendo y sufriendo. Y caen los hombres²⁰ (Castro, 9).

Gracias al pequeño fragmento, podemos enfocar ya dos cuestiones hermanadas, objeto de dura crítica por parte de los autores: la masacre española y el hecho de que Occidente la contemplase con dolorosa pasividad. Sus habitantes miraron, sin ver, el horror que sucedía a escasa distancia de sus hogares: «No me indigna, tan solo, el hecho mismo, sino la indiferencia con que el mundo civilizado contempla esos asesinatos, sin intentar forma alguna de intervención o condena» (Salinas, 1).

La guerra civil modifica, así, la trayectoria vital y artística de todo aquel que la sufre. Si se quieren estudiar tanto las cartas que aquí editamos como las obras ensayísticas y literarias de dichos autores, no se puede obviar el hecho. Para nuestro estudio interesa lo que acertadamente resalta Guillermo Araya al hablar de un malestar en Américo Castro que lo impulsa a intentar explicarse -y explicar a los demás- el porqué esta fuente de dolor histórico²¹. Lo mismo ocurrirá en el caso de Pedro Salinas, cuya última obra literaria (en todo género) quedó supeditada a la incomprensión total de los hechos acaecidos. No duda en referirse a estos en sus misivas:

¿Qué le voy a decir de la guerra, y demás? Mi desesperación y asco han llegado al colmo en estos días. Desesperación por la injusticia que el mundo está cometiendo con España, sin que podamos hacer nada. Y asco, sobre todo, por la actitud ignominiosa de Inglaterra, ese país de *gentlemen* que está invitando a Hitler y Mussolini a seguir adelante

²⁰ Nos ha sido imposible dilucidar cuál de las dos palabras (hombres / bombas) escribió Castro en el original. Proponemos las dos opciones.

²¹ Guillermo ARAYA, *El pensamiento de Américo Castro*, págs. 8-13. De entre todas las obras que el autor escribe respecto de esta «búsqueda» destaca *España en su historia* (1948), reeditada con modificaciones diversas bajo el título de *La realidad histórica de España* (y de cuya génesis el propio escritor habla en el epistolario) en 1954, 1962 y 1966, aunque no habría que perder de vista obras como *Origen, ser y existir de los españoles* (1959) o *Espanoles al margen* (1972). En ellas se retrotrae incluso hasta el siglo XIV, momento en el que considera que comienzan los conflictos entre las «castas religiosas», germen de toda la posterior problemática.

hacia la bestialización del mundo. Yo me he lanzado a dar conferencias, a escribir, a todo. Pero, ¡qué pobre cosa!²² (Salinas, 2).

Aparte del desprecio que muestra el autor de *Razón de amor* ante el hecho de que Europa ignore la tragedia -una Europa que también fragua ya, por estos tiempos, su conflicto propio-, se señala aquí un tema de vital importancia y que no podemos sortear. Américo Castro y Pedro Salinas tienen la concepción de un combate con letras y libros en lugar de fusiles y bombas. Aun así, reconocen que en ocasiones la palabra no es suficiente, pero es la única forma que encuentran de luchar contra los sucesos acaecidos. Por ello alzaron la voz, tanto en el ámbito público como en el privado, para denunciar esta situación, lo que, sin duda, se consolida como un fiel reflejo de la postura que adoptó buena parte de los componentes de la Edad de Plata, que decidió tomar otra alternativa ante la desgracia española: «cada página lograda es una letra al más allá», escribe en algún momento Castro (30)²³. Su trinchera fueron los libros, y eso desterró a muchos en un exilio doloroso, marcado por la impotencia que vemos en estas misivas, pero que fue un rasgo común de aquellos que se sintieron inútiles ante el desastre. Aunque afirmen en las cartas que «se vive aquí tan lejos y en tanta soledad hispánica, que cualquier noticia de lo que viven en lugares más habitados se estima mucho» (Castro, 10), no dejaron de reconocer los corresponsales que «con todo, mi suerte es mejor que la de tantos compañeros desventurados, que en el extranjero ven sus nidos rotos y carecen de esperanza» (Castro, 2). De todos ellos -tanto de los que salieron (Jorge Guillén, José Gaos, José Fernández Montesinos...) como de los que lo intentaron (Dámaso Alonso), o incluso de los que decidieron quedarse (Joaquín Entrambasaguas, Rafael Lapesa, Ramón Menéndez Pidal)- trata este epistolario y su consecuente estudio.

Se puede asegurar, sin miedo al equívoco, que una de las principales preocupaciones que se percibe en las cartas es la de encontrar la mejor forma de ayudar a los españoles exiliados. Lo cierto es que solo pudieron hacerlo fuera de lo que consideraban ya una «madrstra inmunda, país de siervos y señores» como bautizaría al

²² No se pueden separar los sucesos españoles del avance del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. La poética que subyace en este tipo de comentarios es la misma independientemente del conflicto del que el autor -en este caso Salinas- esté hablando.

²³ Obviamente, no todos los intelectuales de la Edad de Plata fueron republicanos. Aquí no nos referimos tanto a la posición que tomaron respecto de uno u otro bando como a su aversión a la violencia. También en esto hay excepciones como la de Miguel Hernández u otros cuyo compromiso con la política fue mucho mayor.

país años más tarde Juan Goytisolo -gran admirador de Castro- en su novela *Don Julián*²⁴. Escribe Salinas, como prueba de esto, que «mi obsesión ahora son los amigos de allí y su salvación de la catástrofe material inminente» (Salinas, 3). Sea como fuere (y aunque resulta casi enternecedor observar, desde nuestra atalaya del siglo XXI, cómo algunos intelectuales aún tenían la esperanza puesta en la victoria del bando republicano²⁵), una idea en la que coinciden plenamente los correspondientes es la de que la situación del país no surgió de súbito y *ex nihilo*. Coincidieron múltiples razones históricas que explican la senda a través de la cual se “torcieron” los pasos, hasta llegar a dicho punto: «yo noto que los cambios que el país sufrió en su historia vinieron de fuera: España no produjo nunca autóctonamente -fuera de Averroes, etc.- un intento de cambio mental (da escalofrío)» (Castro, 6). Así, la política española ha ido, a lo largo de la historia, dando *bandazos* sin encontrar nunca el rumbo fijo. Situación esta que desembocó en un sistema «convertido en escenografía, sin nada auténtico, todos actores y nadie autor» (Castro, 26): la República.

Nótese cómo la ausencia de una «cabeza pensante» fue, en su opinión, lo que lanzó al país a la ruina republicana. Excelente guión que nunca llegó a consolidarse, por la escasez de manos ejecutoras²⁶. Uno de los contenidos más interesantes que se halla en estos fragmentos es el que nos informa de que, pese a que Castro y Salinas se exiliaron por sus ideales políticos, nunca abandonaron el espíritu crítico, incluyendo en él al sistema republicano. De hecho, reconocen sin pudor los múltiples errores que tuvo dicho régimen. Según sus cartas, los años que se vivieron tras 1931 ni siquiera tuvieron un fundamento sólido más allá de las efímeros vocablos: «y la República, al parecer, supone o da por supuesto que una palabra, “el gobierno legítimamente constituido”, puede ser la base de un sistema político» (Castro, 7). He aquí una muestra de que, sobre todo Américo Castro (más vehemente que Salinas en sus opiniones políticas), no fue un pensador tan extremista como en ocasiones se le quiere dibujar. Asimismo, poeta y filólogo envían duros ataques contra los españoles, por la responsabilidad que estos,

²⁴ Y antes que él Luis Cernuda, en su poema escrito en plena guerra civil: “A Larra con unas violetas”.

²⁵ «El Franco ya debe haberse convencido, que no gana la guerra y que la victoria huye delante de sus ejércitos» (Castro, 5).

²⁶ «¿Y quién puede hablar en nombre de España? Se habla del “pueblo”, de algo informe, de algo que nunca, por sí solo, ha sido sujeto de historia. No oigo más que frases vanas y mentirosas desde que empezó la República» (Castro, 33).

históricamente, tienen en lo sucedido. Y, por supuesto, entienden que es necesario extraer alguna enseñanza de la catástrofe, como leemos en carta de Pedro Salinas:

No comprendo cómo un español pueda oír sufrirse su ocio vacío, a no ser que él mismo esté vacío, o lleno de politiquerías baratas. El que vuelva a España con las manos tan sin nada como cuando salió, o cargado de combustible para la nueva hoguera sacrificial, no merece volver. Solo nos justificará lo que llevemos, cada cual según su capacidad y medios. Si el destierro es bueno es por lo que tiene de espoleo y de purificador (Salinas, 18).

Esta actitud se subraya en otros pasajes, tanto para referirse a españoles como, más tarde, a aquellos europeos que no aceptaban su responsabilidad en los múltiples desastres que azotaron al continente:

Las explicaciones melodramáticas y anecdóticas de la guerra actual no son más que formas de evasión de la responsabilidad, o ecos inconscientes del remordimiento. Para mí es cada día más claro que lo que nos sucede a todos proviene del abandono a la inconsciencia y a la irresponsabilidad que ha sido típico de tantos pueblos y tantos individuos en los últimos años (Salinas, 17).

Pero, con todo, no dejan de reconocer su fortuna. Al menos, según asegura el autor de *El Contemplado*, han tenido «la inmensa suerte de haber podido seguir pensando sin tener que ahorrar nuestro pensar y nuestro hacer a modelos de Estado, como aquellos pobres que viven y sufren en España» (Salinas, 18). Por tanto, y en opinión de los *escribientes* –neologismo muy del gusto de Castro–, encontramos una España destrozada, pero a la vez culpable de su propio fracaso.

Con todo, no es la guerra lo único que llama su atención. El escenario que ha quedado en el país tras la victoria del general Francisco Franco tampoco se librará de ácidos comentarios de estos escritores sin tierra: «La lectura de los diarios de Franco da grima. ¡Ese Instituto de España continúa la tónica esperpéntica del Movimiento! Valle Inclán faltó cuando más se le necesitaba para historiar. Su *Ruedo Ibérico* no era más que una anticipación» (Salinas, 4).

Tras esto, solo resta comentar un único y decisivo aspecto, que no será sino la idílica idea de una Europa solidaria y unida. A lo largo del texto encontramos dos bloques de comentarios muy claros respecto al viejo continente:

En primer lugar, aquellos que hablan de la decepción ante una Europa egoísta, que mira hacia otro lado y que, en cierto modo, también tiene la culpa de lo que está sucediendo en España. En ningún momento pareció tener la intención de evitarlo, piensan ellos. Sin ir más lejos, «si Francia o América hubiesen vendido al Gobierno cañones antiaéreos en número suficiente para defender Barcelona, como los ingleses tienen preparada la defensa de Malta, estas carnicerías llovidas de las nubes serían imposibles» (Salinas, 1). La discrepancia los conduce de manera irremedable a la decepción: «siento una desilusión creciente por todo lo que se llama mundo civilizado. Y si fuera posible renunciar, como se renuncia a una nacionalidad, a pertenecer a él, lo haría» (ibíd).

Por otro lado chocamos, unos años más tarde, con los atónitos comentarios ante la sangría de la Segunda Guerra Mundial, y la confirmación de que Europa ha sido, como predecían, un constructo mental inaplicable y destinado al fracaso: «Una y otra vez he sugerido en las reuniones de *l'École* que hicieran algo “europeo”, y que partieran de la idea de que, hoy por hoy, Europa es un fracaso» (Castro, 28). Es comprensible que, salpicados por este baño de sangre, Castro y Salinas opinasen de ese modo. Además, se advierte en las cartas que cuando se comienzan a calmar las cosas, a finales del año 1943, florece la ilusión de nuevo:

¿Volveremos a vernos con Europa en paz? Empiezo a creerlo posible. Nunca tuve fe completa en la terrible arma del bombardeo aéreo, pero después de lo que está ocurriendo en Alemania empiezo a pensar que acaso se pueda reducir al pueblo alemán por ese espantoso recurso. Y que se hunda Alemania por dentro. Por lo pronto el fascismo se ha hundido entre la impotencia y el oprobio. Es gran cosa (Salinas, 15).

Como se puede percibir, nos hallamos ante un conjunto de opiniones marcadas, de manera indisoluble, por el devenir histórico. En esto residen la belleza y frescura del estudio epistolar. Como si de reporteros de guerra se tratase, los autores fraguan, al calor de la batalla, un conjunto de impresiones nacidas del ímpetu y la súbita opinión. Ese estilo no lo encontraremos con facilidad en ensayos u otro tipo de obras de temática bélica, donde, escribiendo de manera reposada, los autores no se atreverían a realizar afirmaciones tan contundentes, que pudieran ser revocadas poco tiempo después. El género epistolar es, con diferencia, el que más nos aproxima a las emociones de los que se encontraron bajo el yugo de la guerra y la experiencia del exilio, cuyo estado de ánimo e impresiones variaban tan rápido como el acontecer diario.

Por último, y volviendo al tema español desde otra perspectiva, hallamos el problema de los nacionalismos. Es sobre todo Américo Castro el que arremete sin descanso contra la fragmentación interna, que según él fue una de las principales causas de la desgracia: España nunca supo conjugar su pluralidad. Como país, no supo aceptar su mestizaje religioso y cultural -árabe, judío y cristiano-, ni tampoco logró fusionar aquellas discrepancias que provocaron las zonas con particularidades lingüísticas:

Ya han logrado los catalanes y vascos su soñada nacionalidad. Ahora no charlarán más y aprenderán moro e italiano, que les serán menos molestos que el despreciado y tiránico castellano. Ahí radica una de las causas de la tragedia -de las más gordas- porque el anarquismo proliferó en Cataluña por complacencia (Castro, 10).

Como vemos, el autor de *La realidad histórica de España* ataca a todo aquel que no tolere una convivencia plural. En su opinión, como en la de muchos otros, el país tendría que haber aprendido a sacar partido de su carácter intercultural, y no haber perdido el tiempo en intentar despojarse de algo tan valioso. Todo ello surge de la intolerancia, del absoluto desconocimiento y, por qué no decirlo, del retroceso que supusieron la Inquisición y la severidad cristiana impuesta por los Reyes Católicos. Eso es, sin duda, lo que llevó siglos después a una situación como la guerra civil, que tarde o temprano tenía que producirse en un lugar que jamás respetó la alteridad²⁷. En diferentes momentos lo explica, remontándose nada más y nada menos que al siglo XIV (en ocasiones retrocede incluso al VIII) para fundamentar su opinión con argumentos históricos. Una de las causas fundamentales que provocó dicho desequilibrio fue que, según Américo Castro, ya en esa época -y los siglos inmediatamente posteriores- España tomó un rumbo equivocado. La idiosincrasia peninsular eligió derroteros incorrectos, y, en lugar de seguir el ejemplo de la convivencia entre las tres culturas, se desembocó en lo que él mismo denominaría como «edad conflictiva», y que, de una forma u otra, se prolongó hasta la guerra civil. Es decir: según la teoría américocastrista, en lo que más tarde se convirtió en «España», nunca, desde el siglo XIV, se toleraron unos a otros grupos que, al fin y al cabo, fueron igual de españoles. Esto lo señaló

²⁷ Américo Castro y muchos de sus seguidores afirman esto en diferentes ocasiones, sobre todo tras la publicación de *España en su historia*, donde se defiende con ahínco dicha tesis. La concepción de la historia américocastrista se explicará en el apartado correspondiente a la génesis de dicha obra, que Castro detalla en su correspondencia de 1944 a 1948.

después el profesor Francisco Márquez Villanueva, enojado ante la confusión (¿interesada?) de conceptos como religión y nacionalidad:

[...] A la hora de la verdad, y por encima de muchas bonitas palabras, la idea de que Boabdil fuera tan español como Isabel la Católica suena escandalosa en demasiados oídos, y ello obliga a ser conscientes del duro y responsable trabajo que aún nos aguarda por delante en estos albores del siglo XXI²⁸.

La intolerancia que surge en la época tardomedieval y que se extiende hasta el mismísimo 1936 será, según Américo Castro, el germen de la desdicha que estaban sufriendo los españoles, quienes, por así decirlo, no habían «realizado su tarea» con anterioridad, algo de lo que se dieron cuenta demasiado tarde:

Mi buceo en catorce siglos de historia, clara como agua para mí, me hace ver estas cosas en la forma en que las veo. Voy a dar el primer tomo de *España en su historia* en Losada; si tengo vida y fuerzas, haré el segundo. Estoy asombrado de que hayamos podido vivir los que nos decíamos historiadores en un infantilismo semejante (Castro, 33).

²⁸ Francisco MÁRQUEZ VILLANUEVA, «Lección hodierna de la tolerancia medieval», en *La memoria de Sefarad. Historia y cultura de los sefardíes*, coord. Pedro PIÑERO RAMÍREZ, Sevilla, Fundación Machado, 2007 (327-340), pág. 327.

3. ¿«Amigos, nada más; el resto es selva»?

*Adiós Madrastra inmunda,
país de siervos y señores.*

Juan Goytisolo, *Don Julián*

Pese a los muchos defectos que pudiesen tener, Pedro Salinas y Américo Castro se muestran a lo largo de las cartas como intelectuales cuya máxima prioridad es socorrer a sus «compañeros de viaje», para intentar que consigan una mejor vida en el exilio²⁹. En ciertos momentos percibimos cómo Castro se lamenta por la ausencia de compañía, pese a que él, según relata, siempre se dispuso a animar a los demás («Entretanto me divierto la mar. Lo único en esta soledad casi absoluta» Castro, 33). No se puede afirmar que lo que dice sea totalmente cierto, pero lo que está claro es que en estos documentos existen decenas de referencias a puestos de trabajo, cátedras, universidades... enfocadas, fundamentalmente, a prestar auxilio a sus amigos. Sobre todo, y como es lógico, en el sistema universitario estadounidense, aunque también en zonas del sur de América. Por ese motivo, hemos considerado fundamental reconstruir un epígrafe en el que se resuma todo este proceso de manera sistemática. Además, no todo en las cartas son buenas palabras para algunos de sus compatriotas. Se advierten múltiples comentarios hacia los que, o bien apoyaron el régimen franquista, o bien no estaban de acuerdo con ellos en ciertos asuntos históricos o literarios, lo que también desató algunas reprimendas epistolares.

²⁹ En este apartado, hemos decidido tratar el epistolario como una obra literaria, completa y cerrada, y analizar las cartas mediante el método del *close reading*, a través del cual el intentaríamos descifrar qué relata un poema o un cuento y que creemos aplicable a las cartas. Es decir, a partir de ahora vamos a glosar lo que pone estrictamente en las misivas, exceptuando algunas referencias históricas, literarias o biográficas de rigor que debemos reflejar. En otro momento, o de cara a la transformación de este trabajo en una tesis doctoral, se llevarán a cabo una serie de correspondencias cruzadas con otros epistolarios, biografías, manuales de historia, etc., para verificar si, efectivamente, las relaciones entre estos intelectuales eran tal y como se perciben aquí.

3.1. Un filólogo entre dos poetas: Américo Castro, Pedro Salinas y Jorge Guillén

Sin duda, uno de los nombres protagonistas de la correspondencia es el del poeta Jorge Guillén («mi mejor amigo», según escribe Pedro Salinas en estas misivas), y compañero de lágrimas de Castro por su faceta de exiliados. El nombre de Jorge Guillén aflora a lo largo de todo el epistolario. La primera mención a su persona se efectúa cuando Salinas informa con entusiasmo de una buena nueva:

dudo mucho que haya posibilidad, porque acaba de llegar Jorge Guillén, a quien he logrado sacar de España, y sé que Juan Centeno tenía intención de ofrecerle el puesto de *Visiting Professor*. Eso es lo que dejamos medio convenido, al despedirnos, y cuando él me ofreció, de nuevo, ese trabajo para el curso próximo, a mí. Jorge no tiene aquí más que la suplencia de Centeno, en Middlebury, durante su vacación semestral, es decir hasta enero. Y luego se quedan en el aire. Por eso yo propuse a Centeno cuando él me habló del verano del 39, que se quedara con Guillén, porque yo, aunque no tenga una posición brillante, puedo defenderme mejor que él. ¿Sabe usted de algún puesto, en algún sitio de este país, que pudiera servir para Guillén? Yo querría que se quedara en América (Salinas, 5)

Es clara la necesidad que demuestra Pedro Salinas por socorrer a su «amigo perfecto», pero no parece menos emotiva la respuesta de Castro:

Me alegra saber que Guillén salió. ¿Cómo, si se puede saber? Trabajé para encontrarle un puesto en Tucumán, pero llegó una carta, y paramos las gestiones directamente. Dele mis saludos, y desde luego haré lo que esté en mi mano por ayudarle (Castro, 8)

A partir de ese momento, se menciona al autor de *Cántico* en un gran número de cartas. Aparte de las cuestiones estrictamente literarias acerca de la poesía de Guillén, que comentaremos más adelante, su nombre se convierte en el primer compañero de viaje para Castro y Salinas. Parece tal la confianza, que hallamos momentos en los que el primero escribe una carta en doble copia, una para Salinas y otra para don Jorge. Se demuestra así el estrechísimo lazo que los unió: «escribo de una vez a ambos para evitarme doble trabajo» (Castro, 28). Esta misiva fue redactada, además, enteramente en plural. En otras ocasiones, y como anécdota cómica, advertimos que Castro se

arrepiente de no haber hecho lo mismo: «A Jorge le expliqué largo el asunto, y siento no haber guardado copia para no repetir la carta» (Castro, 26).

Uno de los momentos de mayor unión -si no vital, sí epistolar- es, sin duda, el momento en el que Américo Castro organizó cursos a cargo de universidades francesas -a los que fue invitado por Mark Cohen, y donde tan mal acabó el asunto-³⁰. Pero no solo entonces, sino durante toda la relación epistolar, la situación de don Jorge y la disposición para ayudarlo son palpables: «Guillén viene a Wellesley. No quería salir de Montreal por gratitud a las atenciones que todos tuvieron con él, cuando la operación de Germaine. Pero por fin le decidimos. Yo me alegro mucho. Descártele usted, pues, para lo de Texas» (Salinas, 10), o, en la misma carta,

Yo he escrito a Guillén por si en McGill hubiera un puesto a su medida. Ya sé que él le ha escrito a usted pero yo le hablo de su caso porque quizá, por pudor y delicadeza, él mismo no le haya dicho toda la magnitud del apuro.

Además, Castro pone todo su empeño en que las cosas le vayan bien al que se supone que es su amigo, y es capaz de movilizar todo aquello que haga falta para conseguirlo³¹. Quizá el único momento complicado -en las cartas- de lo que se entiende que fue una bonita relación entre el filólogo y los dos poetas sea, precisamente, cuando Américo Castro, en un arrebato de imprudencia, parece acusar de plagio a Pedro Salinas, a quien dirá que «Como estas líneas son en realidad monólogo, diría que me gustan menos, versos que recuerdan, por azar sin duda, notas de Guillén» (Castro, 41).

³⁰ «Desde luego, no me voy a ir de *L'École en faisait claquer les portes*, sino diciendo que el exceso de trabajo por la ausencia de profesores movilizados me impide seguir prestando mi colaboración. En parte es verdad que tengo mucho que hacer este año. Así, además, ustedes, los italianos y los demás quedan en perfecta postura para hacer lo que les convenga» (Castro, 28). Mark Cohen fue también profesor de la Universidad de Princeton.

³¹ «Me escribe Jorge, y pregunta que quién va a reemplazarme aquí. ¿Querría él venir? Yo pensaba que iba a ir a la vacante que me dijeron dejaba usted en Wellesley, mas como usted nada contesta a mi pregunta, estoy sin saber qué pensar en este caso. La cosa es esta: si a Jorge le conviniera venir a Texas, entonces habría que preparar una petición a su favor firmada por «ilustres personalidades» de *Latin America*, ya que aquí tienen ese furor *latínico americano*. Nada haré hasta no saber qué piensa Jorge, al que he contestado ayer, y qué piensa usted sobre esa gestión, que tendríamos que dividirnos entre varios amigos, a fin de lograr amplio éxito» (Castro, 19). Al final de la introducción leeremos algunos documentos de Salinas y Guillén que matizarán bastante estos conceptos de amistad y fraternidad que encontramos en el epistolario Castro-Salinas.

He aquí uno de los momentos más tensos de todo el epistolario, hasta llegar al punto en que Américo Castro, preocupado por un silencio anormalmente largo de su amigo, contestará al recibir su pretendida respuesta: «En verdad pensé, querido Salinas, que le había sentado mal mi carta sobre su poesía, y me dolía su silencio. Todo se esfuma hoy, y nadie sabe ya “la hora que es”. Pero con usted, por fortuna, nada pasa por ese lado» (Castro, 42). El incidente quedaba así felizmente aclarado³².

3.2. «¿Qué habrá sido de tantos y tantos amigos?»

Pero no es Jorge Guillén motivo exclusivo de comentarios y referencias. Entre otros nombres destacados que despiertan extensas acotaciones epistolares hallamos, por ejemplo, a Dámaso Alonso y su valía como filólogo³³. Pero no es menos cierto, por otro lado, que se observa una curiosa evolución respecto de la alta estima en que los correspondientes (especialmente Castro) lo tenían en un principio. Mientras que en los primeros momentos ponen todo de su parte para ayudarlo, y maldicen al gobierno republicano por no permitir su salida –además, confían en que no se doblegará ante los franquistas³⁴–, vemos que con el paso del tiempo esa opinión se matiza o, cuanto mínimo, se torna dubitativa:

He pensado enseguida en su vacante en Wisconsin. Y he pensado en Dámaso. Usted conoce como yo sus excelentes prendas. Me preocupa enormemente su estado y futuro. No sé nada de él directamente. Pero me temo varias cosas. El gobierno republicano cometió el grave error

³² El desarrollo completo de este interesantísimo suceso lo encontraremos más adelante, al igual que ciertos comentarios de Pedro Salinas que nos dejan intrigados sobre cuál era su verdadera relación con Américo Castro.

³³ «De haber estado libre de cadenas Dámaso, ese era el hombre, pues parece ser quieren además a un buen lingüista» (Salinas, 12) o «Dámaso y Lapesa, por habilidad técnica, tendrían más aceptación que nadie. No creo puedan dejar ahora el territorio “liberado”» (ibíd.).

³⁴ «Naturalmente, yo estoy seguro de que Dámaso jamás podrá ahornarse al tono de vida española de hoy, en su intimidad. Pero me temo, que el regreso a casa, la terminación de las zozobras de la guerra y de la cátedra le hayan puesto en estado de transitorio pacto con las cosas, y no quiera salir de allí, por ahora. Me desespera pensar que va a trabajar entre esa gentuza. ¡Y lo más doloroso es que ese tanto, de la baraja de la universidad franquista, se lo han regalado a Franco los que no quisieron dejar salir a Dámaso, cuando debía haber salido!» (Castro, 9).

de no dejarle salir. ¡Para qué volver sobre esto! Y ahora tengo la aprensión de que los franquistas utilizarán a don Ramón para que este intente agrupar en torno suyo a los mejores elementos del Centro, a Dámaso, a Lapesa, a Gili, formando otro núcleo de trabajo que sin duda daría prestigio a la banda de fracasados, como los Ors, Artigas, Entrambasaguas y demás tropa que constituyen la intelectualidad fascista. ¡Cuánto nos importa, pues, por él, primero, y luego por la causa general, sacar a Dámaso de allí! ¿Sería posible? Yo creo que si recibe un nombramiento de Wisconsin transmitido por vía consular o diplomática americana (esto me parece esencial) hay probabilidades de que pueda salvarse. Estaría muy bien en ese puesto (Salinas, 7).

Llega un punto en el que dicho tono cordial se torna afilado, ante las supuestas «irregularidades morales» que cometió Dámaso Alonso en España, y que dieron lugar a críticas tanto en su plano artístico («¿Pues no está reduciendo nuestro don Dámaso la poesía a esquemas geométricos?» Castro, 67) como a un soberano enfado en el plano personal: «No veo forma de ayudar a Dámaso. ¿Quiere salir? ¿Estaría dispuesto a salir de España quien ya escribe “nuestro gran lopista Entrambasaguas?”» (Castro, 22).

Otros filólogos que atraen en repetidas ocasiones su atención son Rafael Lapesa o Tomás Navarro Tomás. Del primero hemos visto en citas anteriores que se le considera un gran filólogo, y que su familia es muy querida entre los desterrados en Estados Unidos —aunque también participó, junto a Dámaso, en el círculo de intelectuales herederos del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal—. En cuanto al segundo, hallamos momentos de comentarios muy distendidos: «Me dicen que la hija de Navarro se ha casado con Jiménez Siles. Lo siento porque, a no ser que las guerras civiles cumplan una perfecta función lustral, no me parece el sujeto de lo más *yerneable*» (Salinas, 9). Y en cuanto al *maestro*, por supuesto, localizamos cariñosas referencias y palabras de admiración. Aunque Castro aclara que está alejado de sus posiciones ideológicas, antepondrá siempre el respeto en toda palabra dirigida a don Ramón Menéndez Pidal: «La catástrofe actual lo ha roto todo. No sé qué va a quedar de amigos ni de cosas después de este telón de sangre. De don Ramón nada sé ni de Navarro, ni de nadie» (Castro, 3), o «Mi madre y su hermano en España. Y don Ramón, y Navarro, y tanto ser querido, allá» (Castro, 2). Estas declaraciones son sumamente significativas de la brecha que supuso la guerra civil, que cercenó una parte de cada exiliado. Incluso se habla en estas cartas de la relación entre el propio Pidal y Tomás Navarro Tomás, que aunque siempre fue cordial, sufrió un cambio de rumbo en un

determinado momento en el que los discípulos se atrevieron ya a contradecir a su maestro:

También vio a don Ramón, el cual parece que le dijo que hacía poco había estado con Navarro y que este se hallaba en un estado de decrepitud tremenda, como perturbado. Me inclino a creer que lo de la perturbación es una impresión de don Ramón, que quizá por primera vez se encontró con un Navarro que le hablaba duro (Salinas, 6).

En esta línea, como acabamos de comentar, se inserta el propio Américo Castro, según el cual «lo único que me fastidia es dar mi estudio de la Edad Media en vida de don Ramón. Aunque no discuto con nadie, le hará pasar mal rato el ver la inanidad de su construcción (?) de la Edad Media» (Castro, 33). El «estudio» es, nada más y nada menos que *España en su historia*, obra de la que más adelante hablaremos, pues tiene un papel protagonista en muchos momentos de la correspondencia. Pero lo interesante ahora es apreciar cómo conjugaron estos intelectuales el respeto personal con la «no veneración».

No podemos obviar, de igual modo, las constantes y cariñosas referencias que hay, sobre todo por parte de Américo Castro, hacia Alfonso Reyes. Mantuvieron una relación amistosa que duró largos años, y en todo momento se exaltan aquí sus cualidades como filólogo y pensador. En más de una ocasión, Castro se muestra compungido por el rechazo de don Alfonso a viajar a Estados Unidos. «Desperdició», de ese modo, puestos de gran importancia, algo que nuestro corresponsal consideraba una notable pérdida para el sistema americano.

Y son muchos otros los nombres que aparecen aquí: tanto de aquellos que tuvieron que quedarse en España, como de los que salieron hacia diferentes partes de Europa, Estados Unidos o América del Sur. Esta última se convirtió en un fuerte núcleo de amistades, como nos deja saber Pedro Salinas cuando comenta que va a viajar Méjico: «Allí hay no pocos amigos: Pepe Moreno Villa, que tiene un empleo de Hacienda; Gaos, León Felipe, Recasens, Siches [...] Canedo [...] pronto se les juntará Juan de la Enzina. Millares está de cónsul [...] También he visto mucho a Gordón Ordax» (Salinas, 5). Además, encontramos en las cartas un “exceso” de entusiasmo que en ocasiones tienen los corresponsales por «colocar» -así lo expresan- a sus colegas, y que a menudo supera el que sienten los propios afectados:

De sustitutos, qué le voy a decir. No hay hispanistas. Dámaso y Montesinos no existen –es decir no son *available*s–. He intentado traer aquí a Amado Alonso: calabazas. A Raimundo Lida, *idem*. Espero carta o telegrama de Alfonso, y me temo que será también negativa la respuesta (Castro, 17).

Por otro lado, existe espacio en estas cartas incluso para comentar la vida social del momento. Por ejemplo, los diferentes matrimonios de los amigos, y, en la época final del epistolario, de los descendientes de amigos. En ocasiones, con un tono cercano a la mordacidad: «¿Qué le ha parecido la boda de la joven Lida y el otro filólogo?»³⁵ ¿Dicen que cayó como una bomba, en Cambridge? Mucha filología, para un solo techo» (Salinas, 23) o «¿Van ustedes a ir a las nupcias de doña Tere y Gilman el mozo? Yo iré, con Sol» (Salinas, 13). Será a la vuelta de esa misma boda cuando Pedro Salinas exprese, recurriendo a Guillén y de manera radiante, lo que significa para él una verdadera amistad. Teóricamente, la que comparte con Castro, que pareciera aquí infinita:

¡Qué gusto haber podido hablar con usted, aunque haya sido tan breve el espacio que se nos daba! Sigo creyendo en el verso de Guillén: «Amigos, nada más. El resto es selva». Y vive uno tan selvático la mayor parte del año, que se recibe como agua de bendición un rato de verse, de charlar, de animarnos mutuamente, de hacernos ilusiones juntos, de probarse proyectos en la opinión del amigo, en suma de ayudarse a vivir, *sans on avoir l'air* (Salinas, 14)³⁶.

Pero Pedro Salinas y Américo Castro no socorren exclusivamente a sus amistades. No debemos olvidar nunca que se trató de intelectuales muy reconocidos ya en vida, y que, por tanto, ejercen una notable influencia en el hispanismo internacional. Todo ello da lugar a que encontremos constantes alusiones hacia intelectuales que buscan empleo o, simplemente, un lugar mejor en la universidad («¿Qué sabe usted, cómo valúa usted a un señor Herrera Petere? Tengo que decidir sobre una “aplicación” hecha por ese señor, y no sé qué hacer» Castro, 31). Pero el poder que poseen Américo Castro y Pedro Salinas sobre el mundo académico es limitado. No siempre pueden «colocar» a sus compatriotas donde desearían. Cuando Américo Castro le pregunta a Pedro Salinas que si puede conseguir un empleo para su mujer, este le contestará que

³⁵ Yakov Malkiel.

³⁶ Esta cita también la compararemos con otras referencias que hemos encontrado más adelante.

«ya, por desgracia, está ocupado el puesto. Yo puedo muy poco. No tengo *contacts* que es lo que hay que tener en este país, como usted sabe» (Salinas, 2). Sus palabras nos sugieren una profunda reflexión, y es que, más allá del innegable alcance intelectual de los componentes de cualquier grupo humano -y de su obvia preparación para ejercitar altos cargos- en la mayor parte de los lugares son dichas redes de *contacts* las que abren o cierran puertas, infranqueables mediante otros senderos. En un principio, sería lógico suponer que el sistema se concibe como una corruptela académica, que se nutre de una «casta» académica -valga el término tan utilizado por Castro- que aprovecha las mejores ocasiones para perpetuarse³⁷. Pero existe un momento decisivo en el epistolario, en el que don Américo hace prevalecer su faceta institucionista ante la velada presión que le impone su amigo. Este escenario se aprecia cuando el poeta le pide, tras algunos rodeos, que proponga su nombre para la cátedra de la Universidad de Harvard, algo que solo podía suceder si Amado Alonso, el nombre que más sonaba para dicho puesto, rechazaba la propuesta. En ese caso, el propio Alonso hubiese tenido que señalar a otro candidato, y Pedro Salinas no desaprovecha la oportunidad: «me dice Edith que, caso de que él no acepte [Dámaso], le preguntarán si se le ocurre algún nombre. Y que si diera el mío, sería tenido en buena cuenta. Yo no me decido a escribir a Amado, con esa embajada» (Salinas, 14). A continuación, y como no podía suceder de otra forma, le pide a Castro que haga el favor de luchar por él, previo *topos humilitatis*:

La misma Edith, al decirle yo que me resistía a escribir a Amado, pensó en que quizá usted quisiera hacerlo, para sugerirle lo del nombre. Haga usted lo que le parezca mejor, con enterísima libertad. Ya conoce usted mi actitud. No creo que yo sea la hechura ideal de profesor que necesitan en Harvard. Cualquiera de los dos Alonsos cuadrarían allí mejor. Consideraría como superior a mis méritos esa cátedra si me la dieran, que no caerá la breva (ibíd.).

Aunque no todo es pretendida humildad. Don Pedro considera que, si bien no demasiados, sí posee ciertos méritos que lo convierten en digno candidato: «Y solo en un plano de relatividad, recordando al famoso precursor de “otros más brutos que yo lo han sido” y completándole con “otros más brutos que yo podrían serlo”, dejo a Edith hacer lo que hace y le escribo a usted estas líneas» (ibíd.).

³⁷ «Por otra parte, retirándome yo dentro de cinco años, un *associate profesor* tendrá ocasión de ascender aquí, o de irse de *full* a algún muy buen sitio. La casta de los hispanistas se extingue» (Castro, 53).

Si se piensa que el curso de los acontecimientos será el mismo que en ocasiones anteriores, cuando se trató el mismo tema -o similares-, nos hallaremos prácticamente convencidos de que Américo Castro ofreció, tras eso, su apoyo incondicional para situar a Salinas en el mejor lugar posible. Sorprendentemente, esto no sucedió así. El filólogo le recuerda a Salinas que, aunque le avisaron de que le escribirían para consultarle su opinión sobre el asunto, no lo han hecho -algo que no le parece en absoluto extraño, puesto que ambos saben que tiene allí «demasiados amiguitos» (Castro, 32)-: «Por lo mismo querría abstenerme de decir nada “directamente” hasta que no me pregunten» (ibíd.).

Quedamos muy sorprendidos ante la lectura de estas líneas, pues es la primera vez que de manera directa uno de los corresponsales se niega a ayudar al otro. Castro, con esa contundencia que lo caracteriza y que tantas ampollas levantó en ocasiones, explica el motivo de su silencio: «Usted no es un erudito ni un lingüista, ¿pero quién lo es fuera de los dos Alonsos? Le insistí en que Alfonso Reyes -muy deseado candidato por razones obvias y de circunstancias- no aceptará expatriarse» (ibíd.). Añadirá, además, que «una cosa mala para usted -suponiendo que se decidieran a llamarlo- es su ida a Puerto Rico; estas gentes quieren a alguien para este año, y no sé si aguardarían a 1944» (ibíd.). Como excusa, o quizá como explicación verdadera, alega que

Keniston estará desesperado al ver que se le escapa esa segunda buena ocasión (la otra se la birlé yo sin querer, bien sabe Dios), y se *lividiza* solo a la mención de mi nombre. Como él y Amado tratarán juntos del caso, si yo me meto a aconsejar allá, me temo que la fastidiemos (ibíd.).

Y para finalizar, y por si el autor de *El defensor* aún no se había enterado de lo que le estaba queriendo decir, termina su carta asegurando que «su deseo de tener un *scholar* -oh santa rutina de los cánones que nosotros mismos contribuimos a crear para el español- me hace temer que no lo llamen a usted» (ibíd.). Estas palabras, por duras que parezcan, honran en cierta medida el papel de los institucionistas, a los que tanto defendió Castro y entre los que le gustaba incluirse. Aunque es cierto que siempre se ayudaron y potenciaron una defensa a ultranza del hispanismo, tenían claro hasta qué punto podían llegar y qué líneas rojas no traspasarían. Esto, además, no perjudicaba las relaciones personales, puesto que la correspondencia continúa hasta el fin de la vida de Pedro Salinas, con un tono muy cordial, especialmente por su parte. Se advierte, por tanto, que existía un buen *encaje* por parte de ambos ante este tipo de situaciones, o al

menos eso dejan entrever en su correspondencia, que es el material que manejamos. Américo Castro defendió en sus artículos una educación laica y de calidad, alejada de escenarios oscuros, corruptos, y en la que el estudiante siempre tendría el papel protagonista. En este sentido, hubiera sido muy triste que no encontrásemos aquí esas «líneas rojas» que decidió no cruzar.

Por otro lado, -y no sabemos si por extrema sinceridad o porque realmente quería complacer a su amigo-, Pedro Salinas actúa de manera diametralmente opuesta cuando es él quien recibe la oportunidad de hablar sobre Castro. Tras recibir un telegrama de Montgomery Chateman, en el que se le pregunta qué opina sobre don Américo, pues tienen pensado hacerle una oferta, Salinas escribe a su amigo lo siguiente:

Me pareció un tanto absurdo que me pidieran a mí opinión sobre usted pero pensé que era una de las varias que solicitaban de un grupo de gente, y di la franca opinión que el conocimiento de usted, de su personalidad y de su obra me merecen -y que puede suponer, y sin duda, cuál es-. No me cabe duda de que le ofrecerán el puesto. ¿Lo aceptará usted? Eso ya no lo sé, y es cosa suya, aunque me parece que dado el sueldo (sabía ya antes, por Mrs. Houck que piensan ofrecer alrededor de \$6.000) y el sitio, buen clima y universidad importante, que se inclinará usted al sí. Si eso le agrada y le resuelve algunos de sus problemas menores (llamo menores a los económicos, claro) me alegro muchísimo. Aunque sé muy bien, y ese era el último párrafo de mi respuesta, que «su colaboración honra a cualquier institución de cultura» y que sale ganando la Universidad de Texas (Salinas, 7).

Estas líneas anticipan, asimismo, un tema importante en el epistolario: el enorme interés que despertó en Américo Castro y Pedro Salinas el capital, actitud que no siempre es fácil asociar con este tipo de intelectuales. A lo largo de la correspondencia podemos apreciar que el dinero se convierte en uno de los motivos fundamentales por el que se toman ciertas decisiones. Topamos con múltiples referencias a los recursos económicos necesarios para desarrollar sus vidas, y uno de los puntos más sopesados a la hora de aceptar o rechazar una cátedra será el sueldo que allí se obtenga. Es importante, de todos modos, recordar que tuvieron que rehacer sus vidas, hogares y familias: esta loable preocupación por la economía personal es, por tanto, otra consecuencia de la *incisión* que supuso el exilio en sus vidas.

Ambos, aunque en mayor medida Pedro Salinas, realizan distintas referencias a su escaso *cash* en diversos momentos: «¿Cuándo hay que mandar el original para Lancaster? ¿Cuándo se imprimirá? Yo también ando bastante corto de fondos porque

tengo muchas esponjas. Nos veremos sin ensayo» (Castro, 23). El enojo más contundente con respecto al tema lo advertimos por parte de Salinas en una carta fechada en 6 de febrero de 1942, cuando el poeta se excusó por no haber visitado a la familia Castro («Vergüenza me da estar tan cerca de ustedes y no haber ido a esa [casa]» (Salinas, 11). No le queda más remedio que dar explicaciones reales del motivo, puesto que asegura que dicho problema no se solventará con premura: «Como ustedes saben compramos una casita; tras el inmueble vinieron los muebles, y a la cola de los muebles, las cuentas, los famosos plazos. En tiempos de normalidad hubiéramos podido afrontar la situación tal cual» (ibíd.). Pero ahora no está la familia en una situación de normalidad; según el poeta, «con el terrible horizonte fiscal, en marea ilimitadamente creciente, estoy aterrorizado. Y no gasto un céntimo fuera de los terribles plazos inexorables. (¡Tan corto me lo fiáis!)» (ibíd.). A partir de aquí, es interesante contemplar su lado más humano, cuando realizan ciertos comentarios -recordemos que esta correspondencia es privada- que no terminan de casar con los ideales que defienden en otros momentos:

Y el caso es que es indecente quejarse, lo sé. Y que me doy cuenta por contentísimo de levantarme día tras día y tener la naranja en la mesa. Pero cuando piensa uno no en lo que todavía tiene, sino en lo que se puede tener, como esto de los gustos, los gustos de ver a amigos como ustedes, entonces, aunque sea indecente, me quejo (ibíd.).

Aunque intenta el madrileño disfrazar sus palabras con halagos, el trasfondo de su mensaje continúa siendo áspero. Salinas, el hombre que pocos años después entraría en conjunción mística con el mar del *Contemplado*, y que asegura que las olas y la brisa marina es todo lo que necesita para subsistir, se queja ahora de que no puede disfrutar de «aquellos viajesitos a New York (en donde no he estado desde septiembre), se acabaron los viajes de placer, hasta la suscripción al *New Yorker*, viaje de placer a la inversa, del placer a domicilio» (ibíd.). Como desgraciadamente no tiene esperanza, «ya que aquí no hay lotería» (ibíd.), se le ocurre «el recurso desesperado de hacer un libro de texto. Pero eso supondría la presunción de que iba a venderse. No incurro en ella» (ibíd.). He aquí la belleza y miseria de los archivos personales: podemos ver, una y otra vez, las pasiones humanas que se esconden tras la tez poética con la que no solo los escritores, sino el conjunto de los hombres y mujeres, salimos a la calle. Lo mismo sucede cuando Salinas habla del terrible trance que está suponiendo el decorar su casa

sin el dinero suficiente para hacerlo con gusto: «Me he divertido hasta ahora en decorar la casa, sin dinero y sin respetabilidad de estilo, es decir, al nuevo uso de mi invención. Materiales todos adquiridos en las tiendas decimales o del *dime*. Queda estupenda» (ibíd.). Las mismas preocupaciones comparte Américo Castro, sobre todo cuando se acerca la etapa de su jubilación. Se deduce que no había cotizado lo suficiente a la Seguridad Social americana, y ello hace que se encuentre nervioso ante la imposibilidad de subsistir sin trabajar: «Ya me retiro pronto, y los pocos ahorros no darán sino para sobrevivir. De ahí que atesore sol y salud para aguantar el invierno que será duro de múltiples trabajos» (Castro, 65). Comprensibles son también algunas referencias que este hace a los billetes, sobre todo en épocas donde las cosas eran muy complicadas, como cuando está buscando dónde alojarse tras su rápido exilio:

¿Cómo ha hecho para lograr su residencia en este país? Yo cometí la torpeza de venir como *visitor*, y ahora tengo que salir para entrar de nuevo como *immigrant out quota*. Méjico no es posible, Canadá (que me ha hecho perder más de dos meses) tampoco; queda Cuba, que «me trae en palabras», como dice el amigo Quevedo. Ni puedo ir a Europa, ni puedo traer a la familia, he perdido estúpidamente un montón de dólares al no aceptar varios cursos de vacaciones que me ofrecieron; total, la birria en compota (Castro, 7).

Cuando se halla en una situación más calmada, arremete contra el tópico del *poderoso caballero*: «Yo aquí no estoy más, y me darían lo que pidiera para quedarme; pero no solo de dólares se vive» (Castro, 16). No parece tan seguro de ello cuando afirma que «en Buenos Aires hemos logrado por tablas a un Lida, pero el hombre no quiere dólares, sino volverse a su tierra, a vivir mal etc. Muy respetable, por otra parte» (Castro, 17) o cuando se enoja ante «el caso de Montesinos que por majaderazo se perdió \$4.000, que son más de \$5.000 en el Este» (Castro, 22).

Por otro lado, se debe aclarar que ni mucho menos todas las referencias de estas cartas son amables. En los documentos topamos con numerosas alusiones a personas que, por muy diferentes motivos, desagradan o, por qué no decirlo, provocan la repulsión de los contertulios. Los egos y las disputas literarias, aparte de las mencionadas cuestiones políticas, despertaron en ocasiones una acidez extrema por parte de los corresponsales.

3.3. Fobias poéticas

Quizá uno de los nombres que desata las más apasionadas críticas sea el de Joaquín de Entrambasaguas. Este erudito -que vivió prácticamente durante todo el siglo XX (1904-1995) y destacó por sus numerosos y diversos estudios literarios, con especial atención al Siglo de Oro- suscita los comentarios menos amables de todo el epistolario. Entrambasaguas, filólogo de ideología conservadora y formación fuertemente impregnada por la religión católica, tuvo que conocer a Américo Castro en la Universidad Central. Allí desempeñó puestos docentes en materias muy similares a las de nuestro corresponsal (Historia de la Lengua o Literatura del Siglo de Oro). Especialmente sonado fue el incidente por el cual don Joaquín pareció fingir su muerte, y tras el cual se celebró una misa falangista a la que acudió José María Pemán, otra de las figuras fuertemente vilipendiadas en estas páginas.

Tras la guerra, Entrambasaguas llevó a cabo una clara política profranquista, algo que lo convirtió en diana de insultos y descalificaciones por parte de los intelectuales exiliados. La aversión, por otro lado, era mutua. Más allá de que Américo Castro ni siquiera le perdone a Dámaso Alonso, como hemos visto, el haber escrito «el gran lopista Entrambasaguas», este último, desde su trinchera española, difamó sin descanso a todos aquellos que se posicionaron en el bando republicano. En una de las cartas en las que Salinas habla sobre la preocupante situación intelectual en la que había quedado Dámaso Alonso, arremete coléricamente contra don Joaquín:

¡Porque qué repugnante visión de la de la intelectualidad franquista! ¿Ha visto usted el folleto del bichejo de Entrambasaguas en que se nos insulta copiosamente a usted y a mí, entre muchos otros? Se llama *Pérdida de la universidad española*³⁸. Ya el título lo dice todo. Y sin embargo el texto dice más: la tesis de ese *arribistilla* es que la culpa de la pérdida de España la tienen todas las instituciones que dieron dignidad y eficacia a la España moderna, desde la Junta en adelante. A Castillejo le llama «bandido». A Alberto Jiménez «el rojísimo», *et sic de caeteris*. El papelucho lo tiene Guillén, a quien se lo prestó Centeno (Salinas, 7).

³⁸ Joaquín de ENTRAMBASAGUAS, *Pérdida de la Universidad española*, Bilbao, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, 1938. Es importante no perder de vista quién financiaba esta publicación.

Con el ejemplo de Entrambasaguas obtenemos una visión clara de cuál fue la mayor fuente de enojo entre los exiliados. Obviamente, se arremetió contra todo aquel que defendía esa dictadura que les había arrancado una parte de su ser. Y, en otros casos, también atacaron a los que, aun no comulgando con el ultraconservadurismo, se quedaron allí, en pasivo silencio ante el espanto de la represión. En ese sentido, y como hemos visto en el epígrafe que trataba de cuestiones políticas, el dolor de España va unido a lo que Salinas y Castro consideran la putrefacción intelectual «del otro lado». El primero de ellos describirá –a raíz de la separación de las editoriales Calpe y Losada– la situación política de esa

España grande, libre y una, agotando al que no sea un Eugenio Montes o Marquina, pongo por sinvergüenzas. ¡Qué espectáculo el de los intelectuales del otro lado! España se hunde, y sobrenadan, como genios de la raza, Pemán y Sanchís! (Salinas, 4).

Aunque es difícil deslindar hasta qué punto una polémica es literaria o personal (caso que observamos muy claro en aquella famosa que surgió entre Castro y Sánchez Albornoz³⁹), sí podemos establecer en el epistolario una barrera entre estas acusaciones tan duras que acabamos de ver y otras en las que tiene más importancia lo literario. Sin

³⁹ En la entrada correspondiente a Américo Castro en el *Diccionario Biográfico Español* (*Diccionario biográfico español*, XII, Madrid, Real Academia de la Historia, 2010, págs. 692-696) Julio Valdeón Barúque sugiere este tema. Citando a su vez a J. L. Gómez Márquez (1975), nos asegura que «La publicación de *España en su historia* (1948) inició una nueva época en la interpretación del ser español. Por lo peculiar de sus postulados y la intrepidez de sus conclusiones, promovió de inmediato una acalorada polémica. Sánchez Albornoz, en cierto modo representando a los historiadores, hizo causa personal al combatir las teorías de Castro, no solo refutando aquello que le parecía erróneo, sino proporcionándonos también su propia versión del pasado español. La polémica, dentro de los mejores términos académicos en su comienzo, llegó con los años a convertirse en agria e injuriosa, salpicada de mutuas acusaciones». Del mismo modo que más tarde comentaremos la admiración que siente Salinas por Juan Ramón Jiménez, aunque a nivel personal le parezca ya un ente deleznable, también aquí tenemos que decir que, pese a que Américo Castro se encontraba en una situación ideológica diametralmente opuesta tanto en su pensamiento como en sus investigaciones a Sánchez Albornoz o el ya citado Menéndez Pidal, siempre se mantuvo interesado por la opinión de estos y jamás perdió el respeto ante sus compañeros filológicos. De ese modo, escribe en sus cartas cosas tales como «Aún no he visto críticas del fondo del asunto que necesito para hacer la edición inglesa en la que cambiaré y mejoraré páginas. Han salido algunas reseñas muy amistosas, muy de aguardar, pero Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal y Francisco Romero y otras gentes así, no dicen ni *mu*» (Castro, 46).

ir más lejos, es conocida la polémica que Américo Castro mantuvo con Jorge Luis Borges, a causa del habla rioplatense⁴⁰, y que el propio Castro menciona en sus cartas:

El libro sobre Buenos Aires ha desencadenado seis meses de insultos; hasta diciembre llegaban las pésimas noticias. El mutilado de Borges (así le llamaba Alfonso [Reyes]) por lo visto me ha dicho horrores en *Sur*⁴¹. Victoria [Ocampo] querría que yo contestara, y armar la danza. No lo he leído, ni lo leeré. Mandé un artículo antes de eso, y se negaron a publicarlo *La Nación* y *Sur*; dicen que va a salir en otra parte, ¡no sé! (Castro, 23).

Pero no es solo Borges -ni será solo Sánchez Albornoz- el objeto de la polémica. Pedro Salinas expone en sus misivas la decepción que sufrió tras ciertas acusaciones por parte de Juan Ramón Jiménez, del que fue, en su momento, gran admirador y amigo⁴²:

¿Ha visto usted los extremos de bajeza a los que está llegando Juan Ramón Jiménez? Parece mentira que él mismo ahonde día a día con frenética demencia la distancia entre la altura de su producción poética y la vileza de su conducta personal. Triste faena es la de haberse traído en el alma, desde Madrid a América, ese cargamento de chismes, minucias y rencores, y más aún el darlos ahora a los cuatro vientos para desprestigio de los españoles emigrados (Salinas, 17)⁴³.

⁴⁰ Américo CASTRO, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Madrid, Taurus, 1961.

⁴¹ Salvador Bernabéu Albert analiza este problema y explica qué fue precisamente lo que ocurrió: «Como ya he señalado, La peculiaridad lingüística rioplatense fue recibida con polémica, obligando a Castro a publicar “Unas palabras complementarias” en la revista *Nosotros* de Buenos Aires (XVI, 1942, pp. 3-10). Dentro de las críticas, la de más trascendencia —aunque quizás no la más ecuaníme— encontramos la de Jorge Luis Borges, titulada “Las alarmas del doctor Américo Castro”, quien consideró que el libro estaba lleno de “supersticiones convencionales”, “trivialidad continua”, “estilo comercial”, califica a la obra de “pintoresco dislate” y acusa a Castro de inventarse tanto el problema de la lengua argentina como sus soluciones: “Salvo el lunfardo ... no hay jergas en este país. No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan”. Borges, sin embargo, cae también en generalizaciones y en un nacionalismo resentido: “no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda.)”. Tampoco se explican los dardos envenenados: “la errónea y mínima erudición, el doctor Castro añade el infatigable ejercicio de la zalamería, de la prosa rimada y del terrorismo”» (Salvador BERNABÉU ALBERT, «“Un señor que llegó del Brasil”. Américo Castro y la realidad histórica de América», *Indias*, vol. LXII, núm. 226, 2002 (651-674), págs. 665-6.

⁴² Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, págs. 229-232.

⁴³ Lo mismo le comentaría ya a Jorge Guillén en una carta fechada en Madrid el 1 de febrero de 1931. Por esto, conocemos que el deterioro en la relación tiene una fecha muy temprana: «En cuanto a la literatura,

Castro, al parecer, no está enterado de las palabras de su compatriota, pero de igual forma presta apoyo moral a su amigo, al que alienta para resistir mediante nuevas apreciaciones sobre el rencor y la envidia hispánicos, que han llevado lo ibérico a un punto de hedor insoportable:

Ignoro las vilezas recientes *del* Juan Ramón. Casi todos los hispanos son saquitos de veneno, podridos de envidia y resentimiento. Siempre fue así, no sólo entre hispanos; pero lo grave ahora es que hemos perdido el almohadillado que amortiguaba las coces. Hay que dormir sobre piedras, y hacerse piel de hipopótamo (Castro, 22).

Si recurrimos a lo que sugiere Jean Cross Newman, diremos que para la biógrafa canadiense el origen de este hecho se remonta a la fecha de 1933, cuando Pedro Salinas publica *La voz a ti debida*. Aparentemente, Juan Ramón Jiménez acusó de manera pública y privada a Pedro Salinas de haberlo plagiado, y en tono jocoso llegó a declarar que el título de la obra hubiera sido más acertado si el madrileño hubiese escogido como título *La voz a mí debida* –a Juan Ramón, se entiende–. De hecho, y según relata Newman, el autor de las famosas *Elejías* escribió en *El Sol* un artículo con el nombre de «Coincidencias poéticas y prosaicas», donde puso de manifiesto las similitudes (demasiadas, en su opinión) que existían entre ambas maneras de escribir. Amenazó, además, con seguir haciéndolo en días posteriores «y en pequeñas dosis, para no atragantar a nadie»⁴⁴. De manera anecdótica, cuenta la biógrafa que en la sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico se conserva el volumen enviado

aún peor. Los acontecimientos han sido el artículo de Cernuda y los de Juan Ramón. Cotarro alborotadísimo. Alberti que ya ha regresado de su chopinada en Mallorca llamó a Juan Ramón en una conferencia “mariposuela agreste y metomentodo desorientado”. En la gente han caído bastante mal esos artículos. Lo comprendo. La actitud de Juan Ramón me sigue pareciendo cada día más caprichosa e inconsistente y sobre todo de un celo ético totalmente inútil y que en el fondo refleja su actitud personal y no decálogo alguno, lo cual al fin y al cabo es mejor, pero no sirve. Además se nota un desdén manifiesto a los jóvenes» (*Correspondencia*, carta 39, pág. 127). A pie de página Andrés Soria nos informará de que los artículos son: de Cernuda, «José Moreno Villa o los andaluces en España», *El Sol*, 18 de enero de 1931; de Juan Ramón Jiménez, «Poesía escrita. Desnudez», *Heraldo de Madrid*, 15 de enero de 1931; «Acento. Historias de España», *La Gaceta Literaria*, 98, 15 de enero de 1931; «Poesía escrita. Juan José Domenchina (1930)», *Heraldo de Madrid*, 15 de enero de 1931.

⁴⁴Juan RAMÓN JIMÉNEZ, «Coincidencias», *apud* Jean Cross Newman, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 230.

por el propio Salinas a su *examigo*, en el que anotó sus coléricas críticas. En dicha biografía se asegura, de igual modo, que todo este jaleo -en el que también intervino José Bergamín para defender a Salinas- fue el que dio lugar a que más tarde no se publicasen en la segunda antología de Gerardo Diego (1934) los poemas de Juan Ramón⁴⁵.

De hecho, en las cartas que don Pedro le escribió a Katherine Whitmore, percibimos ya un enorme malestar por la actitud del que fuera su amigo, y que, como vemos, sigue intacto diez años después: «Cada poeta verdadero (y Juan Ramón Jiménez lo es y mucho, diga Pepe [Bergamín] lo que quiera) es un mundo aparte. Solo los historiadores deben compararlos, es el triste deber del historiador, huir de lo esencial»⁴⁶. Pese a las durísimas acusaciones que el esposo de Zenobia lanzó contra Salinas, él jamás dejó de valorarlo como el colosal escritor que fue.

Ya en otro plano, hallamos ciertas discrepancias académicas propias de colegas que, por desgracia, emitieron opiniones no del «gusto» de todos. Ejemplos de ello serían Leo Spitzer o Marcel Bataillon. En el caso del primero, Américo Castro escribe en un tono muy áspero sobre sus publicaciones cervantinas:

En realidad debiera haberle mandado este «papel» a Spitzer que es el encargado de tal homenaje; pero Spitzer ni me ha acusado recibo de mi artículo sobre Cervantes, que le habrá sentado como sinapismo, después de las idioteces personales y hasta indecentes que escribió hace años en la *ZRPh* [*Zeitschrift für Romanische Philologie*]. Yo lo he olvidado, y sigo mi camino sin polemizar -ya le dije a él que yo tengo mis problemas y no los de los demás-. Pero por si las moscas prefiero no escribirle si él no lo hace (Castro, 25).

De nuevo, don Américo vuelve a dar ejemplo de honradez académica y profesional, aunque sus encendidas palabras no las consideramos el mejor modo de expresarlo. A pesar de que podemos entrever a lo largo del epistolario que Leo Spitzer fue su amigo -y un buen amigo-, Castro antepone la ética investigadora a sus relaciones personales, y eso lo lleva a juzgar con dureza un artículo que quizá otro colega no se hubiera atrevido a valorar de la misma forma. No justificamos, en ningún caso, los

⁴⁵ Lo comenta también el profesor José Teruel en su edición a la antología de Gerardo DIEGO: *Poesía española [antología]*, ed. José TERUEL, Madrid, Cátedra, 2007, pág. 61 y págs. 599-560.

⁴⁶ *Ibíd.*, pág. 231. Se han contrastado con el epistolario de Salinas-Whitmore, pero el esquema de la idea que estamos desarrollando se encuentra en la biografía.

calificativos que rozan el insulto y que emplea aquí Castro. Lo mismo ocurre con Marcel Bataillon, con quien mantuvo una estrecha relación epistolar⁴⁷, pero de quien no dudará en decir que

El amigo Bataillon ha publicado unas cosas entre insensatas, infantiles y agresivas, a las que voy a tener que responder. Me asombra esta persona cuanto más hablo con él. Me parece que flota en una luna presuntuosa, y nada más. No logro que entienda nada de lo que se le explica. Lo siento de veras, pues es un gran amigo y lo estimo muchísimo como tal (Castro, 64).

He aquí, en la última frase de la cita, un ejemplo de aquello que hemos mencionado: Américo Castro da por sentado que, aunque Bataillon sea su amigo, ese hecho no le libra de recibir una merecida crítica cuando su trabajo intelectual no está a la altura de (lo que él considera) las circunstancias. Sin duda, este carácter irascible y encendido, demasiado impetuoso en ocasiones, le granjeó al ensayista algunos enemigos. El radiante Castro que se atrevió a criticar y dismantelar todo aquello en lo que no creía tuvo que pagar más tarde el precio de una sinceridad, en muchos casos, excesiva y sin reparo.

Salinas, por su parte, y aunque menos vehemente, también se permitía de cuando en cuando alguna crítica. Pasando por alto burlas de muy poco nivel, como las que dirigió contra Romera Navarro⁴⁸ o la exmujer de Ramón Iglesias⁴⁹, llegamos a otras ligeramente más elaboradas o, al menos, de carácter académico. De igual forma que antes, Salinas separa el plano personal del profesional, y explica que Domenchina⁵⁰,

⁴⁷ El trabajo ha sido editado hace poco tiempo por Simona MUNARI (*Américo Castro y Marcel Bataillon: Epistolario (1923-1972)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012).

⁴⁸ «Hace mucha falta en esta América del Este, y en un sitio de tanto prestigio como Princeton, una persona como usted. No dudo que su labor en cualquier lugar sería importante, siempre. Pero aquí, en esta faja de la europea América, tendría mucho mayor alcance en esa labor de dignificación de los estudios hispánicos, tan rebajados por belitres del tipo Romera Navarro y compañía» (Salinas, 8).

⁴⁹ «Allí está, entre otros, Ramón Iglesias a quien di sus señas, y que supongo le habrá escrito. Tiene una nueva mujer, rubia y moderna, ella. ¿Qué habrá sido de la otra infeliz y de las chicas? Una consecuencia más de la “España una, grande y libre”» (ibíd.).

⁵⁰ Juan José Domenchina. En este caso la aversión no procede de motivos ideológicos, ya que el poeta fue cercano a círculos republicanos, participando en revistas como *La Pluma*, dirigida por Cipriano Rivas Cherif, y Manuel Azaña o *Revista de Occidente* y *El Sol*. Domenchina y su mujer [Ernestina de Champourcín] se exiliaron en de 1939, primero a Francia y más tarde en México.

pese su indignidad como ser humano, debe figurar en una antología que está realizando, por su calidad literaria frente a otros nombres como Millares o Luzuriaga⁵¹. Otro comentario que afectó mucho al autor de *Razón de amor* fue el que hizo Gillet a partir de su disertación sobre las *Coplas* de Jorge Manrique, cuando aseguró que el poema no era tan magistral como Salinas lo pintaba⁵². El madrileño, indignado, contraataca con la jocosa afirmación de que no debería decir eso alguien que ha dedicado su vida a estudiar a Torres Naharro.

En un ámbito diferente, también hallamos enérgicos agravios contra nombres relacionados con la política española o internacional (sobre todo con la Segunda Guerra Mundial). Aunque se tratará este tema más adelante, no podemos dejar de decir que Neville Chamberlain, Primer Ministro británico, es uno de esos personajes que provoca gran antipatía entre los corresponsales. En carta escrita por Américo Castro el 11 de octubre de 1938, se pueden leer unas siguientes declaraciones en las que asegura que

Méjico es maravilloso, y la visita mía allá data en mi vida. Ahora temo que a fuerza de desatinos, conviertan aquello en una Nueva España. Los desatinos colectivos, en todas partes, acaban por producir *Chamberlains & Co.* Es la sanción brutal y estúpida de la historia, que en tales casos funciona gangliosamente, no con cerebro (Castro, 8).

Es curiosa la capacidad crítica de estos intelectuales. Al igual que Castro, Salinas también profetizaba en el año de 1939 un futuro sombrío. Aunque tendemos a asociar a los escritores de «este bando» con personas que defendían intereses ideológicos, venimos comprobando a lo largo de la correspondencia que el prejuicio

⁵¹ «No sé si sabe usted, que las inclusiones han de pesarse en relación con el número total de autores españoles que se nos concede: unos cien. Y que por consiguiente el meter a Millares o a Luzuriaga, de innegables méritos por otra parte, desplazaría a otros dos escritores que quizá estén mejor que ellos en un *Diccionario de Literatura*. Por ejemplo, ese mismo Domenchina, nauseabundo en su persona y política, y en partes de su poesía, pero que debe figurar en la obra, a mi juicio» (Salinas, 12).

⁵² Como podemos apreciar en la cronología final, Pedro Salinas publica en 1947 *Jorge Manrique o tradición y originalidad*. Lo que encontramos en las cartas a partir de la reseña de Gillet será lo siguiente: «Gillet me acusa de “subjetivo”, en *Hispanic Review*, y declara que las *Coplas*, al fin y al cabo, no son tan magistrales como yo las pongo; ¡qué bien, si fuese consuelo, el que yo, como crítico, le guste más que Manrique, según parece deducirse de la reseña. Tiene gracia la idea subyacente en ella, que doy demasiada importancia a Manrique y a su poema, viniendo de persona que se ha devanado los sesos hace quince años por Torres Naharro. Por supuesto, le he dado las gracias, gentilmente. Esto de escribir se va poniendo, como decía el otro, “a cual peor”» (Salinas, 26).

dista de ser cierto. Ya se han citado algunas críticas dirigidas como misiles a la República, y ahora se observa, sin dificultad, que Pedro Salinas equipara el bando de Chamberlain al de los nazis italianos y los fascistas alemanes. Establece, así, un paralelismo con lo que ha sucedido en España:

Y aquí me tiene usted de nuevo, adoctrinando a jóvenes hijas en flor, y esperando los acontecimientos. ¡Ganas de esperar, porque del caos europeo saldrá cualquier cosa menos nada bueno para nuestro país! Si gana Hitler, Franquismo *nazzi*⁵³. Y si gana Chamberlain, monarquía donjuanesca, con Franco de Patrona distante de España, y gotas de madariagas y castillejos (Salinas, 8).

Como vemos, el futuro que le espera a Europa, y que arrastrará consigo a España, es desolador. Para finalizar este apartado, consideramos pertinente transcribir un fragmento en el que Salinas relaciona a Chamberlain con la inmundicia suprema, y en el que, asimismo, se lanza un dardo envenenado contra los institucionistas anglófilos:

Y ese innoble vejestorio de Chamberlain, transformista supremo, a ratos Celestina, a ratos Judas y siempre ocupante por derecho propio de la Cloaca Máxima, es un hermoso exponente de la caballerosidad inglesa, en la que supongo ya no creerán más que Castillejo, Alberto Jiménez y Antonio Pastor (Salinas, 5).

No se puede dejar de comentar aquí, porque es donde creemos que mejor encaja, la relación de profundo amor –y en algunas ocasiones casi odio– que Américo Castro y Pedro Salinas mantuvieron con Francia. Como se puede comprobar en la cronología que hemos preparado para este trabajo, ambos estuvieron en París; concretamente, en la Universidad de la Sorbona, la más reconocida academia francófona del mundo. Según relata Jean Cross Newman en la biografía de Salinas, este «iba a ser lector de español en la Sorbona, en parte debido a los esfuerzos de su amigo Américo Castro»⁵⁴. Dicha

⁵³ Creemos que lo escribe así de manera voluntaria para imitar el sonido con el que los italianos pronunciarían esta palabra; de este modo, la afirmación incluye también al fascismo italiano, con *il duce* Mussolini a la cabeza.

⁵⁴ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 77. Ya hemos visto, también, la carta a Margarita Bonmatí, de 1915, que confirma este hecho y la buena relación de Salinas con Castro; también leíamos allí, de forma clara, el incondicional apoyo de Américo Castro por quien consideraba un alumno excepcional. Sí nos gustaría matizar las palabras de la biógrafa en cuanto a un aspecto importante: en una

afirmación demuestra que, desde sus albores, esta relación viene determinada por un estrechísimo contacto con este país. Solo así se comprende que la situación académica francesa ocupe un porcentaje tan elevado del contenido su correspondencia.

Una de las primeras afirmaciones que encontramos a este respecto es la que hace Pedro Salinas en la carta fechada el 26 de abril de 1939:

Nada nuevo, puesto que no son nuevas las innumerables llamadas que llegan de Francia. Entre otros Llorens. ¿Se podría hacer algo por él? Yo ya he hablado hace dos semanas a Onís y a Navarro, en New York. Montesinos está muy mal (Salinas, 7).

Sobre este asunto ya había llamado nuestra atención Newman, con la afirmación de que «el círculo de amistades de Salinas abarcaba más que a sus amigos de Generación. En Francia estaban Jean Cassou, Marcel Bataillon, Mathilde Pomès, Marcelle Auclair, Ernest Mérimée [...]»⁵⁵. Es decir, había fraguado una serie de conexiones que ya jamás perdería. La misma visión francófila es compartida, en un primer momento, por Américo Castro, que dedica gentiles palabras hacia un país al que debía tanto: «he leído lo de Jeschke, que había visto solo por el forro: mecanización literaria y flatulencia dogmática, Mr. Taine redivivo, sin las buenas maneras, y sin el gran estilo de la Francia» (Castro, 16).

A medida que avanza el tiempo, observamos cómo el autor de *España en su historia* dirige palabras cada vez más duras en contra del país y sus intelectuales. Aborda el tema mediante comentarios inofensivos («La historia no es concepción [los franceses no pueden salir de ella], sino biografía» Castro, 20) pero su tono va ensombreciéndose hasta desembocar en enojo, por la polémica ocurrida en 1942, cuyo

sociedad tan jerarquizada académicamente como la de esa época (justo hace cien años), Castro y Salinas no eran amigos, eran profesor y alumno pese a la buena relación que pudiesen mantener.

⁵⁵ *Ibíd.*, pág. 35. En la misma página hablará sobre los emigrados, nombres que aparecen con frecuencia en las cartas: «En América, muchos españoles que habían emigrado como él y otros tantos colegas. En Baltimore, toda la familia Turnbull, Henry Carrington, Lancaster, Charles Singleton, Leo Spitzer; en Boston, los colegas de Wellesley College, Edith Helman. Entre los emigrados, por no citar más que a unos pocos: Américo Castro, Vicente Lloréns, Fernando de los Ríos, su hija Laura (a cuya boda con Francisco García Lorca acudió Salinas un verano en Middlebury), José Montesinos, Federico de Onís, Amado Alonso (cuya salida de España no se debió exactamente a la Guerra Civil, sino que, al igual que Onís, ya llevaba viviendo varios años fuera), Juan Centeno, Ángel del Río, y así seguiríamos con una lista interminable».

germen se debió a las presiones para el formato de un curso que organizaban entidades francófonas. Según los documentos, Jorge Guillén hablaría de poesía mística y Castro de la grandiosa época que abarca desde la *Celestina* a Cervantes. Asimismo, le pide a Salinas que trate un tema posterior a 1700. Es entonces cuando se destapa la caja de Pandora. Tras reconocer la importancia de ayudar a la *France combattante* y sus exiliados, y después de poner de manifiesto que las lenguas románicas desempeñan un papel fundamental en este proceso⁵⁶, asegura que

Los franceses, cierto, arriman el ascua a lo suyo, y pretenden tomar el aire protector de siempre; les interesa lo español por Hispanoamérica, y nos meten en la mojiganga de *l'Amérique Latine*. [...] ahora, nadie puede pensar en que vamos a presumir de nada ni a sacar utilidad a nada: iríamos a hacer un gesto de ayuda a una vieja amiga, arruinada y postrada. Y *honni soit...* Lo pensé mucho, y allá fui; y como he tenido ocasión de decirles un par de veces en público que en vez de hablar de civilización francesa, debieran más bien examinar la esencia de la crisis de dicha civilización (juntamente con la de todo Occidente), mi conciencia está tranquila (Castro, 26).

Resulta curioso cómo los franceses son capaces de conseguir que surja la escasa vertiente nacionalista del filólogo español: «Cohen dice que eso del español es una camama; que al lado de la maravilla francesa, lo español es una moda fundada en motivos políticos. Nosotros seríamos los “afrancesados” –vaya perspicacia– y por eso nos mima» (ibíd.). Pero no queda ahí la cosa. Tras la amplificación de su enfado cuando los franceses le obligan a escribir las cartas en francés y no en español («porque si no...los belgas pueden hablar flamenco, los italianos italiano, etc» Castro, 27), el 27 de septiembre de 1942 Américo Castro escribe una carta en doble copia a Guillén y Salinas, en la que se percibe un vehemente enojo debido a los derroteros que había tomado la situación de los cursos:

Ayer hubo una reunión en *l'École Libre des Hautes Études*, y se repartió el programa de las clases de octubre. En ese anuncio se dice: *French University in the French Language, by French and Belgian courses, professors*. En la lista de octubre figuran Mendizábal (español), Dellavida (italiano) y gentes de otras partes. Por lo visto se les está subiendo a la cabeza el imperialismo francés y pretenden uncir

⁵⁶ «Creo que pagarán los gastos y eso es todo: se trata de obra de ayuda moral a la *France combattante* [...]. En ese intento de fraguar una Sorbona en el exilio, las lenguas modernas tienen un puesto, claro, y lo mismo que íbamos a París a hablar con frecuencia, no hay motivo para no hacerlo aquí» (Castro, 26).

al carro triunfal (?) a españoles, italianos, etc., como si fuéramos tunecinos o annamitas. Al principio la escuela comenzó humildemente, pidiendo ayuda cordial en momentos angustiosos para Francia. Ahora, después de un año de experiencia, y del éxito del Pontigny (?) americano, se quitan la careta. Yo me la quito igualmente y me voy. Aparte de lo ridículo e inoportuno de sacar «la civilización francesa» a relucir en unos momentos en que su mayor alimento son lugares comunes y elementalidades, por mi parte no hallo nada que hacer de comparsa gratuito del triunfal cortejo franco-belga. Se ve que no aprendemos nada, ni aun hoy; la guerra va a dejarlo todo peor que estaba, y no habrá modo de entenderse decentemente con nadie.

Una y otra vez he sugerido en las reuniones de *l'École* que hicieran algo «europeo», y que partieran de la idea de que, hoy por hoy, Europa es un fracaso, y que la manera de que deje de serlo es ahondar en la entraña dolida de los problemas. Ni me entienden. Esta *École* deriva hacia un *Institut de propagande*, para lustre y brillo a la *civilisation* de la *France*. Por mí que se lo den, pero no con mi modestísimo cepillo.

Lo que voy a hacer es algo puramente personal, es decir, que me parecerá muy bien que ustedes vayan o que no vayan a *l'École*. Ustedes saben con qué buena fe he sostenido que la lengua francesa en nuestras clases fuera denominador común de «lo europeo». Pero mi sensibilidad no me permite aguantar cosas como la sesión de ayer. No hubo detalle que omitieran. Van a sacar la revista *Renaissance*, y Grégorie que la dirige anunció que se podría publicar algo en otra lengua, pero sólo como saludo, soflama breve, etc. Nada de artículos de verdad. En suma, pretenden que los españoles sirvamos a los mismos afectos que el pobre Martinenche utilizaba a aquellos *escritorcetes* sudamericanos en la revista *Hispania*. Yo, que ignoro la *Hispanidad*, no voy a aceptar la *Francicidad* (Castro, 28)⁵⁷.

⁵⁷ Nos ha resultado interesante incluir un fragmento en el que Jorge Guillén le dice a Pedro Salinas lo que piensa del asunto: «Esta mañana don Américo me comunicó, en carta repetida de la que a ti te ha escrito, su decisión de no hacer nada en *l'École*. ¡Siempre lo mismo! Lo peor es que le pone a uno en trance difícil. Si, a pesar de su retirada, vamos, quizá lo tome mal. Y si no vamos, parecerá que nos hacemos solidarios con su actitud. Y el caso es que yo casi me siento solidario de las razones y motivos de la actitud, pero ya no tan completamente de la actitud misma. Lo que dice es verdad, pero a pesar de eso, quizá hubiera sido mejor cumplir lo convenido. En donde estoy más de acuerdo con él es en lo que dice sobre la incapacidad de ese grupo para tomar una actitud *generalmente* europea o por lo menos latina, en lo de la revista. En fin, un fastidio. Yo, como hasta ahora no había entrado en relación oficial y directa con la Escuela, y no me había entendido más que con Castro, optaré por lo que más me tienta: no hacer nada. Precisamente me tenía preocupado este semi-compromiso. Ya te lo dije: el idioma, los temas, el público. Quieras que no se le van a uno dos o tres semanas, quizá más, en eso. Y el tiempo me es más precioso cada día. ¿Qué vas a hacer tú? Quizá una buena excusa es que nosotros pensamos en que sería interesante una representación colectiva, de un pequeño grupo, española, en la Escuela. Pero que al faltar, por razones imperiosas el decano, no nos sentimos con autoridad plena para representar lo hispánico. Eso

4. Educación, historia, filosofía y literatura en la reflexión epistolar

*Creo que no tengo, todavía, el derecho a callar lo que vi
para escribir lo que imagino.*

Max Aub

4.1. «Calor y entusiasmo por una universidad mejor»

Según señala Jean Cross Newman: «Salinas, un español atípico en lo que se refiere a su apariencia física, procedió a mostrar a sus estudiantes que tampoco era el estereotipo de catedrático de la época»⁵⁸. Entre algunas de las curiosidades que relata Enrique Canito acerca del magisterio de Salinas en la Universidad de Sevilla -y que la profesora Newman trae a colación- resalta, por ejemplo, el hecho de que Pedro Salinas, que fue a dar un curso de literatura a estudiantes de derecho, les asegurase que él no pasaría lista. Solo mandó dos manuales de los que tampoco hizo demasiado caso, y, ante todo y lo más importante, «el contacto de los estudiantes con Salinas no empezaba ni terminaba en un aula destartalada»⁵⁹. «Había otras opciones: podían reunirse algunas tardes, voluntariamente, en otro patio para profundizar en el estudio de la literatura»⁶⁰. Será el propio Canito el que deslinde lo que para él era hasta ese momento la educación del nuevo giro copernicano que suponen los métodos institucionistas, utilizados por

es lo que yo diré, si me preguntan» (Pedro SALINAS y Jorge GUILLÉN, *Correspondencia (1923-1951)*, pág. 289 [carta de septiembre de 1942])

⁵⁸ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 114. En la misma página encontramos el desarrollo de dicha afirmación: «Lo arcaico acabó donde empezó Salinas. La impresionante barrera que tradicionalmente separaba a profesores y estudiantes, recordatorio perenne de las diferencias de estatus, no era nada más que una barrera material para él. Dejando de lado los sacrosantos métodos de pronunciar discursos retóricos y formales sobre temas preestablecidos, Salinas prefería explicar directamente el texto».

⁵⁹ Enrique CANITO, «Pedro Salinas, profesor en Sevilla», *Ínsula*, 74 (1952) 4-8, *apud* Jean Cross Newman, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 114.

⁶⁰ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 114.

diferentes intelectuales vinculados a la Institución Libre de Enseñanza y entre los que se encontraban Castro y Salinas:

Desde entonces hubo para mí dos paradigmas universitarios. El uno se cifraba en aquel patio ancho, deslumbrante, donde dábamos la clase de la mañana; el otro se escondía en el patio interior con su fuente, sus palmeras y sus rosales, con su luz suave tamizada por la verdura, donde una o dos veces por semana, al atardecer, teníamos el privilegio de oír a este hombre que, como Nebrija, había ido al extranjero para traer no mercancías, sino conocimientos. Los grandes paradigmas luchaban por imponerse en mi blanda sensibilidad adolescente. Me quedé por siempre en este segundo donde vibraban *[sic]* para mí Bécquer, Machado, Juan Ramón Jiménez y San Juan. Pensaba yo también que era el mundo de don Pedro, del que todavía no conocíamos los versos, pero al que ya sentíamos poeta⁶¹.

Es importante lo que subrayan tanto Ángel del Río como el propio Canito –y más adelante Luis Cernuda– de que la perspectiva que había adquirido Salinas en sus viajes a Francia le permitía hablar de España con una mayor nitidez. Él miraba ya, según la sentencia utilizada por el reciente premio Cervantes Juan Goytisolo, «de la periferia al centro». No podemos olvidar, bajo ningún concepto, que Salinas fue alumno de Américo Castro, y que mucho de su nueva metodología lo adquirió de su maestro en Madrid. Ya vimos antes la carta que le envió a Margarita Bonmatí, y en la que contaba que el propio Castro le diseñó un plan de estudios poco común, que incluía, sin ir más lejos, las lenguas semíticas que venía impulsando Miguel Asín en España. Entre otras cosas, obtuvo del magisterio de la ILE ese afán de ampliar las fronteras de la educación, de derribar los muros que estaban dejando a España en un puesto muy atrasado respecto de otras potencias europeas. El institucionismo de Giner de los Ríos apostaba por una amplitud de miras que solo podía obtenerse desde una visión holística de la enseñanza. Newman entrevistó en 1973 a Enrique Canito, y de allí proceden afirmaciones tales como que «su curso fue la apología de España más apasionada que se puede concebir»⁶² o que «Salinas hacía que aspiraran no a una mera imitación española [de las universidades europeas], sino un exacto equivalente español enraizado en la más profunda tradición de su país»⁶³. Continúa Canito su entrevista con una frase magistral: «de sus palabras no nos venía desaliento, al contrario, calor y entusiasmo por una

⁶¹ *Ibíd.*

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*

universidad mejor, no por calco de la extranjera, sino más bien por integrarla nosotros en la palpitación de nuestro momento español»⁶⁴. Pareciera esto un duplicado de las palabras de Américo Castro que sirven como cita inicial para el estudio del profesor Santiago López-Ríos, donde investiga los ensayos de tema educativo que publicó el filólogo: «Esa idea, sutil y quebradiza, de una España mejor»⁶⁵. Huelgan palabras que intenten justificar la línea educativa compartida por los dos autores de estas misivas.

Pero, antes de analizar la faceta docente de Castro, no podemos dejar de recoger un testimonio de Luis Cernuda sobre la instrucción de don Pedro Salinas⁶⁶. Aunque la nota con la que finalizó el curso fue un desapercibido «aprobado», y a pesar de que don Luis, a causa de su timidez, no se acercó nunca a hablar con él para intentar entablar una relación amistosa –algo que no se perdonaría después–, tropezamos con palabras de profundísima admiración hacia su profesor. Al fin y al cabo, y pese a que en esos momentos era un alumno más, el poeta advierte que «no sabría decir cuánto debo a Salinas, a sus indicaciones, a su estímulo primero; apenas hubiera podido yo, en cuanto poeta, sin su ayuda, haber encontrado el camino»⁶⁷. Es importante resaltar el hecho de que no solo se sustentó con palabras lo que Canito y Cernuda hicieron tras asistir a las clases del poeta madrileño en Sevilla. Ambos abandonaron las leyes y se dedicaron a la literatura, trasladándose poco después a la capital. Aunque Salinas siempre mostró su apoyo incondicional a Luis Cernuda, sí nos ha llamado la atención al consultar su correspondencia con Jorge Guillén que, en el ámbito estrictamente privado, no siempre mantuvo una actitud tan leal hacia su alumno⁶⁸. Pedro Salinas lo acusa de plagio a Guillén en varias ocasiones, e incluso leemos con sorpresa que su corresponsal le dedica fortísimos insultos. Pero, en cuanto lo que a nuestro contenido incumbe, quedan

⁶⁴ *Ibíd.*

⁶⁵ Santiago LÓPEZ-RÍOS, *Hacia la mejor España. Los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad*, Barcelona, Bellaterra, 2015.

⁶⁶ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 117.

⁶⁷ Luis CERNUDA, «Historial de un libro», *apud* Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 117.

⁶⁸ Pedro SALINAS y Jorge GUILLÉN, *Correspondencia (1923-1951)*, ed. Andrés SORIA, Barcelona, Tusquets, 1992. Lo mismo pasará, tristemente, con Américo Castro, a quien, según sus propias palabras, tanto debía.

demostradas las dotes de don Pedro como maestro e intelectual preocupado de la educación, tanto en España como fuera de ella⁶⁹.

Será en el libro ya citado *Hacia la mejor España. Los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad* donde López-Ríos nos acerque a la faceta más institucionista del autor. Tras señalarnos la innegable influencia de Francisco Giner y Manuel Bartolomé Cossío en Castro, y después de asegurar mediante una cita epistolar que su «obra es el rebose de un sufrir hispano que llega casi hasta los años de mi niñez en Granada»⁷⁰, nos indica que fue Manuel García Morente, a quien conoció en la

⁶⁹ Pero no será solo Pedro Salinas quien reciba elogiosos comentarios por parte de sus estudiantes. En nota al pie, por no interrumpir demasiado la lectura, dejamos el bellísimo relato que hace Alonso Zamora Vicente sobre las clases de Américo Castro («La pasión de lo ibérico en Américo Castro», en *Los poetas en sus versos: desde Jorge Manrique a García Lorca*, coord. Tomás NAVARRO TOMÁS, Barcelona, Ariel, 1982 [1949], págs. 28-29) «Historia de la Lengua, Literatura, pasado espiritual de España y muchas cosas más, en un revuelo apasionado, estimulante, de inacabada sugerencia inesquivable, se agolpan en la lección de Américo Castro. A borbotones, como una herida abierta, mana la pasión de lo ibérico. La clase de Américo Castro no tiene hora definida, ni clima espacial, ni paisaje concreto. Es siempre un hallazgo, un descubrimiento. Y cada motivo externo se acomoda inmediatamente al conjuro de su encuentro. Se va allá a la espera de múltiples milagros al acecho, que ya sabemos están ahí, esperándonos. La vida adquiere así una más leal interpretación, una más cordial cercanía. Es la clase joven por el joven y para el joven. Sin engolamientos, sin altisonancias de manual consagrado. La erudición, gigantesca erudición de sus temarios, se repliega modestamente al campo de las ayudas oscuras, como la gubia del artista. Y descansa su propio asombro ante la criatura de arte que surge hora a hora, entrecortadamente. Pero lo más luminoso en el recuerdo es precisamente su no acabamiento, su premeditada imperfección. Queda ahí, lanzada al aire tibio de las tres (¿dónde, los jardinillos de la Moncloa? ¿Dónde, el pino alto del palacete?), entregada a nuestro impreciso sueño de estudiantes. Esquemas, proyectos, sugerencias, apuntes, caminos de decidido arranque, emociones de punzante taladro van lloviendo mansamente -pero con energía de mandato inexcusable- sobre el presentimiento del porvenir. Cuando se acaba hay una segura esperanza en el quehacer venidero y una honda sensación de firmeza en nuestro momento histórico. Seguridad, apasionada seguridad, fe en uno mismo, en las innúmeras posibilidades del trabajo.

Afuera no hay clima definido, ni ruidos que alejen. Nada. Solamente paisaje intelectual. Pertinaz paso firme, en avance sin sesgo. Se recuerda esto en pleno mediodía, sin celaje posible. Es el regreso contento, instalados ya en ruta al desenlace. Nos han atornillado la propia vocación.

Clase con Américo Castro, tres, cuatro de la tarde, siempre con sol».

⁷⁰ Santiago LÓPEZ-RÍOS, *Hacia la mejor España*, pág. 21. La cita el profesor López-Ríos de la carta de Américo Castro a Guillermo Araya en 1969 (Guillermo ARAYA, *El pensamiento de Américo Castro*, pág. 10).

Sorbona, el que lo introdujo en el círculo de Giner de los Ríos⁷¹. A su vez, pudo penetrar también en el de Menéndez Pidal, donde colaboró con diferentes proyectos relacionados con la educación⁷². Además, y al igual que hemos visto en los testimonios de Canito, para Américo Castro también fue fundamental aquella distancia que limpiaba sus miradas:

Dejando a un lado los dardos que lanza a las autoridades educativas, al definir en qué consiste el buen profesor de literatura, para él encarnado en Gustave Lanson, el nuevo director de la École Normale Supérieure, el entusiasmo desemboca en toda una declaración de principios de aire institucionista. Castro hace suyas las ideas de un Lanson que entendía que el estudio de la literatura servía «para cultivarse espiritualmente, y porque ello nos proporciona un placer»⁷³.

Como a Salinas, al filólogo también le aterrizzaba la idea «de caer en una simple emulación superficial. “¿Es tan fácil lograr apariencias de organización pedagógica captando nombres del extranjero!” exclama en 1915 («Más sobre el bachillerato»)⁷⁴. Por no alargarnos en esta contextualización, simplemente volveremos a remarcar la obvia idea de que Américo Castro y Pedro Salinas viajan juntos en este barco. De ese modo, topamos en el epistolario con múltiples referencias al modelo educativo que se ha de conseguir, y que, ante todo, ha de convertirse en laico si queremos que el deseado avance finalice con éxito:

Ahora está entablada la lucha para lograr meter en el Estado la enseñanza religiosa, y meterle a los niños el catecismo. La Francia laica no ha ido, como colectividad política, a ninguna parte, puesto que no ha sabido crear un mínimo de moralidad pública (Sarrailh cuenta cosas increíbles de su paso por la dirección general de educación física), no hay manera de formar gobiernos etc. Sobre tal *vacuum* se apoya la clerecía para alzarse a mayores. Allá ellos (Castro, 65)⁷⁵.

⁷¹ Para profundizar en la estrecha relación que mantuvieron ambos institucionistas, consultar Santiago LÓPEZ-RÍOS «“Und das Leben ist sicherlich gröesser als die Philologie”: Américo Castro y Francisco Giner de los Ríos», *Romance Philology*, 68 (2014), págs. 1-22.

⁷² Santiago LÓPEZ-RÍOS, *Hacia la mejor España*, pág. 29.

⁷³ *Ibíd.*, pág. 35.

⁷⁴ *Ibíd.*, pág. 40.

⁷⁵ A este respecto, nos parece muy interesante citar fragmentos de un artículo de Castro que incluye López-Ríos en su libro, donde aborda temas concomitantes con lo que muchos años más tarde escribirá en

Dicha idea se reitera en otras cartas de Américo Castro a Pedro Salinas:

En conjunto, el tiempo pasado en Europa ha sido muy útil para mi trabajo, y me ha gustado mucho refrescar mi visión de Francia y Alemania. Las cosas están enredadas allá; *les fils de Pascal et les fils de Voltaire* andan a la greña, y veremos por dónde sale lo de subvencionar las escuelas religiosas. No se aplacará De Gaulle, y los comunistas tendrán más argumentos para seguir armando jaleo. Pero Francia ha perdido mucho de sus enlaces entre los individuos y el Estado. Cada cual aspira a sacar el provecho máximo para sí, sin preocuparse lo más mínimo del vecino (Castro, 66).

En cuanto al tema del bachillerato, también encontramos diferentes artículos ensayísticos en los que Américo Castro alcanza el fondo del asunto. Uno de ellos sería «Más sobre el bachillerato», publicado en *El País* el 12 de octubre de 1915⁷⁶. Allí glosó algunos pequeños ensayos publicados por Luis de Hoyos en la revista *España*, que este escribió a partir de la milésima reforma de la escuela secundaria. «Se anuncia una reforma más», afirmaba con espanto. Da vértigo pensar que, en el momento en el que estamos escribiendo estas líneas y se cumple un centenario de la publicación de dicho

este epistolario («Religiosidad y Gaceta», *La Libertad*, 28 de septiembre de 1921, pág. 5 *apud* Santiago LÓPEZ-RÍOS, *Hacia la mejor España*, pág. 157): «Ya sé que la cuestión está desecada y envuelta por las arenas de la indiferencia y que corrientemente se prefiere soslayarla. Me invita, sin embargo, a repensar en ello, una Real Orden de Instrucción Pública, en la que se conmina, o poco menos, a los musulmanes y judíos de África a que se examinen de religión (de la oficial de España, no de la de ellos), so pena de no poder enseñar en las escuelas del Estado; todo eso a instancias de la Congregación Mariana del Magisterio. De seguir así el Sr. Silió, cuyo arribo al poder nos produjo una impresión de confiado optimismo, va a lograr que echemos de menos a las momias que le han precedido en la no muy docta casa, que por lo menos se estaban quietecitas.

“Ya no hay problema religioso”, dicen las gentes. Cuando nos ocurre rozar en la conversación algún sector de la teología, los ponderados y sesudos vienen a decir: “no es conveniente hablar de lo que puede herir las convenciones respetables de los demás [...]. Nuestro pueblo –viejo, cansado, escéptico– no siente ganas de lanzarse, como nación, a los caminos de la actividad colectiva. La religión se considera lazo para la grey; pero para la grey privilegiada económicamente. La Iglesia da su fuerza estática y retardataria a los que podrían sufrir con un cambio de la estructura social; les facilita la permanencia en su gremio casi con que solo digan que pertenecen a ella. En justa compensación, el catolicismo disfruta cada vez más de la provechosa simpatía del mundo de “bien” y de la política conservadora, que le dicta reales órdenes, como la reciente del Sr. Silió».

⁷⁶ Santiago LÓPEZ-RÍOS, *Hacia la mejor España*, pág. 91.

artículo, pareciese que nos encontramos en una España petrificada que no ha sido capaz de solventar sus contrariedades. Dicho esto, el desafío por optimizar la educación en esta etapa no es meramente español. Como asegura Castro en el epistolario, «ahora en París leí que de cien estudiantes de bachillerato, sólo tres sabían usar el imperfecto de subjuntivo. Por su parte, los literatos dicen que la literatura es una maldición» (Castro, 67). Se intuye que el autor abandona progresivamente la cuestión académica española (por razones obvias en un exiliado) y se acerca a aquellas que le son accesibles. En este caso, la francesa, pero también la germana o la suiza. Dicho vuelco se observa cuando, de manera velada, el ensayista sugiere en sus artículos que desertó de la crítica educativa hispánica para sustituirla por otras: «ya dediqué yo dos páginas a la *Summa* cultura, *summa* barbarie en mi *España*, y aludía a la bomba atómica. Aquí y en París la enseñanza de la literatura es cosa de susto. Domina la fría externalidad o la magia» (ibíd.). En este sentido, la decepción con la enseñanza universitaria, y no solo con la secundaria, es de igual manera palpable en estas cartas:

Mi desapego por la cultura universitaria española se acentúa y justifica con tales atrocidades. Si cuarenta años de *Sprachwissenschaft* llevan a eso, si cuatrocientos años de *Reformation* y *Aufklärung* aterrizan en Dachau (y en un episodio que me han descrito aquí testigos, de los SS entrando en un comedor de niños judíos en Polonia y cargándose setenta y cinco, de entrada, y despidiéndose con sonrisitas), pues que se metan todo eso en cierto lugar (Castro, 47).

Otro asunto que aflora en repetidas ocasiones y que Castro frecuentó en sus ensayos periodísticos será el de la autonomía (o atonía) universitaria, y la inconsciencia de maestros y estudiantes⁷⁷. Hablará con asiduidad del desinterés generalizado que se extiende entre profesores y alumnos. En las cartas desarrollará esa misma idea, presente en sus escritos teóricos, de que «es asombroso, por otra parte, la ignorancia en que está la inmensa mayoría del profesorado de lo que sea la universidad»⁷⁸.

De igual modo, en la carta fechada el 23 de diciembre de 1949, Pedro Salinas se introduce también en el tema, al referir una anécdota sobre Alcázar y sobre cómo sigue funcionando el sistema universitario en España tantos años después:

⁷⁷ «Universidad y autonomía» (*España. Seminario de la vida nacional*, 18 de febrero de 1922), en Santiago LÓPEZ-RÍOS, *Hacia la mejor España*, pág. 210.

⁷⁸ Ibíd.

le han repuesto en activo a su cátedra de Historia, y todos los meses el Habilitado le ingresa en su cuenta de hispanoamericano de Valladolid el sueldo que tan justamente devenga. Por supuesto, él no va a España hasta junio, cuando ya no hay peligro de dar ni una clase. En lo cual, el no ir a clase, se parece a todos los demás catedráticos de algún valor, incluso nuestros amigos, que no se molestan en aparecer por sus cátedras. Uno de ellos, inteligencia de primera, y antifranquista fervoroso, vive en Madrid y tiene cátedra en Salamanca. Solo los novatos cometen la primada de ir a clase los dos o tres primeros años. Todo eso, es inmoralidad fomentada por el mismo Estado que desea desacreditar sus instituciones de enseñanza, para dar realce a las de las comunidades religiosas (Castro, 26).

Muy desagradable la descripción del sistema universitario franquista, y, por otro lado, quizá muy certera. Esta alusión a los reinos de taifas de los catedráticos nos muestra que no solo Américo Castro, sino también Pedro Salinas, estaban, pese a su exilio, al tanto de cómo se desenvolvía la situación universitaria en España: «Muy noble que lo reconozca, ¿pero hasta dónde van a llegar el caos y la irresponsabilidad? La dichosa cultura universitaria es una peste que conservamos como alimento» (Castro, 69).

4.2. «¿Cómo llamar a eso? Cada día sé menos de literatura, y entiendo menos»

Alcanzamos en este punto uno de los apartados más atractivos del estudio de la correspondencia entre Pedro Salinas y Américo Castro. Aunque sus facetas intelectuales se extienden hacia diversos campos, como aseguró Julián Marías al hablar de don Américo («el fuego que primero ardía en la provincia filológica se fue extendiendo, de mata en mata, hacia la totalidad de la vida histórica; las llamas fueron cada vez más altas»⁷⁹), nosotros intentamos estudiar a estos autores desde el ámbito de la filología y la literatura. Por ese motivo, las siguientes líneas componen uno de los momentos de mayor interés –y, quizá, más bellos–, de toda la investigación. Poder admirar cómo Américo Castro o Pedro Salinas desvelan la intrahistoria de sus artículos, poesías u obras dramáticas, aporta luz tanto a sus facetas personales como a la hermenéutica de

⁷⁹ Julián MARÍAS, «La pasión intelectual», *Papeles de Son Armadans* 37, 110 (mayo de 1965), pág. 138. La buena relación de Julián Marías con Castro y Salinas es obvia, y hallamos en este mismo epistolario referencias a ella: «En París vi a García Gómez y Julián Marías, gratos encuentros» (Castro, 64).

sus escritos. Aquí se descubre al ser humano que habita tras la máscara de un título, y que no oculta sus miedos o inseguridades. Con ello en cuenta, se inicia aquí un comentario de las referencias literarias externas –es decir, reflexiones sobre literatura ajena a nuestros corresponsales– para más tarde diseñar un apartado específico en el que departiremos sobre cómo Salinas comenta la obra ensayística de Castro, y viceversa. Es decir, empezaremos a analizar la manera en que estos dos amigos ejercen, además, el papel de críticos literarios.

4.2.1. Albores de plata: reflexiones sobre la Generación del 98, el Modernismo, y sus diversos componentes.

Quizá uno de los puntos que más ha llamado nuestra atención en el epistolario son las disputas acerca de las generaciones literarias inmediatamente anteriores a su época. No resulta extraño, pues cabe recordar que, sobre todo en el caso de Salinas, se consideraba miembro de la postrera cuadrilla de poetas españoles. Es lógico, por tanto, que le interesase conocer las raíces de su ser lírico. La primera mención a este asunto la descubrimos en carta fechada el 14 de noviembre de 1939, cuando Américo Castro le comenta a Salinas que va a dar una conferencia en Nueva Orleans para «borrar el efecto de las estupideces de ciertas gentes de MLA». Le informa, además, de que uno de los temas sobre los que versarán sus conferencias será el concepto de Generación del 98. En tono jocosos, le preguntará al poeta si resultan «*potables*» los apartados en los que ha previsto dividir su charla:

- I. Se trata de un fenómeno característico de la historia de España.
- II. El perfil ideal que le atribuimos, y que permite hablar de la significación de ese momento histórico, no coincide con 1898.
- III. No ofrece tal generación una unidad como la hay en la Pléyade, Le Parnasse, etc.
- IV. Lo singular en esa generación /ese *loquesea*/ grupo de escritores valiosos coincide en separarse, cada uno a su modo, del más próximo pasado (Castro, 15).

Tras esto, el autor de *La realidad histórica de España* le recuerda a Salinas que dejó todos sus papeles en Madrid, y le solicita ayuda bibliográfica para aportar mayor entidad al asunto. Este, en una vertiginosa respuesta –17 de noviembre, solo tres días

después– le contesta que «de lo que me pregunta usted habría como para escribir un libro» (Salinas, 8), y le aconseja que eche un vistazo a «las pocas páginas que aparecieron en la *Revista de Occidente*, diciembre, 1935, y que reproducen lo que leí en el Penn Club. Allí está condensado lo que yo pensaba entonces sobre la cuestión, y que no ha variado sustancialmente» (ibíd.). Asimismo, también nos informa de que

He escrito un nuevo artículo, titulado «La Generación del 98 y el Modernismo», en el que trato de fijar con cierta claridad las diferencias entre esos dos movimientos, que suelen darse por la misma cosa, y que a mí me parecen enteramente disímiles, en su esencia (ibíd.).

Lo importante aquí es que ya en esas fechas, al fragor, como quien dice, de la batalla, autores como Pedro Salinas o Américo Castro no estaban convencidos de esa rígida clasificación que se daba a las muy moldeables cuestiones literarias ('Generaciones', 'Corrientes', etc.). Fue por tanto la bibliografía española posterior (y, por qué no decirlo, franquista) la que perpetuó los cánones (cajones) estancos, casi como cantos corales⁸⁰. En lugar de haber reflexionado sobre ellas de manera sistemática y científica, compartimentaron y simplificaron la literatura, algo muy contrario a lo que ya se venía proponiendo desde mucho tiempo atrás. Además, en la misma carta, asegurará Salinas que

En cuanto al [apartado] cuatro, esto es que «ese grupo de escritores coincide en separarse, cada uno a su modo, del más próximo pasado», quizá deba usted sopesar la opinión de Azorín en sus famosos artículos de *Clásicos y Modernos*, en donde asegura que sin Galdós, Echegaray y Campoamor no hubiese sido posible la tal generación. (Yo no lo creo).

Las dos últimas posturas en la cuestión *batallona* de si hay o no «Generación del 98» son las de Baroja y Marañón. La de este último está en su discurso de entrada en la Academia, me parece, y ha sido

⁸⁰ Este es un tema complejo que, por razones obvias, no podemos abordar aquí. Queda pendiente hacerlo en las posteriores investigaciones que la calidad estética y de contenido de este epistolario requieren. Por si es de interés, consideramos que existen dos lecturas fundamentales para entender este hecho. La primera sería el ya clásico libro de José Carlos MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1975; la segunda, un artículo del profesor José TERUEL, «Una historia de apropiaciones: recepción del 98», *Letras Peninsulares* (número monográfico: *At the Millennium: Spanish Literary History and Literary and Cultural Criticism*), Davidson College, XII, 1 (1999), págs. 91-105.

recogida en un libro, creo, de los que le han publicado los piratas de Chile (ibíd.).

Por su parte, Américo Castro –al parecer, muy interesado por esta cuestión– vuelve a la carga en los albores de 1940, donde, tras leer un artículo de Jeschke sobre el tema (*La generación de 1898 en España: Ensayo de una determinación de su esencia*) y atacarlo diciendo que es «de una pedantería insoportable», volverá a reflexionar sobre el término de *Generación* y acerca de cuáles han de ser los puntos fundamentales para utilizar, si es que fuese correcto, dicho término:

a mí me parece absurdo (en posesión ahora de todo lo que los señores boches han pensado sobre el 98) sacar de ese momento a Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Menéndez Pidal. Si la famosa idea de *Generación* no sirve para explicar eso, ¿para qué sirve? Yo prefiero hablar de «giros históricos» (Castro, 16).

Aquí vemos, sin duda, al Castro más puramente filológico, exquisito con el uso y los matices de la terminología. A continuación explica el porqué de dicha preferencia:

Es bufo que Jeschke meta ahí a Benavente (treinta y cinco años en el 98) y Azorín y otros jóvenes. Que hay comunidad de estilo, desde luego; pero la comunidad de espíritu es tan importante como el parecido gramatical, sobre todo la similitud en cuanto a ser «alto valor» (ibíd.).

Se observa aquí una idea interesante. Américo Castro no considera suficiente la enumeración de dos o tres rasgos de forma –superficiales– para justificar una unidad generacional. El ensayista, que solía buscar un conocimiento radical en sus estudios, afirma que la literatura es algo más que un mero cascarón vacío, escultura hueca que se rompe si el mero roce. Golpea a aquellos que lo niegan con su *latigante* pluma: «estos tíos pedantes creen que con tal de encontrar un rasgo estilístico, eso es todo. ¿Pero no es mucho más esencial la visión, la construcción poética como calidad?» (ibíd.). Castro posee una concepción disidente de los compartimentos literarios, cercana a la que hemos comentado de Edad de Plata⁸¹. En este término caben desde aquellos que

⁸¹ Lo que queremos decir es que Américo Castro tenía una concepción de la literatura muy moderna para su época, más abierta, como en el caso de Mainer. No estamos estableciendo concomitancias entre ambas formas de comprender la literatura, sino señalando su carácter aperturista respecto a otro tipo de compartimentaciones.

comenzaron a escribir tras la tragedia del 98 hasta los poetas de lo que hoy conocemos como grupo poético del 27⁸². Hallamos en estas líneas casi una anunciación profética de lo que se ha consolidado en los últimos decenios como el rumbo de la filología actual: «En el giro que empieza a fines del siglo pasado, con Rubén por Bautista, está desde Unamuno hasta usted y Guillén: *voilà*. La solidaridad entre Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y ustedes es evidente, y no hay ninguna cuña de por medio» (ibíd.). Es significativo percibir que las divisiones que se establecieron durante decenios para encorsetar las corrientes literarias no tenían ya, hace casi ochenta años, una razón de ser aparente para algunos intelectuales. Tendrán que pasar seis años para que encontremos de nuevo el rastro de este asunto, ya en un terreno diferente. No solo la propia «Generación del 98», sino el suceso mismo, el «Desastre», sigue despertando el interés de estos investigadores. Según Pedro Salinas, que escribe desde San Juan (Puerto Rico),

empezaron los españoles del 98 a plantearse a España problemáticamente. Vinieron luego los trabajadores a intentar echar anclas aquí y allá. Pero se me figura que a los cincuenta años de aquel desastre menor, ahora, en la estela del otro gran desastre mayor de la guerra civil, va a volver a alzarse otra vez esa España problemática, ese neo-98, aún sin fecha, porque no sabemos cuándo será la del retorno (Salinas, 18).

No fue este asunto en exclusiva el que llamó la atención de los corresponsales. La perspectiva temporal, la distancia que limpia la mirada, permite que sea más sencillo hablar del pasado que del presente, y así, clasificarlo con mayor facilidad. Castro se atreve a realizar una *quasi* profecía, luego cumplida prácticamente en su totalidad, en la que se arriesga a asegurar quiénes quedarán dentro de muchos decenios como clásicos de la literatura española. Resulta necesario traer a colación los siguientes fragmentos, por el hilo conductor que suponen con lo mencionado hasta ahora. En el primero de ellos, Castro habla de las impresiones que le ha causado *El defensor*: «En verdad basta con leer y redecir las palabras del prólogo para expresar lo que uno siente y piensa al leer su poesía, a veces en verso, y a veces en *prose solue*, como dice Rabelais» (Castro, 48). A partir de ese momento, el propio don Américo comienza a elucubrar sobre la fama y la dificultad de obtener reconocimiento en vida, algo que poetas como Lorca, Guillén o el propio Salinas han conseguido: «Pocos escritores disfrutaban la dicha de

⁸² Que curiosamente él denomina como «post-98». Ello da muestra de que el término de Generación o grupo poético el 27 fue muy posterior.

verse presentados así en vida ante la simpatía de sus *leyentes*. Muchos grandes del pasado no lo consiguieron» (ibíd.). En este caso, la situación «hace también posible que en pocos años se trabe el marco de la auténtica y valiosa literatura» (ibíd.). Será entonces, y tras estos preámbulos, cuando Castro se atreva a realizar su augurio acerca de lo que ocurrirá en el futuro con las letras redivivas de mediados de siglo:

Sabemos ya, sin duda alguna, qué va a estar vivo de las letras hispanas dentro de cien o doscientos años. Está hecho el canon del 98, y ahora ya lo está el del post-98⁸³ (usted, Guillén, G. Lorca –luego comienza una semiclaridad, o lo no tan totalmente evidente–) (ibíd.).

Pero no solo se arriesga el filólogo con la poesía: «En prosa ideológica, fuera de Ortega –a medias entre ustedes y Unamuno–, ¿qué citar? ¿Qué novelas, qué ensayos (o como se llamen), poseen dimensión sobrecontemporánea?» (ibíd.). En su opinión, «la inteligencia proyectada antes sobre las novelas, se fue hacia la filosofía; en ello hay también sus pisos, la discreta, a veces muy discreta altura, de Laín Entralgo y la cumbre de Zubiri, hacia la que camina en lo que ahora escribe» (ibíd.). Incluso, retrocede hasta el siglo anterior: «*All in all*, no está mal la fecundidad hispana de 1900 hasta ahora. Cuando recuerda uno el siglo XIX, quitado Galdós, se llena la boca de ceniza (Bécquer no basta a colmar el abismo, con todos los respetos)» (ibíd.)⁸⁴.

⁸³ Aquí un ejemplo significativo de que aún no opera el concepto de Generación o grupo poético del 27.

⁸⁴ Si es probable que Castro bebiese de algunas obras de Valle-Inclán (como señala Eugenio ASENSIO, *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona, El Albir, 1976, págs. 32-33), también lo es que Galdós dejase impronta en sus teorías. Aunque no habla de ello expresamente, es el propio Asensio quien nos pone sobre la pista, ya que en la página 31 del mismo libro había señalado que el capítulo I de *La realidad histórica de España* comienza con una cita de Galdós, y se titula «España o la historia de una inseguridad». Lo mismo señaló ya –parece que Asensio lo había leído– Camilo José Cela en su ensayo «Sobre España, los españoles y lo español»: «Américo Castro llama “España, o la historia de una inseguridad” al capítulo primero de *La realidad histórica de España* y, en apoyo del título, encabeza sus páginas con unas palabras del Galdós de *Fortunata y Jacinta*: “La inseguridad, única cosa que es constante entre nosotros”. España es insegura y de ella, paradójicamente, pudo decir el novelista Galdós lo que dijo» (*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, XXXVI, París, mayo-junio 1959 (9-18), p. 16). Otro autor que retoma la cuestión en 1976 –precisamente el mismo año de la publicación de la obra de Asensio, pero en una versión de comunicación oral, previa a la escrita que hemos consultado– y en nuestra opinión va un paso más allá es Stephen GILMAN («Judíos, moros y cristianos en las historias de don Benito y don Américo», en *Homenaje a Sánchez Barbudo*, Madison, Dept. of Spanish & Portuguese, Univ. of Wisconsin, 1981 (25-36), p. 26): «No pretendo intentar aquí una vista panorámica

4.2.2. Américo Castro: génesis de un pensamiento desde su correspondencia.

Huelga señalar que los postulados de Américo Castro supusieron un giro copernicano tanto en cuestiones históricas como literarias. Quizá el más importante de ellos sea su afirmación de que el devenir hispánico no puede comprenderse con plenitud sino desde un prisma de mestizaje cultural. Nuestro país estuvo durante ochocientos años (casi mil, si contamos hasta 1609 y la expulsión de los moriscos en lugar de hasta 1492) habitado por musulmanes y judíos, además de la población católica. Antes de entrar de lleno en este aspecto y de dar cuenta de cómo Castro describe en estas cartas la

de un intelecto tan ávido en el estudio y tan incesante en la creación [Castro]. Pero quizás los recuerdos de aquel primer seminario nos hayan de ayudar a comprender un problema de enfoque mucho más limitado: el sentido de la notable coincidencia entre la visión de la historia de España de Castro a partir de 1948 con la de Galdós con posterioridad a 1895 (*Nazarín*). Ahora bien, aunque el epígrafe de *La realidad histórica de España* sea una cita del anónimo narrador de *Fortunata y Jacinta* (“La inseguridad, la única cosa constante entre nosotros”), no creo que don Américo jamás se diera plena cuenta de hasta qué punto Galdós fuese a su manera un precursor suyo. Todos sabemos cómo la desbordante meditación de los últimos años del maestro ha tenido el don de alumbrar verdades no advertidas por nadie y de descubrir provincias todavía desconocidas. Pienso, por ejemplo, en la casta conversa de Luis Vives y de tantos otros. De la misma manera, al releer la historia de aquel “árabe manchego” llamado *Nazarín* o las aventuras místico-eróticas de aquel estafalario profeta pacifista, Juan “Yahia” Santiuste (más tarde conocido bajo el apodo de “Confusio” porque confunde las tres religiones y las tres muchachas que las representan), nos damos cuenta de que la lectura de *España en su historia* nos ha proporcionado una nueva e inesperada comprensión de la obra galdosiana. Aspectos que antes nos habían parecido anecdóticos (rumoreada ascendencia conversa de la familia Rubín), pintorescos (lengua y figura de Almudena) o meramente maliciosos (atribución a Echegaray de “resabios del temperamento islamita” o el ejército carlista comparado con la morisma), los vemos ahora como manifestaciones de un continuo meditar sobre el pasado español. Daniel Morton, Maxi, Almudena y Santiuste, cada uno a su manera, son redentores, conciencias extraviadas, dedicadas a la predicación de su propio fervor espiritual. Y cada uno entronca, a su vez, con la historia del conflicto y convivencia de las tres castas peninsulares. Pero es en un par de episodios gemelos de la sofisticada cuarta serie, *Aita Tettauén* (“Tetuán la casa” como “Valencia la casa” en el *Poema del Cid*) y *Carlos VI en la Rápita*, donde la coincidencia entre el historiador y el novelista se hace más patente». Prácticamente lo mismo señala y amplía Francisco MUÑOZ MARQUINA, «Judíos, moros y cristianos en los últimos *Episodios* de Galdós: España en el imaginario galdosiano», en *El pensamiento de Américo Castro. La tradición corregida por la razón*, Congreso Internacional en homenaje a Américo Castro en el 70 Aniversario del inicio del exilio de 1939 (14 al 16 de octubre de 2009, Madrid). Accesible en:

http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-pensamiento-de-americo-castro-la-tradicion-corregida-por-la-razon--0/html/59a331f7-5fa5-495f-a76b-5faaf159cfbf_66.html#I_7

(Último acceso 1 de junio de 2015).

génesis de *España en su historia: cristianos, moros y judíos*, cabría señalar que solo desde una perspectiva marginal podemos entender la revolución que supuso este estudio en la concepción de la identidad española. Escrito, por lo que podemos advertir en las misivas, entre 1944 y 1948 (y dividido en dos tomos por el volumen que Castro vio que había adquirido), solo pudo ser publicado en Argentina por esas fechas. Únicamente desde la perspectiva de un Castro atormentado y exiliado —o utilizando el reciente vocablo, desde su papel de *outsider*—, podremos comprender la magnitud del cambio que suscitó esta visión y, obviamente, las fuertes reacciones que despertó en su contra⁸⁵. Una de las primeras nociones que nos salen al encuentro antes de ahondar en el

⁸⁵ Tanto es así, que Eugenio Asensio escribió un libro entero con el único propósito de destruir las tesis de Américo Castro. Asensio, en su obra anteriormente citada (*La España imaginada de Américo Castro*) habla así sobre la construcción que don Américo hizo de su país y que, según él, dejó fuera a romanos y germanos, verdaderos pilares de la ulterior historia española: «Muchas cosas nos seducen en esta reconstrucción imaginativa del pasado: la fertilidad argumental, la habilidad sofística, la genialidad con que impone forma a un material heteróclito de analogías fulgurantes, fragmentos poéticos, anécdotas representativas, datos singulares o citas literarias asumidas como símbolo. Hasta el final no cesa nuestra admiración por la brillantez del autor. Pero va en aumento la desconfianza ante sus procesos de historiar, ante la total arbitrariedad de sus interpretaciones, la frivolidad partidista con que elimina de su exposición el enorme caudal de datos, testimonios, aspectos sociales que limitan o contrarían su tesis. Porque lo que Castro silencia y expulsa de su historia es, a lo menos, tan sustancial e importante como lo que incluye. Se queja del olvido a que los españoles condenaron su deuda con moros y judíos. Por su parte, sin embargo, rebaja o aniquila la aportación de los pueblos que nos legaron religión, lenguaje, leyes e instituciones, es decir, los romanos y los germanos. Un pueblo es hijo de su pasado, de todo su pasado. No hay experiencia traumática, no hay revolución, por enérgica que sea, que le despoje de una herencia cultural y espiritual interiorizada, hecha carne de su carne» (pág. 9).

Pero don Américo no queda impasible ante este tipo de opiniones (la de Asensio es posterior a su muerte, pero la hemos escogido por su carácter representativo de otras tantas que sí pudo leer en vida): «Muchos desearían que esa historia hubiese sido de modo distinto de como fue, porque la vida de España hace siglos que viene consistiendo en un anhelo de “desvivirse”, de escapar de sí misma, como si la vida pudiese desandar su camino. El “desvivirse” se refiere en este caso a la insatisfacción de la propia vida, a preguntarse si de veras se ha alcanzado la finalidad que se perseguía, o si es posible alcanzarla. Los españoles —insisto en ello— son tal vez el único pueblo de Occidente que considera como nulos o mal venidos acontecimientos y siglos enteros de su historia, y que casi nunca ha experimentado la satisfacción gozosa de vivir en plena armonía con sus connacionales. Se vive entonces como si la vida, en lugar de caminar hacia adelante, sintiera necesidad de desandar, de comenzar nuevamente su curso. Molesta que hubiese habido moros y judíos; una dinastía austríaca; los catalanes reniegan del compromiso de Caspe, etc. A eso llamo “desvivirse”» (Américo CASTRO, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, 1980, pág. 80).

problema de las «castas», es aquella formulada en el «vivir desviviéndose». Desde la atalaya sobre la que se asoma Castro, la realidad está teñida de melancolía y de un anhelo de escapar de sí misma. En palabras de Márquez Villanueva, discípulo de Castro, la historia de España es «incómoda», y como tal, se aprecia el existir como un mal crónico, enfermedad endémica de una cultura que se afirma y destruye, en un continuo eterno retorno que se une a su vez con la actitud contemplativa propia de lo hispánico, donde el místico y soñador acabará degenerando en el pícaro, estadios, todos ellos, de ese «vivir desviviéndose»⁸⁶. Si nos acercamos a la obra de don Américo (en este caso a *La realidad histórica de España*, publicada muchos años después pero que mantiene la línea argumental de *España en su historia* –su obra completa se entiende como conjunto global, donde unos textos explican otros textos–), podremos encontrar fragmentos tan impactantes como el que sigue, y que dejan muy claro el intento de polemizar que el autor tuvo desde un primer momento:

Mi problema es, ante todo, el de la radicalidad de lo español y no el de su frondosidad. El tema de esta y otras obras no es la política, ni la religión, ni la economía, ni el catalanismo, ni el centralismo opresivo, ni la técnica, etc. Quienes amablemente sugieren (son bastantes) que escriba una obra sistemática y bien estructurada, no se dan cuenta –por culpa mía, sin duda– de que mi interés se concentra en lo español (por ejemplo) de la economía, y no en la economía de los españoles⁸⁷.

Tras esta declaración de intenciones, pasa Américo Castro ya a tratar el tema de la identidad española, y la necesaria presencia de las otras dos castas (judía y musulmana, además de la católica) para comprender la complejidad de la cultura peninsular:

Los españoles de la casta políticamente dominadora, aptos sobre todo para mandar, guerrear y conquistar, dependieron considerablemente de las otras dos –o de franceses e italianos–, en cuanto al saber y a la técnica. Infiltrados desde el siglo XV por los conversos de la casta judaica, absorbieron las preocupaciones linajudas de esta última y su totalitarismo religioso. Para no ser tildados de judíos, los españoles cristianos rechazaron desde el siglo XVI cualquier actividad mental o práctica que pudiera parecer propia de hispano-hebreos y España quedó aislada, en rústica parálisis, y no participó en las tareas científicas y económicas de los otros pueblos europeos. Esa y no otra

⁸⁶ Agradezco a Ruth Martínez Alcorlo sus consejos y ciertas reseñas que me envió para poder comprender mejor la magnitud que alcanzan las tesis de Américo Castro.

⁸⁷ Américo CASTRO, *La realidad histórica de España*, pág. 7.

fue la razón del atraso cultural de España y Portugal, cuyas consecuencias llegan hasta el momento presente⁸⁸.

Pero no solo fue la casta judía o hebraica la que tuvo un importante papel en la construcción cultural española. De ello da cuenta la hispano-arabista puertorriqueña Luce López-Baralt, incansable partidaria de las tesis de Castro. López-Baralt afirma que «desde mi América mestiza, no me resulta asombroso pensar que ocho siglos de Islam dejaran algo más que arcos mudéjares y nombres toponímicos sobre el suelo peninsular»⁸⁹. Acerca de este tema han corrido ríos de tinta, y ha llegado, asimismo y jugando con las palabras, la sangre de plata al río, si tenemos en cuenta las apreciaciones del autor de *España en su historia* sobre la función social que tuvo, a raíz de estos preceptos, el teatro de los Siglos de Oro en España. Tras divulgar esta visión sociológico-literaria de los dramas del siglo XVII, cuyo máximo exponente (cuantitativamente hablando) fue Lope de Vega, Américo Castro inauguró una línea argumental que posicionó a la élite intelectual del mundo hispanohablante⁹⁰. Realmente, ambas cuestiones están estrechamente relacionadas, pues no puede entenderse el potente motor de masas que supusieron los temas de honor y honra en el teatro aurisecular sin aludir al pasado mestizo de nuestro pueblo: ese fue el marco de su renovadora teoría, que tanta polémica suscitó en aspectos colindantes⁹¹. Si acudimos a su ensayo «El

⁸⁸ Ibíd. Pág. XIII.

⁸⁹ Luce LÓPEZ-BARALT, *Asedios a lo indecible: San Juan de la Cruz canta al éxtasis transformante*, Madrid, Trotta, 1998.

⁹⁰ Américo CASTRO: «El drama de la honra en la literatura dramática», en *De la edad conflictiva, crisis de la cultura española en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1976, págs. 49-95.

⁹¹ «Anticipando lo que he de desarrollar, la vida peninsular se reconstituyó, con posteridad a la ocupación musulmana, al hilo de un sistema de castas, fundado en el hecho de ser la persona cristiana, mora o judía. Al desaparecer de la escena social los moros y los judíos, continuó muy viva la estima por lo “castizo” de la persona, es decir, del hecho de ser cristiano viejo. La conciencia del valer *per se* de la casta ya libre de la contaminación judía y musulmana se vigorizó y magnificó a favor de los triunfos imperiales lejos del suelo peninsular. Pero dentro de la Península, rota y olvidada la convivencia de las tres castas que había hecho posible la hegemonía cristiana, suprimida la colaboración de los judíos y los moros, los cristianos viejos, privados de comunes tareas, se inmovilizaron. La “honra” de ser español, el ideal de llegar a ser, de poseer “ser”, acabó por henchir el ámbito de la propia existencia. Esta es, en abreviatura, la maravilla y el drama que me propongo hacer visible, comprensible y estimable a lo largo de la presente obra» (ibíd., pág. 29).

drama de la honra en la literatura dramática», veremos que el estudioso arranca con una marcada declaración de intenciones, que revelará de forma temprana su objetivo:

La presencia de la honra en el teatro de Lope de Vega y la razón de existir de aquel teatro son dos aspectos de una misma conciencia colectiva. La comedia, como entonces decían, no era simplemente un espectáculo para salvar el aburrido vacío de unas cuantas horas. De haber sido esto así, el genial imaginador de aquellos placeres no hubiera escrito que *los casos de la honra son mejores / porque mueven con fuerza a toda gente*⁹².

Como podemos apreciar, para Américo Castro –como para Lope, consciente de lo que escribía– el tema literario de la honra constituye un impulso de las más bajas pasiones de los habitantes de la España del siglo XVII. Con esta acertada cita se da cuenta de que los propios autores dramáticos –en este caso, el «Fénix»– son conscientes de la influencia social de su teatro, y actuarán –y ante todo, escribirán– en consecuencia con ello. Al mismo tiempo, encuadra Américo Castro esta perspectiva dentro del otro eje fundamental de su pensamiento y el de sus seguidores: el hecho de que España tuviese unas características medievales (crisol cultural y, ante todo, religioso) que la hicieron diferir del resto de Europa, y que son el germen de gran parte de la idiosincrasia española que llega hasta 1936⁹³: «El destello genial de Lope en cuanto al tema de la honra consistió en concebir el problema no como una generalidad humana, sino como una singularidad española»⁹⁴. En este sentido, podemos extraer del

⁹² *Ibíd.*, pág. 49.

⁹³ «La historia del resto de Europa puede entenderse sin necesidad de situar a los judíos en un primer término; la de España, no. La función primordial y decisiva de los hispano-hebreos es indisoluble, a su vez, de la circunstancia de haber vivido articulados prietamente con la historia hispano-musulmana. La lengua usada por los más grandes entre ellos (Maimónides, por ejemplo) fue el árabe, aunque lo escribieran con caracteres hebreos; su evidente superioridad respecto de sus correligionarios europeos es correlativa al superior nivel del Islam respecto de la cristiandad entre los siglos X y XII. Sin su roce con el Islam, nunca se habrían interesado por la filosofía religiosa. No menos significativo es que sólo en España poseyeran los judíos una arquitectura viva, con matices propios, si bien esencialmente fundada en el arte islámico. Tras las sinagogas de Toledo y Segovia habla bellamente el espíritu de los hispano-hebreos, con una firmeza e intensidad expresivas sin análogo en el resto de Europa, porque allá nunca se sintieron “en casa”» (Américo CASTRO, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Crítica, 1984, pág. 447.)

⁹⁴ *Ibíd.* Para una larga y contundente explicación sobre las características que hacen a España diferir de Europa véase Luce LÓPEZ-BARALT, «La matizada occidentalidad de España» (en *Huellas del Islam en la*

epistolario citas muy polémicas. Sin ir más lejos, Américo Castro se atreve a afirmar que

Ando loco con el libro, que acabará conmigo antes que yo con él⁹⁵. Al meterme en harina, con intento de aclarar lo hispánico, surge lo árabe. Y el *Poema del Cid*, en lo que no es *Chanson de Roland*, es árabe. Y el personalismo español es árabe. No me crea loco –quizá más tarde–. Pero estoy deslumbrado. Ya supondrá que lo mío nada (o poco) tiene que hacer con el zéjel, etc. (Castro, 40)⁹⁶.

Castro fue consciente, asimismo, de que tales afirmaciones no iban a ser bien recibidas, pues rompían de manera radical con la concepción histórica, monolítica y provisigoda, que se había impuesto en España desde la creación de la Inquisición en el siglo XV: «Sé que no tengo público, y que mis construcciones serán tal vez comprendidas mucho más tarde. Entretanto me divierto la mar. Lo único en esta soledad casi absoluta» (Castro, 33). Además, en 1944 habla del proceso personal en el que le está sumiendo la génesis de la obra: «Querría acabar el primer tomo de mi *España en su historia*; creció la obra, y la voy a partir, pues de otro modo la espera de su conclusión me estaba partiendo los nervios. Daré ahora esto, y Dios dirá» (ibíd.). De hecho, es tan

literatura española, Madrid, Hiperión, 1989, págs. 15-42), donde la autora recoge las reflexiones de la ulterior escuela américoacrista respecto de este tema. Podemos apreciar la línea recta seguida por estos intelectuales desde la orilla que marcó su maestro Castro. Dirá López-Baralt en este ensayo que «la historia de España -historia “incómoda”- es en efecto “diferente” porque sigue un rumbo forzosamente distinto al de Europa en los siglos medios [...]. Es Américo Castro el responsable principal de llamarnos la atención sobre el hecho, que ha de contar con ingredientes culturales no sólo occidentales, sino semíticos, en los momentos mismos de su formación como pueblo. Suponer que los cristianos españoles no tomaron nada prestado de sus cultísimos compatriotas árabes y judíos es juzgarlos como provincianos y faltos de toda curiosidad intelectual, cosa que nos parece altamente improbable. Entender esto es muy útil a la hora de intentar explicar la singularidad cultural de España y de comprender la fecundidad inesperada de su literatura –sobre todo la medieval y renacentista –».

⁹⁵ Se refiere a *España en su historia*.

⁹⁶ La explicación nos la da el propio Castro en *España* (pág. 448): «La historia entre los siglos X y XV fue una textura cristiano-islámico judía. No es posible fragmentar esa historia en compartimentos estancos, ni escindirla en corrientes paralelas y sincrónicas, porque cada uno de los tres grupos raciales estaba incluso existencialmente en las circunstancias proyectadas por los otros dos. Ni tampoco captaríamos dicha realidad sólo agrupando datos y sucesos, u objetivándola como un fenómeno cultural. Hay que intentar, aun a riesgo de no conseguirlo y de perderse, hacer sentir la proyección de las vidas de los unos en las de los otros, pues así y no de otro modo fue la historia».

consciente de las repercusiones que va a tener lo que escriba, que «lo único que me fastidia es dar mi estudio de la Edad Media en vida de don Ramón. Aunque no discuto con nadie, le hará pasar mal rato el ver la inanidad de su construcción (?) de la Edad Media» (33). Para un pensador como Menéndez Pidal, una mirada histórica en la que el cristianismo se erigió como ente opresor –que intentó anular todas las muestras de mestizaje cultural– iba a suponer un mazazo tremendo, y Américo Castro era consciente de ello. Los reflejos más claros de ese problema en la literatura, como bien asegura en múltiples estudios, fueron el romancero épico-heroico y los dramas de honor⁹⁷. No podemos dejar de notar cierta aversión por parte del autor hacia las interpretaciones que se hicieron –prácticamente todas marcadas por el común denominar que supuso Menéndez Pidal– hacia el primero de los géneros, tan estudiado y venerado por la figura de su maestro⁹⁸. Para bien o para mal –mucho más «para bien que para mal»– Pidal marcó, sin lugar a dudas, el rumbo de la filología española. Por ejemplo, y en opinión de Juan Goytisolo, el *padre de la filología* en España intentó establecer un parangón entre españoles y romanos, «comparando la ocupación de la Galia por Julio César con la conquista de México y Perú, y cree discernir, en la figura un tanto nebulosa del Cid, las esencias perennes de esta espiritualidad española»⁹⁹.

⁹⁷ «Comienza a dibujarse el horizonte frente al cual se hizo posible la “comedia” de Lope de Vega: la hombría sexual, la *machez*, como índice de la dimensión individual de la persona; la fe en la creencia ancestral y sin tacha, como signo de la dimensión cristiano-social del español imperativo, triunfante sobre los no cristianos dentro de su tierra, sobre los protestantes en Europa y contra toda forma de religiosa discrepancia, en un sueño delirante de dominación universal. En un acorde grandioso, Lope de Vega integraría más tarde, en una unidad poética sólo así posible, la dimensión individual y social del español-cristiano viejo» (Américo CASTRO, *De la edad conflictiva: Crisis de la cultura española en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1976, págs. 94-95).

⁹⁸ «Lo propio de la casta cristiana en el siglo XVI era el ímpetu dominador e imperante; sostenido por él y por su creencia aspiraba a dominar la totalidad del planeta, y el hecho es que en gran parte consiguió hacerlo en las Indias. Nos lo cuenta el Romancero, que hay que tener muy presente para conocer lo que en el fondo de su alma deseaba y esperaba el hispanocristiano en el siglo XVI» (pág. 80).

⁹⁹ *España y los españoles*, ed. Ana NUÑO, Barcelona, Lumen, 2002, pág. 39. En las págs. 29-34 del mismo texto, Juan Goytisolo, ferviente seguidor de Américo Castro, explica cómo se ha ido fraguando esa visión de una España cristianocéntrica, muy acuciada por autores como Menéndez Pelayo o su tocayo Pidal, y que destierra totalmente cualquier contacto con otro tipo de culturas: «Aferrados a su propia conciencia de mando, a su destino de pueblo llamado a regir los destinos del mundo [...], los castellanos erigen la “dimensión imperativa” de sus personas como criterio y horizonte existencial del resto de los españoles. La honra y orgullo de los cristianos viejos se cifran en su limpieza de origen, en su pertenencia

Tras esto, y aunque tenemos que tener en cuenta el sesgo ideológico de autores como Juan Goytisolo, muy pronunciado siempre en sus opiniones y quizá poco objetivo en algunos casos, es razonable pensar que Américo Castro supuso el impacto que iba a causar su obra en un pensador como Menéndez Pidal. Pero lo encontramos tan sumamente convencido y decidido, que parece que nada lo frenará; expondría sus ideas costase lo que costase y cayera quien cayese. Tras el terrible esfuerzo que le había supuesto redactar semejante «mamotreto»¹⁰⁰ («A ver cuando puedo obsequiarle mi *España*, ya en sus seiscientas páginas tiradas. Faltan unas cien más, y creo [que] en un par de semanas llegará el primer ejemplar por aéreo» Castro, 45) y los nervios y dudas que le están surgiendo antes de su publicación («El no haber visto pruebas decentes, me hace ver cuánta mejora habría introducido de haber publicado este volumen a mi modo, meditando las pruebas», *ibíd.*), lo único que tiene claro es que, simple y llanamente, la historia española *tiene* que ser como él la cuenta:

Pero, no obstante algún que otro error (habrá más de los que noto), la construcción de mi España cristiano-islámica, no me la moverá nadie que no sea un idiota o un bellaco. Lo único que me ha dejado la filología es saber un poco cómo usar los textos: digan ellos su confesión –y la mía–. (*ibíd.*).

Advertirá asimismo a Salinas de que cualquier estudioso que quiera acercarse a la literatura española tendrá que hacerlo desde el prisma del mestizaje y no desde la unilateralidad cristiano-visigoda, que no trae más que confusiones¹⁰¹:

a la casta guerrera que hizo posible la Reconquista y la prodigiosa expansión imperial. Nobles o villanos, pobres o ricos, todos poseen conciencia de su “hombría”, de su supremacía personal frente a los nuevos cristianos, originalmente manchados de impureza. Américo Castro ha analizado con gran lucidez el célebre honor castellano no como concepto abstracto, sino como inmanencia existencial, integrándolo en el contexto humano que se produjo. Para los cristianos viejos se trataba, ante todo, de afirmar su temple y limpieza mediante una conducta que no abriera ningún resquicio a la embestida de la opinión ajena [...]. Por esta razón, los cristianos viejos no quisieron empañar su pureza de casta cultivando las tareas intelectuales y técnicas consideradas infamantes desde la época de los Reyes Católicos por ser privativas de los españoles de casta hebrea y morisca».

¹⁰⁰ Castro utiliza con asiduidad expresiones jocosas para referirse a la amplitud de su obra.

¹⁰¹ Lo mismo opina Luce López-Baralt (*Asedios a lo indecible*, pág. 17). Según la estudiosa puertorriqueña, siempre seducida por las teorías américocastistas «la contextualidad literaria del Reformador [san Juan de la Cruz] muchas veces parece ser musulmana. No presento excusas por citar en más de una ocasión a los místicos sufíes que tantos paralelos parecen guardar con el arte del Reformador

Verá usted como en una nueva edición de su Manrique tendrá que ampliar el fondo medioeval cuando hable de la tradición poética. *Las Coplas* resaltarán el consolador y firme relieve de su aristocratismo cristiano, sobre el fondo de la otra genialidad, también grandiosa aunque siniestra –la judaica–. El maestre Don Rodrigo enlaza con figuras como el buen Conde de Haro –los aristócratas sostenidos en el aire de su «actitud» esforzada, que a su vez descansaba sobre el basamento judaico, gracias al cual podían vivir en aquel «aire»–. Desarticulada la columna, el gran señor español lo sería ya siempre a medias. En fin, no sé, usted verá. Vivo algo desazonado: me asusta este espejo, imposible de quebrar. Pobres y ricos de nosotros, la *gens* hispana. No sé si es mejor o peor revelar el hasta ahora secreto de nuestro pasado y presente. Aunque la decencia aconseja vivir a todo riesgo y con máxima plenitud. Que siga siendo lo que Dios, Alá y Jehová han querido. Y prepararse a morir con madurez –y fidelidad a uno mismo–. (Castro, 45)

Tras ese «despertar *arábigo-judaizante*» que Américo Castro realizó con la escritura de *España en su historia* (y que continuó con *La realidad histórica de España*), tanto él como un nutrido grupo de seguidores jamás pudieron volver a mirar la literatura e historia españolas desde el mismo prisma¹⁰². Es importante resaltar aquí que

del Carmelo: los textos místicos de san Juan de la Cruz y los de sus antecesores musulmanes dialogan unos con otros y se enriquecen enormemente cuando se confrontan, aun cuando no se plantee la posibilidad de una influencia literaria de la espiritualidad sufí sobre la obra del Reformador. Algún día sabremos por qué los contextos literarios islámicos nos son tan útiles a la hora de descodificar los pasajes que más extraños podrían parecernos en la obra sanjuanística». Sabemos que Pedro Salinas fue uno de los más importantes estudiosos de san Juan de la Cruz, y que encontramos graves influencias del místico en la poesía del madrileño. Lo mismo le está sugiriendo Castro, en este caso a la hora de estudiar a Jorge Manrique (en ese caso habla de lo judaico). Sea como fuere, lo impele a descubrir esas lapidadas raíces semítico-musulmanas.

¹⁰² Muy interesante lo que dice al respecto Luce López-Baralt, que, como veremos en el siguiente fragmento, estuvo íntimamente ligada con la ulterior escuela américocastrista, cuyos nombres –que ella cita– aparecen de forma muy recurrente en nuestras cartas: «Estudié mi doctorado en lenguas románicas en la Universidad de Harvard, bajo la tutela de los discípulos de Américo Castro, Stephen Gilman y Juan Marichal, y con Raimundo Lida, gran admirador de Asín Palacios, cuyo magisterio abierto y generoso ha sido para mí impagable. Ello me abrió la posibilidad de estudiar los clásicos españoles con un nuevo sentido de libertad. Como Francisco Márquez Villanueva, cuando leí por vez primera *La realidad histórica de España* “fue como si un rayo me hubiera explotado a los pies”. Surgía para mí una España inédita, fecundamente mestiza, como mi propia América, bien que de otro modo, de la que no había tenido noticia. Comprendí que ocho siglos de diálogo intercultural entre cristianos, moros y judíos tenían que haber dejado huellas importantes en las letras españolas» (Luce LÓPEZ-BARALT, «Acerca del aroma

Castro, una vez publicada su obra, vivió siempre convencido de sus ideas, y parece que con el paso del tiempo estuvo aún más persuadido de sus propios argumentos, algo que le provocaba una irremediable satisfacción:

En lo demás, el *excitement* ha ido hablar con el orientalista Louis Massignon, hombre más para novelar que para estudiar *scholarly*. Me parecía oír en francés el espíritu de Ibn Arabi, o Ibn Hazm. Maravillosa cosa la *realidad*, cuando se vive en ella de veras: estar en ello, y ello estar en uno, abolida la farsa de la objetividad. Massignon le hace sentir a uno el prepaladeo de la toma de Bizancio en las fauces musulmanas durante 700 años –algo que no está en los libros de historia–. O cómo en árabe la palabra «naturaleza» significa «velo»; sin tal protección, ¿cómo resistirían las cosas la presión directa de la divinidad? (Castro, 64).

En esa misma carta donde volvemos a percibir, como diría López Baralt, «el aroma del Yemen», amalgama Américo Castro dos temas importantísimos y que han ocupado buena parte de nuestras reflexiones en este ensayo: una genuina mezcla entre institucionismo y arabismo, que podríamos denominar casi con gracia «institucionismo aljamiado»:

A través del árabe, Massignon hace el efecto de un andaluz. Si don Francisco Giner hubiera tenido una educación europeo-islámica, habría causado un efecto semejante –un revoltijo de sabio, brujo, poeta, místico, absurdidad, el vivir pluridimensional de la vida, en suma– (ibíd.).

Pero no solo es el mundo árabe lo que comenta aquí Américo Castro. También el fuerte componente semítico, segmento inalienable de la cultura y la historia españolas¹⁰³. Son por todos conocidas las teorías que defienden la ascendencia semítica

del Yemen en las letras del Siglo de Oro y de la dificultad de su estudio», *Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH*, ed. Patrizia BOTTA, 1 (2012), (65-89), pág. 71).

¹⁰³ «Los judíos lanzados fuera de su patria en 1492 se sentían (...) tan españoles como los cristianos. Oigamos al azar a cualquiera de ellos, un tal Francisco de Cáceres vuelto a su tierra hacia 1500, después de haber aceptado, como tantos otros, una apariencia de cristianismo. Los señores del Santo Oficio, en cuyas garras hubo de caer, le preguntaron por qué se había marchado, y Cáceres respondió estas inteligentes y claras razones: “Si el rey, nuestro señor, mandase a los cristianos que se tornasen judíos, o se fuesen de sus reinos, algunos se tornaría judíos, e otros se irían; e los que se fuesen, desd que se vieses perdidos, tornarseían judíos por volver a su naturaleza, e serían cristianos, e rezarían como cristianos, e

de autores como Fernando de Rojas, Teresa de Ávila o el propio Miguel de Cervantes, entre muchísimos otros¹⁰⁴. De estas teorías, en ocasiones demostradas con pruebas inapelables, se vanagloria casi hasta la carcajada Castro, satisfecho de ver cómo el tiempo va dando la razón a las pruebas textuales e históricas con las que él justificaba sus ensayos. El más claro ejemplo de ello lo encontramos el 28 de octubre de 1951, en una de las últimas cartas que componen este epistolario, y en la que Castro comenta lo siguiente: «no sé si ha llegado a usted el rumor del jaleo que se ha organizado en *Ávila la bien cercada* al saberse que la santa local no nació allí sino en un lugarejo de la provincia» (Castro, 68). Con un tono claramente mordaz, vuelve a arremeter contra los mitos y los nacionalismos patrios. Pero será poco después cuando leamos el verdadero «bombazo», para el que Castro empleó un tono peculiar:

Para colmo, toda la familia de la futura mística era hebrea, ¡oh condenación de la abominación! Su abuelo, converso, rejudizó; el padre de Teresa se crió al calor de la Torá; parece ser que los hermanos de la Santa estaban moisesizados (ibíd.).

Aunque otros hayan demostrado lo que él había insinuado con anterioridad, y pese a que por fin su ego se vea complacido ante la confirmación de sus augurios, no podemos dejar de percibir cierto resentimiento en sus irónicas palabras: «Conste que no he tenido en ello la menor intervención, y que mis intuiciones del orientalismo teresiano eran *just poor intuitions*, indignas de ser tomadas en serio» (ibíd.). Por otro lado, Castro nunca pierde la oportunidad de fusionar temas que le interesan, y aprovechará esta situación para atacar de nuevo el absurdo de los nacionalismos y la ignorancia que se extiende por algunas zonas de su ya añorada España: «Pero entre tanto, los abulenses, al

engañarían al mundo; pensarían que eran judíos, e de dentro, en el corazón e voluntad, serían cristianos”» (*España en su historia*, pág. 448).

¹⁰⁴ «El converso dotado de cultura se arrimaba a los reyes y a los grandes, lo mismo que antes hicieron sus antepasados; y desde esa altura planteó en sus escritos el “problema de España” por vez primera. De lo cual se desprende que la condición de converso no es un detalle de erudición soslayable, sino un elemento funcional que ha de incorporarse al propósito mismo de la creación artística. Tanto es así, que, procediendo inversamente, habrá la posibilidad de reconocer ascendencia judaica en un escritor del siglo XV interesado en cuestiones políticas y en aconsejar al rey, como en el caso de Mosén Diego de Valera [...]. Conversos eran los cronistas Alonso de Palencia y Hernando del Pulgar; debía serlo también Diego Enríquez del Castillo, y muy probablemente el rabioso anti-judío Andrés Bernáldez, tan versado en actividades hispano-judaicas» (Américo CASTRO, *La realidad histórica de España*, pág. 80).

ver (por lo visto habrán publicado algo sobre el caso) que les quitan la ciudadanía de su santa, han armado manifestaciones y cosas. Cuando sepa más del asunto le diré detalles» (ibíd.). Acabará el filólogo dando su opinión acerca de la salida «por pies» de los hermanos de la Teresa de Ávila, además de regalarnos algunos otros nombres que para él estaban inevitablemente ligados a la Torá: «Lo que me parece evidente es que la ida a las Indias de los hermanos de Teresa no fue arrojado de su noble inclinación, sino salida por pies, muy frecuente entre conversos (Luis Vives, el P. Laynez, etc.)» (ibíd.).

4.2.3. «La construcción de mi España cristiano-islámica no me la moverá nadie que no sea un idiota o un bellaco». Recepción de la obra ensayística de Américo Castro

Hemos visto y comentado ya algunas de las referencias que realiza Américo Castro sobre la dificultad que tendrá su pensamiento para ser acogido. Aun así, no queríamos dejar de tratar en un pequeño apartado este tema, pues existe información en la correspondencia que nos advierte de cómo se desenvolvía la censura española, y de cómo iba calando la obra de Castro según la idiosincrasia de los diferentes países. Ya antes de las referencias a la polémica con Borges, topamos con el hecho de que sus apreciaciones sobre el habla rioplatense no estaban siendo bien acogidas en la zona: «Por si algo faltaba, los de Buenos Aires empiezan amistosamente a protestar de mi argumentación lingüística de la gran urbe» (Castro, 21). En muchas ocasiones –esta, sin ir más lejos– el filólogo alude a motivos políticos y no literarios (o históricos) para justificar el rechazo hacia sus propuestas. De ese modo, explica cómo tiene que moderar su discurso o, al menos, el lenguaje empleado en él, para poder expresar sus ideas sin encontrarse con un muro infranqueable: «Alonso hace muchos reparos, creo que fundado en cuestiones de política; no quieren ver el país bajo una luz negativa, o poco halagüeña. Voy por tanto a dar toques a ese trabajo, para decir lo mismo en forma suntuosa» (ibíd.). Resulta doloroso comprobar cómo los autores, en muchos casos, tienen que autocensurarse para evitar inconvenientes («No quiero crearme problemas, que bastante tengo ya» ibíd.).

Nos quedamos precisamente en el país argentino para aportar nuevas referencias a la óptica que Castro tenía de la recepción de su obra. En este caso los comentarios se

refieren a la publicación de *España en su historia*, que tanto preocupó e inquietó al autor:

Las pruebas de mi volumen están en Buenos Aires ya corregidas. Veremos qué sale de tal ciempiés. La reacción de los públicos ha sido favorable cuando presenté algunos de los temas; pero lo importante es el encadenamiento vital de todo ello, la objetividad desgarrada con que aparecen mil años de hispanidad y la afirmación de ser un tipo de vida tan valioso y legítimo como otro cualquiera –sobre todo, como su enemigo y rival la Europa greco-renacentista– (Castro, 37).

Aunque el escritor intente engañarnos –o engañar, en este caso, a Salinas–, notamos a lo largo de las líneas que la inseguridad sobre la reacción que pudiera provocar su pretendido giro copernicano era notable. Pese a todo, reconoce que solo quien es valiente puede alcanzar la gloria. Su apuesta bascula entre la ruina o un nombre eterno en la historia del pensamiento español:

Si me he equivocado, mi lapidación entre improperios será inmediata; en otro caso, habrá que revisar las camamas de Edad Media, barroco medioeval, y demás abstraccionismos de quienes creen que la vida acontece sobre las cuartillas que escriben, sobre culturas no soportadas por gentes de carne y hueso y encarriladas por el curso de sus mismas e ineluctables vidas (ibíd.).

Pero quizá lo más interesante en lo que al estudio de la historia española –y su literatura– se refiere es cómo ve Pedro Salinas la recepción de la obra de Américo Castro (junto con la suya propia) en la España franquista. El poeta reflexiona acerca de la situación española y su censura intelectual a partir de una carta que le ha enviado el conocido librero León Sánchez Cuesta, cuñado de don Pedro:

De una carta de León Sánchez Cuesta fecha 9 de los corrientes, le copio el siguiente párrafo:

Quisiera hablarle del libro de Castro: de las razones que la censura tuvo para dejar pasar cuatro ejemplares. Algo muy divertido y que haré le cuente alguien algún día. El libro estoy deseando verlo. Oteyza lo tiene aquí hace no sé cuántos meses; supo que los tenía gracias a mi insistencia para que se enterara de si le había llegado, como yo sospechaba, pero no hay modo de que lo ponga a la venta. Me dice está pendiente de la censura, pero aunque le ofrezco listas de personas para las que la censura concedería la autorización de entrega de los ejemplares que preciso, no logro nada de él. Me alegro de saber la estimación que de él tiene usted. Coincide con la

de otras excelentes personas que lo han leído y tienen autoridad para juzgarlo (Salinas, 25).

Será en ese momento cuando don Pedro comente la situación que se dio en el país de origen, y que ya se torna insoportable:

Supongo que ya estará usted enterado de esto y mucho más, pero por si acaso le sirve de algo se lo mando. Lo que se entrevé en esas líneas es monstruoso: una censura condicionada, que se ejerce respecto a ciertos autores y ciertos lectores, con portillos para privilegiados; que por lo visto están ya ordenados en listas (ibíd.).

El poeta madrileño interpreta que existe una lista de autores *señalados*, pero que, a la par, encontramos élites intelectuales –y suponemos que económicas– que no están supeditadas a tales requerimientos. Continúa Salinas con el comentario de la carta que le ha mandado Cuesta, donde afirma, de manera velada, que el verdadero problema es la envidia que generan los intelectuales exiliados, cuyas reflexiones andan muy por encima de los que se quedaron en España:

Ese Oteyza debe de ser –por el contexto– el representante de Losada. Quizá el estancamiento del libro no obedezca a su tesis sino a su alta calidad. No les conviene que se sepa cómo se piensa y se escribe sobre España por un desterrado como usted a aquellos badulaques que no alcanzan, salvo en tres o cuatro casos, los palcos del suelo intelectual (ibíd.).

Por último, Salinas también criticó la reprobación que sufrían sus propias obras, y que aparentemente no entiende, puesto que no atacan la ideología del régimen franquista: «Mi pobre Rubén Darío también está *marooned*, por yo no sé qué. También se ha filtrado, en gotas, y gustó; pero no se le da suelta para el público. Y a ese régimen empiezan ya [a] hacerle empréstitos los Rockefeller, y seguirán otros» (ibíd.). Las declaraciones de Salinas sirven para vincular este apartado con el siguiente, en el cual se hablará de cómo el poeta madrileño comparte ciertas inquietudes sobre su obra, tanto poética como dramática y ensayística.

4.2.4. «Lo peor es que eso me ha quitado las ganas de escribir». Pedro Salinas y la angustia editorial

Quizá uno de los primeros momentos en los que Salinas habla de su propia creación literaria sea al responder los cumplidos que su colega dirige hacia *Error de cálculo*: «Gracias por sus amables palabras [...]. Evasivas, claro, del tema central del ánimo, la tragedia española. No sé cómo “se me cayeron de las manos” el año pasado unos treinta poemas de este tipo» (Salinas, 4). Tras contarle a su confidente el motivo principal del poemario, que no podía ser otro que el dolor desatado por la guerra, dejará ya entrever una de las preocupaciones que se extienden a lo largo de toda la correspondencia; la dificultad para editar sus creaciones: «quiero ir publicándolos poco a poco, si no puedo hacer un libro entero en México o Argentina» (ibíd.).

A la hora de enfocar este aspecto, tendremos que decir que *ser escritor* significa haber encontrado una razón para escribir, aunque no se verbalice ni se explique nunca. Cada autor conoce la suya, aunque sea de modo inconsciente. Incluso alguno, como Herman Melville, aseguró que «preferiría no escribir», por ser la escritura la única vía de escape ante el dolor de la existencia. Si existiese el sufrimiento, sería innecesaria. En este sentido, encontramos que Pedro Salinas, a diferencia de otros autores que conciben la literatura como una válvula de de huida, sí necesita lectores. Él escribe para que lo lean, puesto que sin todos ellos, la literatura carece de sentido: «Porque para el que escribe poesía nada peor que vivir en el vacío de un país extranjero; el público limitado a unos cuantos amigos dispersos, como usted» (ibíd.). Muy importante para la poesía de Salinas y sus traducciones será Eleanor Turnbull, que como relata Jean Cross Newman, se convirtió en la auténtica mecenas de su poesía. Incluso aprendió castellano, a una edad muy avanzada, con el único objetivo de traducir sus poemas al inglés¹⁰⁵. Ya

¹⁰⁵ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, págs. 295-298: «Las visitas dieron otros frutos: aparte de los seminarios, poder colaborar con una nueva asociada y admiradora: Eleanor Laurelle Turnbull que, prácticamente, iba a dedicar su vida a la traducción de la poesía de Salinas, primero, y luego a la de otros poetas que este le sugirió. Miss Turnbull venía de una conocida familia de Baltimore, con larga tradición de mecenazgo. Su padre, Lawrence Turnbull, había promocionado, en 1891, una serie de conferencias [...] [que] reunían en Hopkins cada año a conocidos poetas o a expertos en poesía, o a todos a la vez. Salinas iba a formar parte de ese distinguido grupo de hombres al aceptar la invitación. Entre los que le precedieron y siguieron estaban Charles Eliot Norton, Ramón Menéndez Pidal, George Lyman Kittredge, T. S. Elliot, H.J.C. Grierson, W. H. Auden y Robert Frost. En el relativo anonimato que proporcionaba Norteamérica, la participación en las conferencias Turnbull era una innegable puerta

Salinas reconoce en estos años la tarea que realizó su traductora: «Ahora me acaban de publicar un tomo de traducciones al inglés, con el título de *Lost Angel*. Es una obra de Miss Eleanor Turnbull, y dicen que las traducciones son buenas» (Salinas, 4). Aparte de comentarios sobre los trabajos ensayísticos que está realizando en cada momento (y que son muy útiles para observar lo polifacético de su obra¹⁰⁶), pensamos que el tema primordial para Salinas en estas cartas es la publicación y edición de sus obras, incluyendo las representaciones teatrales. En relación con esto último, el 25 de enero de 1943 escribirá que

Yo ando preocupado con el teatro. Acabé una farsa titulada *Ella y sus fuentes*, de la que creo le hablé. Y ahora quisiera ponerme a otra obra en tres actos. Frisa este quehacer en *hobby*. Puesto que se halla confinado al terreno de lo privado puro, sin sueño de llegar jamás al público. ¡Qué hacer! (Salinas, 12).

Lo mismo ocurre con la prosa, según nos cuenta desde Puerto Rico el 4 de noviembre de 1944:

Yo trabajo con gusto y sin prisa en mis cosillas. Estoy terminando el inventario y repaso de las poesías que tengo disponibles y probablemente intentaré publicarlas pronto. Pero no sé dónde ni cómo, porque ninguna casa editorial me acaba de gustar. Y aquí me tiene usted, por otra parte, cargado con cinco obras de teatro, un drama y cuatro piezas cortas que deberían llamarse «juguetes», porque las he escrito por puro recreo de la imaginación. No tendré más remedio que hacer algo a lo que nunca me sentí inclinado, y es publicarlas en volumen antes de verlas representadas, si no todas, algunas de ellas (Salinas, 17).

Y como vuelve a recalcar al poco tiempo, también desde allí: «Los resultados fueron de lo más dispar [...]: obras de teatro, libros de crítica, poesías. Y así me veo como me veo: cargado de originales, sin saber qué hacer con ellos» (Salinas, 21). En 1948, cerca ya del final de su vida, seguirá escribiendo a su confidente, atormentado por

abierta al reconocimiento [...]. Eleanor Turnbull [...] tomó una decisión que afectaría no sólo al resto de su vida, sino también a la de Salinas: decidió conocer mejor tanto al poeta que estaba ante ella como a la poesía que había escrito, y prometió aprender español con el único propósito de poder traducir esa poesía al inglés».

¹⁰⁶ «Yo me he animado a hacer una antología de la poesía clásica española, del XII al XVII, para Norton. No será mi antología ideal, por escasez de espacio, pero creo que podrá servir de algo» (Salinas, 3).

este hecho: «Voy a lanzarme a editar otro tomo de poesías escritas en América, a petición de la Sudamericana¹⁰⁷ [...]. Lo tengo en un cajón hace años, como el teatro. Soy escritor encajonado, en mi mayor parte, o gavetero¹⁰⁸, si usted quiere» (Salinas, 23).

Pero no serán estos los únicos problemas. El poeta se enfrentará, al igual que su compañero, tanto a la censura española (como vimos a partir del testimonio de León Sánchez Cuesta) como a la argentina. Según relata en carta del 5 de febrero de 1949, y tras haber contactado Margarita Xirgu con Jaime Ferrater para gestionar el asunto, señala Salinas que «hemos caído en la cuenta de que mi “plato fuerte”, *Judith y el tirano*, podría tomarse a mala parte en Buenos Aires, ya que el protagonista es un dictador moderno» (Salinas, 24). En la misma misiva se lamenta de que «un dictador me cierra la escena en España y otro en Argentina. Enviaré dos o tres cosas cortas y un dramón viejo, *El director*. Pero eso tengo que reformarlo» (ibíd.). Asimismo, hallamos documentos en los que el poeta se muestra verdaderamente hastiado por el fracaso de sus obras, algo que lo atormenta a cada paso:

Estoy muy desanimado. Envié varias cosas a la Xirgu, *en junio*, y ni siquiera me ha acusado recibo. Marcelle [¿Maurette?], después de tener en su poder varias piezas no trata de nada. Creo que no veré nunca representado mi teatro y me iré al otro mundo sin saber si existe en las tablas o no. Lo peor es que eso me ha quitado las ganas de escribir más, que eran muchas. Esa es una de las consecuencias del destierro, ¡qué le vamos a hacer! (Salinas, 27)

Por último, un sucinto comentario sobre las narraciones breves: «En cuanto me vea en casa volveré a mi manía de ahora, los cuentos. Ya tengo cuatro terminados y otro en camino. Compondrán un librito, que me gustaría publicar, si encontrara editor, que es dudoso» (Salinas, 30). Consideramos relevante comprobar cómo cambiaron de rumbo los acontecimientos. Pedro Salinas, que falleció en 1951, no pudo disfrutar en vida de un éxito como dramaturgo que el tiempo sí le ha otorgado, medio siglo después, como poeta¹⁰⁹. Para terminar el epígrafe, transcribimos una cita muy ilustrativa, donde Salinas expresa gran angustia y solicita apoyo moral a su compañero de lágrimas. He aquí el análisis de lo ocurrido, escrito desde el hastío y la consternación:

¹⁰⁷ Importante editorial hispanoamericana.

¹⁰⁸ ‘*Cuba, Pan. y P. Rico*. Mueble con gavetas’ (DRAE). Esto es, vocablo caribeño sinónimo de ‘encajonado’.

¹⁰⁹ Es cierto, por otro lado, que el teatro de Pedro Salinas carece aún hoy de reconocimiento.

¡En buena nos hemos metido, querido Castro, al ponernos a escribir! Las salidas se cierran, día a día, como no sea para el producto de la necesidad mediocre dirigido a las mesocracias o para las propagandas políticas, siempre bien pagadas. La masa, ya sea difusa y burguesa, ya sometida y regimentada, se va atribuyendo todos los derechos. Hace meses anda por ahí la pobre Miss Turnbull, ofreciendo a diestro y siniestro una traducción del *Cristo de Velázquez*, y todos los editores salen con lo mismo: el coste de un libro ha subido de tal manera que no es posible arriesgarse. León me dice que los libros de poesía de gente nueva, si logran publicarse, es con tiradas de doscientos cincuenta ejemplares (en nuestro tiempo eran mil, por lo menos). Y a mí me acaba, como lo esperaba, de desahuciar la Sudamericana, diciéndome que debido a la escasez de papel no pueden publicarme ni mi teatro ni mis cuentos. Y aquí estoy en mis *late fifties*, con una decena de libros publicados, y sin encontrar editor. El encuentro entre la facilidad de comunicación espiritual y el factor económico ha llegado a su fase aguda. Habrá que volver al siglo XVI, a la circulación de copias (ahora nos salvará el multcopista) entre grupos pequeños de gente interesada. Mientras que la falta de papel se muestra en esos robustos números de los diarios, casi bien hojas de papel echado en anuncios, la mayoría, o en los *slick magazines*. Habrá que agarrarse a la divisa del pastor: «no nos podrán quitar el dolorido escribir» (Salinas, 32).

4.2.5. «A crítico me voy mi paso a paso...»: la obra literaria de Pedro Salinas comentada por Américo Castro¹¹⁰

Del mismo modo que hemos recogido comentarios de los autores sobre sus propias obras, también se percibe en este epistolario que el interlocutor adopta un claro papel de crítico literario con su corresponsal. Tenemos que ser cuidadosos y contextualizar las afirmaciones, puesto que la amistad que los une impide que sean del todo sinceras y objetivas. Si emprendemos esta andanza por las apostillas de Américo Castro respecto de la obra de Salinas, una de las primeras se halla cuando menciona los artículos que Leo Spitzer¹¹¹ y del Río¹¹² le han dedicado:

¹¹⁰ Para un detallado estudio sobre los comentarios de Américo Castro sobre la poesía de Salinas germinada en Puerto Rico, consultar Fabio ZAMARREÑO, “Pedro Salinas en «las ínsulas extrañas». Confesiones epistolares sobre su poesía puertorriqueña (1943-46)”, en *Voz y Letra*, XXIV/1, 2015, pp. 121-136.

¹¹¹ Leo SPITZER, «El conceptismo interior de Pedro Salinas», en *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 1941, págs. 189-246.

He leído los estudios de Del Río y Spitzer, con los que traspasa «de la inmortalidad sacros umbrales». Muy bien cada uno en su género; las analogías entre su prosa y sus versos son muy notables. Cierto que es un diablo el destripar y disecar la poesía (Castro, 26).

En la misma carta, Américo Castro no duda en elevar a Pedro Salinas a un nivel altísimo, al parnaso poético, cuando dice que «ni Machado [Antonio] ni Rubén [Darío] lograron aún análisis técnicos de tal porte. Noto algo de emoción de juicio final en el trato de lo contemporáneo con métodos antes usados para lo remoto». Salinas ya es un clásico, y requiere los mismos instrumentos de análisis que sus antecesores para ser comprendido en su totalidad. Se descubre aquí el contrapunto a lo que antes hemos comentado sobre las quejas que Salinas profería por su malhadada publicación. Según las palabras de Castro –que hay que manejar con cuidado, pero que en este caso no hay razón para no creer– parece que su amigo obtuvo ya una notabilísima popularidad como poeta en vida (de hecho así fue, como nos ha hecho saber la bibliografía). El filólogo se alegra por ello, algo que deja escrito en la misma carta: «Lo felicito por ese justo reconocimiento de su valía poética, y me alegro de que goce en vida lo que muchos solo saborearon en estado ceniza; ya dice don *Quijote* que ese es gran placer» (ibíd.). Semejantes palabras le dirigirá en 1940 a raíz de un ensayo y una traducción de sus poemas: «Casi al mismo tiempo llega su “Problema del modernismo” y “Poetry”. No he podido hasta ahora sino hojear este, que requiere lenta y mesurada lectura. Por lo visto se trata de un precioso análisis, con hondura y novedad» (Salinas, 20). Aunque Américo Castro se presenta como un auténtico entusiasta de la poesía de Salinas, la falta de tiempo que lo acosaba dio lugar que rechazase ofertas como las de «Ransom, el director de *The Kenyon Review*, para que haga una reseña de sus versos antes de noviembre. Con gran pesar le digo que no puedo; se me han acumulado deudas de trabajo, que no puedo acrecentar» (Castro, 21). Con todo, nunca dejará de recordarle a Salinas que tanto él como Jorge Guillén se han consolidado como clásicos en vida, y que su poesía resquebrajó las ataduras que surgen de la cronocracia en el siglo XX:

Ustedes los poetas poseen el privilegio terrible de vivir en presente y en futuro –ahí es nada–. Cada página lograda es una letra al más allá, y por eso es bueno salir de lo viejo y ver cómo se fraguan las realidades valiosas ante nuestros ojos (Castro, 30).

¹¹² «El poeta Pedro Salinas: vida y obra».

Tras estas preguntas retóricas, que solo con poesía podrían ser resueltas (y no es nuestro objetivo aquí), viajamos a otra de las ya conocidas preocupaciones de Pedro Salinas: su teatro. Una de las pretensiones más importantes de este estudio es reivindicar la figura de Salinas como el genial prosista que fue, autor de unas epístolas dignas de estudio literario. Del mismo modo, se ha de entender que, aunque sea la faceta lírica de Salinas la que ha perdurado, este erudito redactó múltiples dramas, narraciones tanto breves –cuentos– como largas –novelas–, así como numerosos artículos y ensayos académicos. De este modo, concluimos una figura saliniana de autor pleno, consumado y diverso. No solo es poeta, sino escritor integral, y de ello se hizo eco Américo Castro (veremos cómo se van desarrollando las diferentes apreciaciones según el género al que se refiera).

Por su parte, no podemos comenzar a hablar del teatro de Pedro Salinas sin tener en cuenta su pasión por las tablas. Quizá una de las anécdotas que lo ilustre sea que, según las últimas investigaciones, parece que fue él quien impulsó a los estudiantes de la Universidad Central a montar una compañía de teatro, que años más tarde recibiría el conocido nombre de La Barraca. La idea surgió de su experiencia en diferentes universidades europeas (la Sorbona tuvo un papel fundamental). Asimismo, la propuesta se encuadra en su línea institucionista, que pretendía encontrar medios diversos para transmitir la cultura de manera eficiente. Entonces, no sería del todo cierta la idea, repetida *ad infinitum*, de que fue Federico García Lorca quien propuso a los alumnos fundar dicha compañía. Sería Salinas, y más tarde los propios estudiantes, quienes propusieron esta idea, y obviamente García Lorca se consolidó como la figura idónea para dirigirla¹¹³.

En cuanto a las obras dramáticas escritas por el madrileño, Newman llama la atención sobre el hecho de que Castro acudía con asiduidad a los estrenos de su amigo¹¹⁴. Por desgracia sus obras, en algunos casos, empezaron a obtener reconocimiento cuando el dramaturgo falleció; esto explica, por sí mismo, el desasosiego epistolar de don Pedro¹¹⁵. Escribe Newman que «como en muchas de sus propias creaciones de ficción, Salinas experimentó solo las delicias de la *víspera*, del

¹¹³ Agradezco al profesor Javier Huerta, gran especialista en el teatro de Lorca y sus concomitancias con el drama clásico, que me haya facilitado esta información.

¹¹⁴ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 361.

¹¹⁵ Aunque el teatro de Pedro Salinas nunca ha gozado de excesivo reconocimiento.

mero prelude de las representaciones. Su puesta en escena fue el año después de su muerte»¹¹⁶. Pero no todo fueron sinsabores; la biógrafa asegura que sí «tuvo la satisfacción de comprobar en vida que sus obras dramáticas merecieron la atención del público, aunque el escenario del Barnard College fue el único al que pudo asistir»¹¹⁷. En el caso de *Judith y el tirano* Américo Castro aseguró que estaría en el estreno, y dio cuenta en las cartas del éxito y la calidad de la representación:

Si hubiera una linda dama joven, lo que esa gente debía hacer (aunque tuviéramos que cotizarnos un centenar de amigos) es *Judit*, y dejarse de historias. Usted no debe ir en un sándwich ocasional. Me hago cargo de toda la remoción que le ocasiona el éxito en público, no por vanidad, sino justamente por responsabilidad. El preguntarse: «¿qué es uno, en verdad?» Y hay entonces que serse fiel, ¿no? (Castro, 61).

En la misma carta, se destaca el papel de los actores, que para Américo Castro se convierten en el elemento fundamental de la representación. En ese sentido, es importante un nombre que aparece en repetidas ocasiones en el epistolario y que también cita Jean Cross Newman, quien comenta el homenaje póstumo que se realizó en 1952 en la Middlebury Summer School, donde se presenta *La fuente del arcángel*, y que ella considera «un viaje a la nostalgia con, al menos, dos miembros del reparto original: Amelia Agostini (la Del Río) y Eugenio Florit»¹¹⁸. La misma persona a la que se refiere Castro cuando dice que

Usted duda en confiarle su teatro a las condesas: lo comprendo. Pero, lo peor, es que le faltan los actores. Una compañía del nivel de Amelia sacaría plata en una *tournee* de sus cosas por la América hispana: más fijo que otro poco (ibíd.).

Castro llama la atención a su amigo en un sentido pragmático: quizá el fallo no estén siendo sus textos –de indudable calidad– sino otro tipo de cuestiones. Por ello, destaca el importante papel de Amelia Agostini, a la que también alabó el propio Salinas –junto a Jorge Mañach– en otras cartas:

¹¹⁶ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 362.

¹¹⁷ Ibíd., pág. 363.

¹¹⁸ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 365.

Muchas gracias por su recuerdo de mi teatro. Se tiene usted ganado un palco proscenio el día que se estrene, es decir en el gran teatro de *Erewhon* o *Nowhere*¹¹⁹. Mañach me dijo que iba a proponer que dieran dos piezas en un Club teatral muy bueno de La Habana. Veremos si lo hace y si ellos aceptan. Y Amelia¹²⁰ quiere dar una en el teatro de Barnard (Salinas, 30).

Newman hace referencia a este hecho, lo que resulta muy clarificador para situar espacio-temporalmente lo que relatan nuestros corresponsales:

Esta obra [*Judith*], en la que una aspirante a asesina se enamora del dictador al que debe asesinar, fue leída dos veces en Middlebury y representada en La Habana. Jorge Mañach, presente el verano de 1949 en la primera de las ocasiones, quedó seducido por el drama de Salinas, representado ante una audiencia compuesta por los estudiantes y el profesorado de la Escuela de español, sentados muchos de ellos en el suelo [...]. Gracias al entusiasmo de Mañach, el deseo de Salinas de que una de sus obras se representara ante un público más heterogéneo iba a hacerse realidad, y además iba a suceder en vida del autor. Mañach consiguió que el Patronato del Teatro de La Habana presentara *Judith* en las celebraciones de su noveno aniversario¹²¹.

Finalmente, y como relata Newman, la salud de Pedro Salinas empeoró, y la desgracia impidió que pudiera cumplir uno de sus sueños, pues nunca llegó a ver esta representación¹²². Pero no será esta la única obra teatral que Américo Castro reseñe, pues también otras como *El Arcángel* despertaron su admiración: «su obra, según se vio en la autopsia de las tablas, era lo que me esperaba: teatro, el único hoy en lengua hispana. [...] no conozco más teatro moderno en español -teatro arte- que el suyo» (Castro, 61). Según el filólogo, «el conflicto de *Doña Perfecta* es aquí pugna entre lo [que va] hacia la quietud inmóvil y la marcha adelante espoleada por la maravilla. Me parece un acierto oponer *quietud* y *vuelo ascendente* más bien que atraso y progreso» (ibíd.). De igual modo, encontrará en la obra teatral de Salinas el mismo problema que en su poesía; no existen vocablos para describir los avances técnicos y estilísticos que su

¹¹⁹ Juego de palabras.

¹²⁰ Castro reiterará sus alabanzas: «Pero lo pasamos muy, muy bien. Me encantó, aparte de la obra, ver lo actoraza que es Amelia; el otro, Ernesto, tiene dicción estupenda y movimiento escénico, pero no llega a la teatralidad de “tuétano” de la estupenda “característica”.»

¹²¹ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 364.

¹²² Ibíd., pág. 366.

colega está implantado en los diferentes géneros literarios. De nuevo, ese «imposible decir»:

En el *Arcángel* se simbolizan, no ideas, sino la ruina arqueológica... con alas nuevas. Sus figuras marchan llevadas hacia destinos contrarios. La forma de arte es curiosa: no es drama por quedarse todo ello en actitud y ademán, en pasmo frente a lo que nos llama y tenemos que ser. Comedia no es tampoco. Nos falta un vocabulario (ibíd.).

De la misma manera que no supo si llamar versos o líneas a las palabras que componen «Zero», o poema «o lo que sea» a *Error de cálculo*¹²³, aquí tampoco se decantó por una clara definición subgenérica del teatro saliniano. Nuevamente, un halago envuelto en palabras de azúcar será lo que le esté lanzando Castro a Salinas, cuando pone de manifiesto una y otra vez las múltiples renovaciones que está aportando

Por su parte, menos referencias hay en este epistolario hacia la prosa, ya sea en su forma ensayística o narrativa. Pero existen. En cuanto a la primera, topamos con sosegadas alusiones de Castro hacia, por ejemplo, la monografía de su amigo madrileño sobre Jorge Manrique: «Excelente su ¿ensayo? –¿estudio? ¿Plática?–, apacible discurrir, sobre Jorge Manrique. Humanización, acercamiento *de y a* la realidad auténtica que brilla y bulle en unas líneas melodiosas. Muy integrado todo en perspectivas pretéritas y actuales» (Castro, 45). Más interesantes aún son sus palabras sobre la incipiente narrativa del, hasta el momento, considerado exclusivamente poeta. De hecho, el propio Castro le anima en reiteradas ocasiones a que no abandone esa empresa, y así dar un vuelco a ese género literario que, en opinión del pensador, se encuentra desierto en los albores del siglo XX:

¿Cómo va su novela? Si yo poseyera su imaginación y su estilo me hacía una novela, no pesimista, sobre unos personajes cuyo existir consistiera en no poder alistarme en ningún *job* humano. Intuyó algo, solo algo, Unamuno en *Niebla*; pero el asunto es otro. No es la rebeldía a dejarse crear por el *logos*, sino la imposibilidad de dejarse aprovechar por ningún *logos*, porque todos ellos se declararon en huelga (Castro, 51).

Por este motivo, se alegró mucho don Américo cuando recibía como regalo dos nuevas narraciones, que comenta con afectuosas palabras: «Mil gracias por sus dos

¹²³ Fabio ZAMARREÑO, “Pedro Salinas en «las ínsulas extrañas»...», p. 133.

libros, *El desnudo impecable*, y *La bomba increíble*. El primero me parece mucho más literario que el segundo, aunque este tiene más fondo ideológico» (Castro, 67). Anota también otras cuestiones, apresuradamente hilvanadas con la situación histórica que los rodea, y de la que siguen pendientes:

Cómo no asentir a su fina sátira del mundo mecanizado, científicado, vuelto de espalda al hombre humano. Observe, sin embargo, que esto no es culpa de un pueblo determinado; al otro lado tiene usted el horror del hombre sometido a la mentira del *party line*, obligado a declarar y a creer que Stalin es el mejor filósofo y científico del mundo, so pena de la vida, o de algo peor (ibíd.).

Es indiscutible que Castro no se dejó hipnotizar por lo literario y siempre supo conjugar su situación vital con la filológica (*Und das Leben ist sicherlich gröesser als die Philologie*, le escribió en algún momento Américo Castro a Francisco Giner: «Y la vida es, sin duda, más grande que la filología»¹²⁴).

4.2.6. «Salve, maestro». *La obra ensayística de Américo Castro comentada por Pedro Salinas*

De la misma forma que Américo Castro departe sobre la obra de Salinas, es lógico que también hallemos opiniones de parte del poeta hacia las innumerables prosas de su interlocutor. Una de las primeras notas que encontramos es la del momento en que Castro asegura que tiene un proyecto entre manos, y Salinas deduce que es un manual de literatura («barrunto, por las entrelíneas de su carta que se apresta usted a escribir algo gordo: *gordo*, claro, vale por manual o cosa así, de Literatura Española. Dios o Losada, lo hagan bueno» (Salinas, 9). Además, Salinas se aventura a explicar cómo cree que ha de orientarse dicha tarea, precisamente por la experiencia que tuvo como docente en el ámbito universitario: «convierta usted esa alusión a una Historia Literaria, que se entrecruza en su carta, con una explicación, a lo clásico: importancia de la asignatura, división de la misma, razón de método, and *so forth*» (ibíd.). Culminará su carta el poeta con un deseo: «Sería estupendo que la mejor Historia de la Literatura Española se la

¹²⁴Santiago LÓPEZ-RÍOS, «"Und das Leben ist sicherlich gröesser als die Philologie": Américo Castro y Francisco Giner de los Ríos», *Romance Philology*, 68 (2014), págs. 1-22.

hiciera a España un emigrado, mientras aquella ralea se entrega a la retórica *menéndez pelayesca* de segunda mano; revolcándose en el neo academicismo de Ors» (ibíd.). Se palpa en las cartas cierto rencor a raíz de su situación personal, que no se puede deslindar del ámbito académico. Para ellos el mundo profesional representa un álter ego del vital, pues tanto la de Castro como la de Salinas fueron dos vidas completamente dedicadas al pensamiento y la escritura. En este sentido, podemos apreciar la fidelidad que desprenden palabras como las de Pedro Salinas hacia su «amigo perfecto», tanto en el ámbito humano como en el trascendental-literario. Además, califica con admiración las palabras de Castro en su ensayo sobre Guillén, y le felicita por ser justo y razonable con el poeta:

Todo lo que se haga en justiprecio de la poesía de Jorge, y por su difusión, lo siento como cosa hecha a favor mío. Pero además ese libro valientemente rompe lanzas por la poesía moderna, en cuyo laberinto ando yo metido (Salinas, 11).

Una de las cosas que acabamos de ver en los fragmentos de Castro y que ahora, de súbito, se repite aquí, es que, al parecer, el granadino de cuna brasileña situaba en el mismo nivel la poesía contemporánea que la clásica. Por ello, como escribe Salinas, «su ejemplo [el de Castro] nos sirve de amparo a muchos profesores que aspiramos a que se tome tan en consideración lo dicho o inquirido sobre un Lorca o un Guillén, como lo que se piense sobre un Herrera o un Garcilaso» (Salinas, 11). No puede dejar de agradecerle la tarea que está realizando mediante el encumbramiento la poesía moderna: «No tengo sino repetirle, con más fundamento, por la detenida lectura, lo que le dije en Middlebury, sobre su prólogo, tan delicado y respetuoso con nuestra empresaria, la Poesía, tan agudo y certero» (ibíd.). Creemos que se refiere al mismo artículo un año más tarde (25 de enero de 1943): «Muchas gracias por comunicarme su ensayo, rehecho, sobre Guillén. ¡Qué gusto da ver tratada tan gran poesía con la sensibilidad y la precisión que se merecen! ¡Ya era hora!» (Salinas, 12). Será en ese mismo momento cuando Salinas aprovechará para poner de manifiesto las dotes de Américo Castro como crítico de poesía, algo implícito en las cartas anteriores pero que no se había concretado hasta el momento. De nuevo, exalta Salinas ese agradecimiento que siente hacia Castro por comparar sus versos y los de Guillén con los Góngora o Quevedo. No podemos olvidar que don Pedro se encontraba entre los máximos exponentes de esta última poesía, y cualquier cumplido que realizase Castro hacia esa generación repercutía de

manera directa sobre su labor y fama. No es extraño, por tanto, que escriba que «no creo que me ciegue la pasión al tenor de su ensayo por tan bueno como cualquiera de las cosas que haya usted escrito sobre nuestros clásicos» (ibíd.). De igual modo, asegura también que toda alabanza hacia la poesía de Jorge Guillén es un regalo para sus oídos:

Perfectamente situada la poesía de Guillén en su momento de la vida del hombre, sin por eso convertirla en la fácil «expresión de la sociedad de su tiempo». Lo que usted estima cumbre de *Cántico*, «todo motivo conexo con la angustia y la alegría de la luz percibida en pura inocencia junto con el anhelo del instante poseído en ansia de eternidad», es justísimo. Y coincido con usted en la veladura que pone a la «“Salvación”, ya su tema-variante». Estudio como este solo ha podido ser escrito por usted. Y quizá solo podía usted escribirlo así, siendo sobre la poesía de Guillén (ibíd.).

Una de las cosas más bellas que encontramos en esta correspondencia es la pérdida de objetividad, que permite el registro epistolar pero no tanto el ensayístico. Pedro Salinas es incapaz de contener la admiración, la melodía que se despierta con la mera mención de Jorge Guillén. En realidad, don Pedro pensaba lo que dijo, pero a la par se hallaba cegado por la luz que desprendían la figura y poesía de ese amigo al que tanto quiso. Teniendo esto en cuenta, no son para nada extrañas palabras como

¿No es esa la conjunción perfecta de obra y crítica? Estas páginas, con no ser muy numerosas, se me representan ya como incorporadas a la antología de la crítica de esa antología ideal. Quiero volver a decir mi emoción y gratitud al ver su maestría empleada [en] esta nuestra poesía, *nuestra* por tan de nuestro hoy, nuestra lengua y nuestro amigo (ibíd.).

Aparte de sus ensayos sobre poesía, tenemos que aludir a la importantísima revolución que supuso la obra *España en su historia* en el concepto de hispanidad de Salinas. El poeta no queda al margen de la infinita polémica, pues al igual que su amigo, una de sus fundamentales preocupaciones -como relataba Canito- fue sin duda el *Ser de España*. Al igual que Castro, no se conformó con la historia oficial, que no encajaba del todo con lo que él intuía que había de ser su país. En esa búsqueda interior y exterior que el *scholar* andaba realizando, llegado ya de Puerto Rico, se encuentra con los escritos de Castro. Todo ello le causa una enorme conmoción que sabemos no fingida, por el interés que siempre había suscitado en él la inexplicable explicación de España:

En lo del enfoque histórico amplía, profundiza y remacha las ideas anteriores; encuentro esas páginas persuasivas, no solo en su discurso y argumentos, sino en su tono. No sé lo que pensarán los titulados historiadores de su posición. A mí me ha removido profundamente (Salinas, 28).

Para Salinas, las explicaciones que hasta el momento se habían dado sobre la génesis histórica de España eran, a todas luces, insuficientes. Amaba su país, y precisamente por ese motivo necesitaba entenderlo en toda su complejidad si quería llegar al fondo de su esencia. Las explicaciones menéndez pelayescas y pidalianas no habían conseguido convencerlo, pese al respeto que mostraba por sus antecesores, especialmente por el último. Una España visigoda que recorría mil años hasta los Reyes Católicos -sin impregnarse lo más mínimo de los aromas musulmán y judío- era para él, después de leer a Castro, una entelequia impensable. Y de nuevo se percibe ese resquemor del que Salinas no logra desasirse, y que resurge como poética recurrente en sus cartas. Se alegra de que sean los exiliados los que realmente estén construyendo la historia y literatura españolas. Salinas ha leído tanto este artículo como *España en su historia*

respondiendo a insatisfacciones, que ya sentía, en mis ideas sobre lo histórico. Y me ha dado por primera vez una visión sobre lo que puede y debe ser la historia. Tenía que ser un español, quien viviera ese tema, como usted lo ha vivido, después de tantos años de desojarse por los otros caminos –y con extraordinario provecho, también por ellos, aunque usted no quiera (ibíd.).

Al igual que su corresponsal, es consciente de que ideas tan renovadoras no penetrarán fácilmente en las duras molleras de sus contrincantes filológicos, que las despreciarán sin intentar siquiera entenderlas: «Su concepción de lo histórico *is here to stay*, como dicen los extraños. Claro que tardará tiempo en entrar en las cabezas que los técnicos tienen tan tupidas que no hay por dónde» (ibíd.). Asimismo, Salinas es consciente de que todo lo que merece la pena tiene un precio. La deuda se estaba pagando ya, ante la burla que despertaban las opiniones morabizantes. Con todo, está convencido de que en esa misma proporción surgirán fervorosos defensores de unas teorías que terminarán cayendo por su propio peso: «Estoy seguro que creará adeptos en proporción directa de la frescura y espontaneidad intelectual, y la sensibilidad poética de los lectores, es decir, entre gentes vivas y no medio muertas» (ibíd.). Mucho ánimo

hallamos, afortunadamente, en estas misivas que Salinas le envía a Américo Castro, cuya opinión no anduvo muy desencaminada respecto de lo que realmente sucedió: su figura y obra, convertidas poco después en la diana de los más inflamados debates intelectuales de la segunda mitad del siglo XX. De lo que no queda duda ninguna es de la fervorosa admiración del madrileño. Embelesado con su colega por su lección de madurez intelectual a todos aquellos que no se atrevieron a entrar en tan polémico y farragoso campo, asegura que Castro despierta las más enconadas envidias:

sigue admirándome su coraje y honradez, al lanzar hoy en la plenitud de su vida de trabajador, piedra como esta en las charcas de los que querrían que usted fuese una rana más, croando notas a la luna de la *scholarship*. Salve, maestro (ibíd.).

5. La máscara y el rostro: Américo Castro y Pedro Salinas en su faceta más íntima

¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo?

Antonio Machado, *Juan de Mairena*

Uno de los mayores intereses que ofrece la siempre polémica publicación de este tipo de documentos (correspondencias, memorias, etc.) es el de acercarnos al ser humano que se esconde tras la portada de un libro. Este conjunto de cartas no es una excepción, y una de las particularidades más bellas que lo caracterizan es la combinación de un registro cultísimo –fragua de muchos y eruditos temas- con un lenguaje intencionadamente coloquial y sus respectivos asuntos de menor trascendencia. En este sentido, si queremos absorber toda esa complejidad que rodea a la vida y obra de estos intelectuales, tenemos que ascender al Paraíso –quizá Castro prefiriese *La Yanna* –para descender más tarde al Averno, agarrados de sus vivencias en primera persona. Entre esta serie de anécdotas que pareciera que nunca afectan a los escritores, en demasiadas ocasiones considerados entes casi incorpóreos-, tenemos que destacar las enfermedades que acosaron a ambas familias. Una de las más importantes será la que afecte a doña Margarita, que según relata el propio Salinas consiste en un tumor¹²⁵. El hecho hace sonar las alarmas de Américo Castro y de su esposa Carmen, quien aprovecha para escribir una carta que encontramos también dentro del corpus estudiado¹²⁶. En ellas tanto Carmen como don Américo ofrecen su apoyo moral y dejan bien claro lo afligidos que quedan por la noticia: «¡Pero qué barbaridad, hombre! Nos

¹²⁵ «Han operado a Margarita de un tumor en el pecho, y sea o no simple tumor ya sabe usted todas las cavilaciones que una cosa así acarrea. Estuvo diez días en el Hospital; el trámite operatorio lo hemos traspasado con perfecta normalidad, y la enferma se repone a buen paso. Pero, naturalmente, no puede aun, ni mucho menos, hacer su vida normal. Usted que pasó, en persona, por trance análogo hace muy poco, se dará cuenta de lo que han sido estas semanas para nosotros» (Salinas, 9).

¹²⁶ «¡Qué noticia más inesperada y más triste! ¡Pobre Margarita, cuánto siento no haber estado cerca de usted para haberla acompañado y ayudado en todo! Pero este bendito país ¡es tan grande! Espero que ya no tendrá usted molestias y olvidará pronto los malos ratos. Déjese mimar mucho y dentro de poco ni siquiera recordarán las angustias pasadas» (ibíd.). [...] Nosotros ya olvidamos lo de Américo y disfrutamos: él, sintiéndose bien y yo, viendo su aspecto. Parece como si la picardía que le hicieron, le hubiera quitado todo lo malo. Está como hace años. ¡Que le suceda lo mismo! [...]» (18).

hemos quedado dolorosamente impresionados al conocer ese percance de Margarita y deseáramos estar más cerca para serles útiles en algún modo» (Castro, 17). Además, Castro aprovecha esta misiva para hacer referencia a su anterior enfermedad («Por fortuna lo malo ya pasó, y sólo resta la lata post-operatoria, de la que, sí, ya sé algo. Pero ya ni me acuerdo, y lo mismo le ocurrirá pronto a ella y a ustedes» (ibíd.).

Tras esto, nos vemos obligados a viajar muchos años para volver a encontrar una situación similar. Será aquella en la que el propio Salinas cae enfermo, circunstancia que menciona en estas líneas. Escuece como sal sobre la herida leer los apenados lamentos del poeta, que poco a poco nota cómo su vida se marchita, hasta el punto de llegar a pedir disculpas por ello: «perdone mi tono epistolar, pero esta enfermedad me ha cambiado del todo y no me siento la misma persona: todos mis proyectos e ilusiones de trabajo se me han mustiado» (Salinas, 33). Con todo, percibimos la buena intención de Castro, que intenta aportar humor al asunto y restar importancia al malestar de su amigo. Suponemos que en un primer momento no se conocía la gravedad de la enfermedad que más tarde le cercenaría la vida, y por eso su colega se permite el lujo de bromear ante un tema que no creían tan serio como finalmente lo fue:

¡Pero qué absurdo! Un poeta de tan altos quilates con la enfermedad del César Carlos V (acabo de leer la espléndida biografía de Walter Tristsch; *Charles Quint*, que le recomiendo para sus primeros ocios). Si se atiene usted a un régimen estricto, verá cómo se pone al pelo, y muy pronto. El Emperador se reía de los doctores, y se atizaba empanadas pimentosas, que engullía sin masticar (Castro, 65)¹²⁷.

Relacionado con todo ello, no podemos dejar de realizar un pequeño árbol genealógico de los familiares de Castro y Salinas, para que el lector se haga una idea de quién es cada cual en el laberinto epistolar. En primer término, y como acabamos de mencionar, la esposa de Américo Castro se llama Carmen, igual que su hija (el chico, que aparece mencionado en menor medida, será Luis Castro). Esta se casará más tarde con el reconocido filósofo Xavier Zubiri, al que su suegro dirige afectuosas palabras, y cuya fundación es hoy en día la heredera de todo el archivo del filólogo. La primera mención que Castro hace sobre su familia la encontramos muy temprano, en plena guerra civil, lo que nos muestra desde un principio que este tema será fundamental para el escritor («Mi mujer y Luis en Zúrich, Carmen y tú bien y Zubiri en el *Collège d'*

¹²⁷ Salinas murió a finales de ese mismo año (1951).

Espagne. Mi madre y sus hermanos en España. Y don Ramón, y Navarro, y tanto ser querido, allá» (Castro, 2). En cuanto a Xavier Zubiri, Américo Castro lo considera un filósofo de gran envergadura, aunque no podemos tomar tan en cuenta como nos gustaría esta opinión, debido al claro aprecio que muestra por su yerno en el plano personal:

La inteligencia proyectada antes sobre las novelas, se fue hacia la filosofía; en ello hay también sus pisos, la discreta, a veces muy discreta altura, de Laín Entralgo y la cumbre de Zubiri, hacia la que camina en lo que ahora escribe (Castro, 48).

Pero no sólo será Castro el que opine sobre él, sino que tropezamos también con numerosos elogios que nacen de la pluma de Salinas:

Ciertas cosas se escriben en la seguridad de que nadie se va a tomar el trabajo de rectificarlas. La cosa sencillamente sería así: el que no haya escritores en España como Unamuno, Valle, etc., ¿implica que los hay en Hispanoamérica? El nivel de esta es más alto hoy, en cuanto a inteligencia, que hace cuarenta años; pero, ¿hay un pensador que llegue a la altura de Zubiri? (Castro, 44).

La erudición del filósofo es evidente, y de ello se hace eco Américo Castro cuando comenta la evolución en el pensamiento del marido de Carmen («Xavier dio aquí una conferencia sobre *Le réel et les mathématiques*. No sé si lo entendieron mucho, pero se quedaron con la impresión de que el hombre sabe por dónde se anda. Como pensador es formidable» Castro, 37). Le achaca, eso sí -y quizá por nostalgia y deformación profesional- que el único ámbito que no domine bien sea la literatura:

tal vez el primer caso de español capaz de arremeter con cuestiones de tipo abstracto y profundo. Lo hemos pasado muy bien con él, porque une la simpatía y la bondad con un saber enciclopédico muy excepcional. Sabe de persa antiguo lo mismo que de biología. Su gran vacío es la literatura y la historia vital. Pero si no fuera así no podría hacer lo que hace (ibíd.).

Por su parte, y antes de descender hacia aquella *nietería* que apasiona a ambos autores, vayamos a la genealogía saliniana: ya conocemos a Margarita, su esposa, que

cayó enferma y siempre vivió enamorada del poeta¹²⁸. De este matrimonio nacieron dos hijos. La primera de ellas fue Solita Salinas, que más tarde se casó con el profesor Juan Marichal, de quien también encontramos cariñosas menciones en las cartas: «A Marichal le encontré muy bien, curioso, trabajador y aprendiendo bastante al preparar sus cursos. Los pobres viven bastante apretados, con ese sueldo escaso, y la escasez de vivienda» (Salinas, 29). Las mismas encontramos, por supuesto, dirigidas a Solita Salinas: «El Juan y la Solita son estupendos, y gozará de un retoño en su *abuelidad*» (Castro, 42).

Menos citas hallamos del nombre de Jaime Salinas, su otro hijo, aunque sí encontramos algunas referencias a su persona. La primera de ellas tiene como fecha el 8 de noviembre de 1944, y allí su padre mencionará un viaje que va a realizar por Europa (antes de que acabase la Segunda Guerra Mundial) y que tiene en vilo a toda la familia:

Estos últimos meses hemos estado preocupados por mi chico, Jaime. No se sentía a gusto viendo a todos sus amigos y compañeros metidos en alguna faena de las muchas que supone la guerra. Nos pidió que lo autorizáramos para alistarse en el *American Field Service*. Al principio nos negamos, pero después de un forcejeo de meses hemos tenido que ceder. Va a salir uno de estos días, no sabe aún si para Francia o Italia. Ya comprenderá usted que esto nos servirá de preocupación constante (Salinas, 17).

Este mismo episodio lo encontramos relatado en su biografía, donde Newman asegura que

¹²⁸ Por motivos evidentes, no aparece ninguna mención a Katherine Whitmore en el epistolario; ello dar lugar a que no trataremos este nombre en nuestro estudio, aunque eso no quiere decir que no lo hayamos tenido en cuenta. Margarita intentó suicidarse a causa de este incidente, lo que demuestra el amor que siempre profesó por su marido y padre de sus hijos. Aprovechamos el momento para decir que las figuras de Margarita y Carmen un papel muy secundario y de meras consortes, en ocasiones además engañadas por sus maridos como en el caso de Katherine Whitmore y Salinas. Leyendo las cartas daría la impresión de que las esposas viven única y exclusivamente como prolongación de sus maridos, que las tienen a su disposición para sus múltiples viajes o necesidades. Aunque las palabras que dirigen siempre a estas consortes son de aprecio y muchísima estima, no podemos justificar que ya a mediados del siglo xx personajes de una envergadura intelectual semejante no se hubiesen dado cuenta de que el desarrollo personal de sus esposas quedaba absolutamente supeditado al de ellos. Quizá esto sea una muestra más de la humanidad que también es parte de los grandes escritores, y de que al fin y al cabo, como ocurría en el caso crematístico, es difícil perder ciertos privilegios por mucho que la razón nos tendría que impulsar a lo contrario.

el odio de Salinas a la guerra se convirtió en su gran obsesión durante los años cuarenta [...]. No permitió a su hijo Jaime alistarse en el Ejército norteamericano, y sólo a regañadientes le dejó que se enrolara en una unidad auxiliar como objetor de conciencia¹²⁹.

E incluso referido por el propio Jaime Salinas, quien en sus memorias relata una mala experiencia de su juventud homosexual y cómo eso afectó a la relación con su familia:

La mayoría de nosotros, menos la media docena de compañeros que se habían enrolado en el AFS [*American Field Service*] por razones religiosas o de profunda convicción ética, estábamos en el *Field Service* por no quedarnos al margen de una «aventura». Íbamos a vivirla desde una situación privilegiada, aunque sin olvidar que más del diez por ciento de los dos mil quinientos miembros del AFS perdieron la vida en esa «aventura».

Por primera vez desde que había llegado a aquel lado del Atlántico, estaba entre hombres en los que reconocía rasgos de mi propia identidad que no habían podido aflorar en mi corta vida ajetreada, confundida entre lenguas, truncada por una guerra perdida, sofocada por esos primeros años en América en los que consagré todas mis energías a ser lo que no podía ser. Volví de la guerra seguro de que se podía ser un respetable paria, ciudadano de una tierra sin fronteras ni banderas.

A principios de noviembre de 1944 empezó a rumorearse que pronto embarcaríamos. Quisimos disfrutar de aquellos últimos días. En la ciudad reinaba el optimismo [...]¹³⁰.

Como hemos señalado, parece ser que la homosexualidad de Jaime enturbió la relación con su padre¹³¹, lo que no quiere decir que en las cartas no encontremos afables

¹²⁹ Jean CROSS NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia*, pág. 97.

¹³⁰ Jaime SALINAS, *Travesías: memorias (1925-1955)*, Barcelona, Tusquets, 2003, pág. 214.

¹³¹ Y, en general, fue una dificultad añadida en la vida del joven Jaime, que se apoyaba en la amistad para compensar la necesidad de un amor que le estaba vetado. ¿O es que confundía el amor y la amistad en su adolescencia?: «Era la primera vez en mi vida que me pasaba cuatro años seguidos rodeado de los mismos compañeros. Por lo tanto, descubrí la amistad tarde, y por ello me aferré a ella con apasionada entrega para compensar mi inseguridad. Sospecho que esa necesidad de encontrar en la amistad un refugio ha condicionado mi existencia: la persistente búsqueda de la ambigua seguridad de la amistad. Cuando fui a vivir con Bibby creí haber logrado todo lo que se puede desear en la vida. Tanto es así que casi llegué a olvidar que desde 1939 en Europa estaba librándose una guerra que ponía en peligro ese mundo, más o menos civilizado, que apenas había conocido pero que era el de mis padres» (Ibíd., pág. 162).

comentarios dirigidos a su persona; lo que sí es claro es que este llevó una vida mucho más independiente, y que incluso faltaba en ocasiones a las reuniones familiares, donde la suya era la única ausencia: «Aquí me tiene apurando el cabo de este verano, para mí, en cuanto a cabeza de familia y modesto mortal, felicísimo: porque lo he pasado con mis hijos (menos Jaime que remata ahora por Italia su excursión a Europa» (Salinas, 30). Este mismo alejamiento también lo hace notar Castro, que escribirá el 20 de julio de 1951, en plena enfermedad de don Pedro: «Viene por fin la carta de doña Sol, suscrita por usted -don Jaime no dijo pío a una tarjeta inquisitiva que le mandé-, y es hora de charlar un rato con el paciente» (Castro, 65).

Por su parte, la relación con Solita Salinas fue muy distinta, algo que se percibe tanto en el número de apariciones de su nombre como en el trato recibido por parte de su padre y de Castro. El propio Américo dirige, entre risas y veras, palabras que desprenden un enorme afecto hacia la hija de su amigo: «En cuanto a sus dramas y comedias, lo mejor sería que los representáramos nosotros bajo la suprema guía de la llamada Solita» (Castro, 30). Será precisamente «vía Solita» como le llegará la tan deseada *abuelidad*, germen de tan entusiastas comentarios diseminados por las epístolas: «Perdone esta carta tan desatada, pero estamos un poco nerviosos, ya en espera de la *abuelidad*, que *vía* Solita, se aproxima a pasos agigantados. Se anuncia para poco después del 25» (Salinas, 23). Termina el poeta de manera cómica su carta, escrita el 23 de febrero de 1948: «Estoy temblando ante la fecha fatídica, el 29. Si acaeciera en ella, ¿no estaría justificado el fraude? ¿Cómo arrebatarse a una criatura tres cumpleaños de cada cuatro de su vida?» (ibíd.).

La *abuelidad*, neologismo tan utilizado en estas cartas y del que nos apropiamos en honor a sus creadores, es un tema fundamental en el último período. Es obvio que los intereses cambian según la época del epistolario, y no podemos dejar de notar la feliz coincidencia entre el final de la guerra y un aumento del interés por el ámbito familiar. Pedro Salinas y Américo Castro se deshacen en elogios cuando hablan de sus nietos, y el tono de las cartas va evolucionando hacia un intimismo doméstico más marcado que en épocas anteriores -ni hablar, claro, del momento del exilio-. Carecemos de la carta en la que Américo Castro informa del nacimiento de su primera nieta, pero sí está incluida en el corpus aquella en la que Salinas lo felicita por la noticia, recordando que el experto en dicho campo es Jorge Guillén. Casi como una profecía de lo que les ocurrirá a ellos, escribe que

¡Gran noticia esa, de que van ustedes a tener pronto a su lado, no solo al hijo, sino a su prolongación! A ver cómo arrostra usted la condición de abuelo. Yo estoy acostumbrado a ver a don Jorge desempeñar ese cometido con un entusiasmo desbordante en las cartas, y hasta en los poemas (Salinas, 18).

A partir de dicho momento encontraremos ese entusiasmo desbordante en casi todas las cartas, aunque es obvio que los momentos en los que las familias se reúnen, permitiendo a los abuelos disfrutar de su prole, son especialmente dulces:

En casa muy bien. Mi *abuelidad* medra: cada día más encantado de ella, y más correspondido por el objeto de mi encanto. En mi día hay un horario divino: la hora del baño, la hora de la galleta, la hora del despertar, «esa es la verdadera pincelada» como decía aquel Vidaurreta del Ateneo (Salinas, 24).

Esa misma alegría se torna amargura cuando aterrizan momentos de despedida: «quiero decir que no se alarga más allá de los quehaceres de la casa, despensa, crianza de infantes, paseo, *baby walking* y *baby sitting*. Y lo peor es que se nos va a acabar pronto porque en enero se van todos a Cambridge» (Salinas, 26). En cuanto a lo que nos interesa de Pedro Salinas como escritor, más allá de las minucias biográficas, que no lo son tanto, hemos de decir que el hecho de ser abuelo dio lugar a una merma notable de su tiempo, lo que sin duda, y pese a la alegría que provocaba en él la agitación doméstica, afectaba claramente a la composición de sus nuevas obras:

En cuanto llegó [Juan Marichal] Margarita se quedó dos días en cama, yo uno, so pretexto de sendos trancazos, en realidad, de «vacaciones». ¿Y todavía me habla usted de mi novela? Yo casi no sé qué ha sido de los personajes; deben de andar como el autor (ibíd.).

Aun así, eso carece ahora de la menor importancia para el poeta, que está llevando al máximo exponente aquella gran cita que anunciara que «la vida es más grande que la filología»:

Pero ahora, por unos días, todo promete. La familia junta; de España llegadas tres tortas del almendra de Jijona, y de camino (ya andan por Filadelfia, en casa de Claveria) unas figuras de mazapán; regadas con unos licorcillos de la dulce Francia (aunque los licores tiran más a lo seco), alrededor de la mesa familiar e impregnados del *Christmas Spirit*, que nos viene por la radio, los diarios y las campanas,

esperamos pasar con ayuda de Dios, del 49 al 50. Cifra redonda. Medio siglo. Coyuntura para reflexiones históricas, y meditaciones sobre lo universal. No, no, volvamos a la comida del niño, y al paseo en el cochecito. Esa es la mejor historia (ibíd.).

Tan profundamente ha modificado la *abuelidad* el alma del poeta, que llegará a transmitir en las cartas que su vida carece de sentido sin la presencia de sus nietos:

la marcha de esos niños (los menudos, claro) nos ha dejado sin alma. Yo he andado ocho días sin saber qué hacerme, por la falta de Carlos. Me había ajustado de tal modo a su vida, sus horas y sus gustos, que me levantaba a las siete, como él, me acostaba casi a su tiempo de cama y mi paseo era su paseo. Ahora tengo tiempo y descanso pero me duelen, cuando pienso en porqué (Salinas, 28).

Con todo, Salinas admira a su amigo, cuyo parentesco se encuentra «aún más a *long distance* » (ibíd.), y no mostrará tapujos al asegurar que «la *abuelidad* me ha enseñado a ser humilde» (ibíd.). Por su parte, y aunque las referencias a la *nietería* (como llamará a su prole Carmen de Castro) son constantes, será en carta del 20 de julio de 1951 cuando don Américo se explaye acerca de las virtudes inalienables de sus dos nietas: «Por aquí vamos pasándolo bien, con nietas. Cada una de ellas posee cualidades muy distintas. La mayor, mi antigua *acquaintance* de Princeton, tiene seis años; es tímida, muy fina de espíritu y se repliega en sí misma ante cualquier sugestión del exterior» (Castro, 65). Es fascinante observar cómo Américo Castro, que lo ha visto y leído «casi todo», se maravilla ante los pequeños avances intelectuales de su nieta, que narra con admiración a su amigo: «se le ocurren cosas de estas: “los días en los cuentos no son como estos de aquí”. Si la vida no la deshace (la vida de los otros), esta chica hará algo» (ibíd.). No dejó de comentar también algunas anécdotas de la hermana menor: «Su hermanita (cuatro años) pregunta a veces, y dice que las palabras son como en español; pero Lolita por lo bajo dice que “el italiano se parece al español, el francés no”» (ibíd.).

Quedó también Castro, según vemos, infectado por el feliz virus de la *abuelidad*.

6. «La soledad que invade el alma es angustiosa»

*Cómo llenarte soledad,
sino contigo misma.*

Luis Cernuda

Un tema que se repite y merece por ello un apartado especial son las quejas ante la profunda soledad en la que los ha sumido el destierro. Una de las razones que al parecer más influyó en este dolor fue el hecho de que, en sus clases, tanto Américo Castro como Pedro Salinas tuvieron que rebajar el nivel docente para poder moldearse al nuevo mundo americano¹³². La ironía, la mordacidad, la burla, el chiste... son abundantes y aparecen a cada paso, pero se perdían a oídos de estudiantes con un nivel de español inferior. Uno de los motivos de que Pedro Salinas fuese tan feliz en Puerto Rico fue precisamente que recuperó la conexión con los estudiantes hispanos, y ello, unido al sol caribeño, resucitó sus ganas de vivir. También resulta curiosa, en esta línea, la actitud que tomaron ante Dámaso Alonso. Aunque consideran en cierto modo una prostitución intelectual lo que su antiguo camarada estaba haciendo, notamos en la dureza de las críticas al autor de *Hijos de la ira* cierta nostalgia, por el hecho que él sí pudo desarrollar su vida y obra -de manera plena- en España. Castro y Salinas intentaron llevar al límite la máxima de Miguel de Cervantes, «con ser vencidos, llevan la victoria», pero el exilio y la derrota desgajaron el corazón más duro. De ese modo, la soledad se presenta como uno de los mayores dramas de sus paralelos destierros. A pesar de ello, esta situación también estimuló su trabajo intelectual. Lo demuestran las palabras de Salinas a Castro:

Ya sé que le han quitado a usted a Steve. Lo siento mucho. Sobre todo si eso contribuye de algún modo a retrasar la terminación de su libro. Espero que no sea así. Y que esas soledades de Princeton abriguen el crecimiento de la obra (Salinas, 15).

La misma desesperación esclaviza a Castro en sus viajes, donde se queja de esa *falta de compañía que lo acompaña*, valga la antítesis, desde que salió de España: «Por la adjunta carta verá usted cuál es mi vida y propósitos. ¿Qué es de usted? Bien podía

¹³² Agradezco la información a la profesora López-Baralt, gran amiga de la familia Salinas.

mandarme una larga epístola de Pernambuco, al barco, para que me colmara la larga soledad del viaje» (Castro, 3). Son de una belleza estética innegable estas palabras de Castro. En la misma carta, leemos lo que supone para él un exilio forzado. Llama la atención cómo, de nuevo, tropezamos con aquella vida que es más grande que la filología: aunque había leído diferentes textos sobre la emigración y el dolor que esto causa, nada tiene que ver pasar una página tras otra con sentir, en la propia piel, la tragedia de la huida. Estas líneas son de lo más sugestivas, pues se escriben en plena guerra civil, momento de mayor soledad y angustia para el ensayista, que nada sabe de los que quedaron atrás o se fueron:

La catástrofe actual lo ha roto todo. No sé qué va a quedar de amigos ni de cosas después de este telón de sangre. De don Ramón nada sé ni de Navarro, ni de nadie. Dámaso le ha escrito al otro Alonso, y me nombra por rodeo y al paso en la carta. Se conoce que mi nombre se ha hecho «inefable» en aquel ambiente, en que lo más íntimo y mejor de uno se ha reducido a polvo impalpable.

Esta ciudad es magnífica, da todo lo que puede, en condiciones normales para vivir con confort y pasar día tras día, sería el ideal. Ahora bien, la soledad que invade el alma es angustiosa. Tomar el barco y correr, no sé a dónde, es lo que apetece. Se me perdió mi sombra y no volveré a encontrarla. Cuando uno ha leído esas cosas de la emigración, del *déraciné*, etc., resultaba hasta pintoresco, como para adornar una exposición en cátedra. Caramba, pero cuando se vive de veras una ruina tal, y ve uno sesgarse todos los lazos que le amarraban al vivir, es peor que morir. Qué suerte la de don Miguel (Castro, 3).

A pesar de que sea Castro el que mayor cantidad de quejas profiere sobre su solitaria situación (quizá porque tenemos más cartas de su mano), Pedro Salinas también menciona este hecho en diferentes ocasiones. Siempre intentará animar a su amigo. Al menos son dos, y la soledad compartida es menos punzante que la particular: «¿Pero seremos algo más que el batallón de los solitarios de que habló Unamuno? Por lo menos gran consuelo es ese de la compañía en las soledades. Campoamor; puesto al revés: buena compañía la de dos o muchos en soledad» (Salinas, 16). Lo mismo afirma cuando agradece de Castro los comentarios sobre algunos de sus poemas: «Siempre recibo de ellos lo mejor: ánimo, estímulo, que tanto se necesita en esta “soledad de la lengua”, y valen y animan en proporción de quien vengan» (Salinas, 23). Además, Castro echará en falta comentar su obra con algunos de sus más íntimos amigos, pues al igual que le ocurría a Salinas, le resulta difícil escribir para sí mismo, sin poder

compartirlo. Incluso le crea inseguridades el hecho de que nadie haya leído sus obras antes de la publicación: «Todas mis tareas andan retrasadas por el estorbo de ese bloque de quinientas páginas apretadas, –que o son *la verdad*, o la mentira total–. No sé, y siento estar tan solo. Una lectura suya me habría servido inmensamente» (Castro, 34).

Creemos que no hay más remedio, como conclusión de este epígrafe, que cederle la palabra a Luis Cernuda, ese gran retratista de la soledad humana. Descargamos en él la responsabilidad definir lo que siente un alma solitaria:

Entre los otros y tú, entre el amor y tú, entre la vida y tú está la soledad. Mas esa soledad, que de todos te separa, no te apena ¿Por qué habría de apenarte? Cuenta hecha con todo, con la tierra, con la tradición, con los hombres, a ninguno debes tanto como a la soledad. Poco o mucho de lo que tú seas, a ella se lo debes. De niño, cuando a la noche veías el cielo, cuyas estrellas semejaban miradas amigas llenando la oscuridad de misteriosa simpatía, la vastedad de los espacios no te arredraba, sino al contrario, te suspendía en embeleso confiado. Allá entre las constelaciones brillaba la tuya, clara como el agua, luciente como el carbón que es el diamante: la constelación de la soledad, invisible para tantos, evidente y benéfica para algunos, entre los cuales has tenido la suerte de contarte¹³³.

¹³³ Luis CERNUDA, *Ocnos*, ed. Francisco BRINES, Madrid, Huerga y Fierro, 2002, pág. 58.

7. «Ya todo acabó». La relación Castro-Salinas desde la otra ladera. Conclusiones

Si a algo invita el profundizar en un epistolario es, sin duda, a considerar desde diversos puntos de vista los hechos que en él se narran. O, dicho en otras palabras, a no beatificar lo que allí encontramos. Las relaciones personales encierran una complejidad enorme, mucho mayor de la que queda reflejada en un único intercambio de cartas. En el caso concreto de Pedro Salinas y Américo Castro, el acercamiento a otras misivas lleva a concluir que el afecto del poeta por su maestro no fue, o no parece que fuera, tan sincero como ha parecido hasta el momento. He aquí un ejemplo elocuente:

A MARGARITA BONMATÍ, DE PEDRO SALINAS

[Los Ángeles], 28 de [junio de 1939]

[...] Ya te he dicho que ha llegado Castro. Viene a dar unas conferencias en la Fundación Del Amo. Da unas en inglés y otras en español. Esta tarde fue la primera, sobre el Greco, en inglés. Ni un pobre maestro de escuela hubiese dicho tan pocas cosas y tan superficiales como las tuyas, de hoy. Yo estaba avergonzado. Pero claro, lo mismo da. Había cuarenta personas (lo cual le ha molestado mucho) y como aún sabían menos que él todo ha quedado en secreto. No entiendo a este hombre. Aun sin querer, un hombre inteligente, al hablar del Greco *tiene* que decir algo inteligente. Él, ni por casualidad ha dicho nada. Hace ya con el inglés los mismos gorgoritos que con el francés, pero en malo; y a veces no se le entiende. Luego ha venido a mi casa, con Heras, y ha empezado a despotricar contra el gobierno, contra Franco, contra todos, dando palos de ciego, a diestro y siniestro. Ya ha pedido los *first papers*, para hacerse americano, y dice que no es español. Siempre la misma ligereza tuya [...]. Siento que haya venido Castro, porque me va a dar la lata, con sus salidas de tono y sus genialidades. Intranquiliza y perturba en vano, sin provecho¹³⁴.

O también este otro:

¹³⁴ Reproducimos el fragmento de la carta recogido en Pedro SALINAS, *Obras completas III: Epistolario*, ed. Enric BOU y Montserrat ESCARTÍN, Madrid, Cátedra, 2007, págs.744-5.

[Baltimore], 26 de octubre de 1946

[...] Américo, quejosillo, como siempre, de casi todo y casi todos. De las naciones, España, y de sus naturales, los españoles; de los Estados Unidos, por lo menos en su local princetoniano, y de los *scholars* que concurrieron a la gran batuda científica recién acaecida allí. En lo único en que está seguro, firme y roqueño, casi berroqueño, es una especie de furor deméntico antirruso, que le brota a cada momento, y por cualquier cosa. Me da pena ver a una persona dedicada de profesión a la crítica de las cosas, y que cuanto toca a una determinada, abdica de todo intento de enterarse, y de pensar con juicio. Me recomendó ese abominable libro (que tú, infeliz, estás leyendo, según me decías, por consejo suyo); yo, naturalmente, no le quise llevar la contraria, ni armar camorras onisescas¹³⁵ e impertinentes, pero en pocas palabras le dije que yo no estaba dispuesto a comulgar con ruedas de molino, ni a tragarme todas las municiones de la propaganda de Hearst, McCormick, Franco, Vaticano & Co.

[...] Es decir que los españoles somos testigos de excepción; y más, víctimas, de esa mecanización de las reacciones críticas, que en muchas personas es interesada y encubre los peores motivos y en otras como el pobre Castro, es pura papanatería y obsesión maniática [...]. Te digo todo esto (y perdónamelo, porque no me gusta gastar mucha tinta en el tema) para que entiendas lo que te digo de Castro. Me repugna además la concepción de melodrama barato, del traidor, que se procura crear, para echar la culpa a Rusia y al comunismo de todo lo acontecido y acontecible, desde que se acabó la guerra [...] Te aseguro que me ha dado pena ver así a Castro [...]. Se le nota cada día más aislado, más receloso, más sensible a la más mínima cosa. Y de eso sufre él más que nadie [...]¹³⁶.

Dichas líneas permiten un encuadre definitivo de la perspectiva -y por tanto, de las conclusiones- que se deben extraer de nuestra investigación. Hemos de tener en cuenta, además, que se escribieron a la par que otras dirigidas al propio Américo Castro; y que en estas últimas el tono fue, como podemos suponer, muy distinto. Un ejemplo de ello es la carta recogida en este epistolario del 26 de abril de 1939 (un mes antes de la carta a Margarita), donde podemos hallar afirmaciones como las que siguen:

Me pareció un tanto absurdo que me pidieran a mí opinión sobre usted pero pensé que era una de las varias que solicitaban de un grupo de gente, y di la franca opinión que el conocimiento de usted, de su personalidad y de su obra, me merecen y que puede suponer, y sin duda, cuál es [...].

¹³⁵ Se refiere a Federico de Onís, con quien también mantuvo una abundante correspondencia que se conserva en Puerto Rico, en el Seminario de la UPR, Río Piedras, que recibe su mismo nombre.

¹³⁶ Pedro SALINAS, *Obras completas III: Epistolario*, págs. 111-2.

Aunque sé muy bien, y ese era el último párrafo de mi respuesta, que «su colaboración honra a cualquier institución de cultura» y que sale ganando la Universidad de Texas» (Salinas, 7)

También existe, en nuestro corpus documental, una misiva redactada el 26 de octubre de 1946. Es decir, la misma fecha en la que Pedro Salinas escribe de manera encendida a Jorge Guillén para comentar sus diferencias políticas con Castro. En este caso, el poeta le escribe a don Américo para decirle, entre otras cosas, que «solo acepto un té en la isla –cada uno en la suya– si pienso en el archipiélago, que me permite a mí salir unas horas de la mía, y sentir todo el beneficio de la compañía leal y amistosa» (Salinas, 22).

Por lo que nos consta, trabajos anteriores sobre la relación Castro-Salinas han pasado por alto estas fuentes, que permiten concluir que dicha relación no fue lo que se podría denominar como idílica. Ciertamente es que no existen demasiados estudios que hilvanen sus figuras de manera exclusiva, pero todos los investigadores que se han acercado al tema han utilizado, sin dudarlo, el término «amistad» para referirse a ellos. Frente a dicha postura de la crítica, este TFM propone, en cambio, que esta noción es, cuanto menos, matizable. En general, siempre se parte del gran favor que Castro hizo a su discípulo mandándolo a la Sorbona, la más prestigiosa universidad francesa de la época. Ese hecho le abrió múltiples puertas al madrileño, que, como hemos visto, reconocía en la carta de 1915 a su futura esposa el buen trato recibido por su maestro.

Nuestro trabajo, al cotejar por primera vez el epistolario Castro-Salinas (completo y ordenado) con otros ya editados, permite mostrar esa divergencia de actitudes. En ese sentido, consideramos difícil pensar en una amistad incondicional, teniendo en cuenta que Salinas no duda en calificar de escasa hondura intelectual al mismo hombre que, veinte años antes, había ideado su plan de estudios. Y aunque este trabajo siempre ha estado diseñado como una tarea en curso -y en el momento tan interesante que nos hallamos, más que nunca-, se han intentado localizar también comentarios de este tipo por parte de Américo Castro. Por ahora no lo hemos logrado, pero eso supone no un impedimento, sino un aliciente para escudriñar otros elementos que hagan desarrollar aún más la investigación. Son muchos los documentos de Américo Castro que aún han de salir a la luz. Esta complicada pero necesaria tarea deberá perfeccionarse, pues, en años venideros, tras haber comprendido que el estudio epistolar reclama incorporar múltiples puntos de vista y una rigurosa contextualización. Se abre así la puerta hacia

una futura tesis doctoral, pues existe material más que de sobra para ello. Sobre todo, si reparamos en el interés que posee incluir en la investigación la correspondencia entre Américo Castro y Jorge Guillén, también inédita, y que se preserva en la Biblioteca Nacional de España. Sin duda, el estudio conjunto de estas fuentes documentales proporcionará innovadores y valiosos datos de nuestra Edad de Plata.

En ese futurible estudio, no dudaremos en desarrollar, entre otros aspectos, uno de los temas apuntados en el capítulo siete, y que alude a la soledad del exiliado. Esto es básico: la nostalgia que el brutal tajo de la guerra civil imprimió, tanto en los que se quedaron como en los que se marcharon. Dicho concepto necesita una de una nueva revisión desde la escritura epistolar. La nostalgia borró diferencias juveniles y dejó a merced del recuerdo el deseo de recobrar una identidad colectiva. La muerte y el exilio llegaron sin avisar, y ellos tuvieron que sacar fuerzas de flaqueza, a través del sentimiento de vínculo, para poder sobrellevar la carga. De igual manera, la investigación doctoral nos exigirá profundizar en la obra de Salinas y de Castro, para que las notas no sean meramente descriptivas y ello nos permita enlazar la poética de sus vidas con la poética de sus obras. Además, será el momento en el que se anotarán las cartas con el despliegue de datos necesario para explicar todas y cada una de esas referencias.

Por último, hemos tomado conciencia de que toda correspondencia es y será siempre una conversación abierta, a dos voces, a tres voces. Porque, de una forma u otra, el editor también queda involucrado. De nada sirve una labor intelectual que, aparte de aportar algo al conocimiento, no lo aporte antes a uno mismo. Y estamos, sobra recordarlo, ante una «literatura del yo». El contemplar, desde nuestra atalaya del siglo XXI la vida entintada de estos dos exponentes de la cultura deja, sin duda, una huella imborrable. Sentimos más cerca que nunca las palabras con las que Lorca definió el teatro, pero aplicadas a nuestra experiencia epistolar. Porque hemos rozado lo mejor y lo peor del ser humano: la erudición, la poesía, el amor y la luz; pero también la burla, el chisme, el insulto y la sombra oscura. Por eso, al fin al cabo, podemos asegurar que nos hemos llenado las manos de vida, y que estas cartas han sido para nosotros «la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse, habla y grita, llora y se desespera»¹³⁷.

¹³⁷ Federico GARCÍA LORCA, *Mariana Pineda: romance popular en tres estampas*, ed. Hortensia GONZÁLEZ y María Virginia DARCHEZ DE CARRASCO, Buenos Aires, Colihue, 1992, pág. 29.

8. Esta edición¹³⁸

*Estoy utilizando en mi clase el Lazarillo con su prólogo.
¡Qué bueno es! La edición es ya otra cosa.*

Pedro Salinas

*Mejor equivocarme por mi cuenta, me dije al fin y al cabo,
que tener razón por rutina o consigna.*

Juan Goytisolo, «Fe de erratas»

8.1. Orden del epistolario

La pregunta que todo investigador ha de hacer al encontrar un conjunto de documentos es clara: ¿están ordenados de algún modo? Lo habitual en un epistolario sería que este orden coincidiese con el cronológico. Intentaremos explicar, a continuación, la idiosincrasia de estos textos.

En primer lugar, cada carta es un mundo, y ha de tener un tratamiento prácticamente independiente; por eso, no hay reglas fijas a la hora de editar un material como este. De entre las que Américo Castro envió a Salinas, encontramos textos fechados de manera correcta (día, mes y año) y con membrete de procedencia; pero también tenemos cartas en las que solo encontramos el día y el mes, y, por supuesto, también tenemos cartas sin fechar –se ha mencionado en la introducción el ejemplo de la carta manuscrita de Carmen de Castro, entre muchas otras–. Lo mismo ocurre con el lugar de composición de las cartas, que no siempre aparece. Cuestión diferente es la de las enviadas por Salinas, que encontramos, gracias a la inversión de la Fundación Xavier Zubiri, debidamente fechadas y ordenadas¹³⁹.

¹³⁸ Tenemos en nuestro poder la edición y transcripción del epistolario, que no hemos podido publicar a causa de la vigente ley de derechos de autor. Aun así, hemos considerado interesante para el conocimiento general de los epistológrafos exponer cuál ha sido el proceso de nuestro trabajo.

¹³⁹ Según pudimos preguntar en la propia Fundación, se contrató a una empresa especializada en ordenación y catalogación de archivos que en el año 2008 se encargó de fechar las cartas. De todos

En el caso de las cartas de Américo Castro (recordemos, Houghton Library y posterior copia digitalizada en la Residencia de Estudiantes) todo ello se complica aún más debido al hecho de que alguien, no sabemos aún quién, ha realizado una *semiordenación* de las cartas. Esto quiere decir que hallamos en algunas de ellas, y escrito a lápiz, un año orientativo de composición. Así, conocemos que esa misma persona u otra diferente ha ordenado cronológicamente y hasta cierto punto los documentos. No sabemos qué criterios ha seguido, pero parecen fiables¹⁴⁰. Y decimos «hasta cierto punto» porque, una vez llegados a la fecha de 1951, que marca la muerte del poeta, un conjunto de documentos sin fechar se encuentra detrás de dicho año, y lógicamente no pueden ser posteriores. Suponemos que la persona que las colocó (quizá el propio Salinas, aunque es poco probable, puesto que hubiera ordenado todas; también pudieron ser los herederos o un bibliotecario de Harvard¹⁴¹; es algo que tenemos la necesidad de descubrir a lo largo de nuestra investigación) fue incapaz de encontrar en estas cartas datos que indicaran con certeza dónde podían ir colocadas.

Para enfrentarnos a este problema hemos consultado criterios de edición de diferentes epistolarios, y una de las soluciones más útiles ha sido sin duda la aportada por el profesor José Teruel en la edición de la correspondencia entre Juan Benet y Carmen Martín Gaité, que ha dado lugar a un orden convincente y plenamente justificado, más allá de los posibles errores que cualquier editor pueda cometer¹⁴². De

modos, y según hemos comprobado, Salinas siempre ponía la fecha y el lugar de composición en las misivas que enviaba, a diferencia de algunas de las redactadas por Castro. Le agradecemos desde aquí a Elisa, encargada de la Fundación, la desinteresada ayuda que generosamente nos prestó, y que tanto nos ha ayudado en la construcción de este trabajo.

¹⁴⁰ También lo señalamos entre corchetes. En algunos casos hemos modificado este orden y propuesto otro que nos parecía más correcto.

¹⁴¹ Parece la opción más plausible. El próximo año pretendo visitar la Houghton Library para comprobarlo.

¹⁴² Consultando qué solución han propuesto otros editores de epistolarios ante este mismo problema, hemos hallado la excelente explicación que el profesor José Teruel, en su «nota a la edición» de la correspondencia entre Carmen Martín Gaité y Juan Benet, expone en un caso muy parecido al nuestro: «Las cartas van ordenadas cronológicamente y numeradas. La mayor dificultad que nos hemos encontrado en esta ordenación radica en las veinticuatro cartas sin fechar (La mayoría de Martín Gaité, tres de Juan Benet). Los criterios que me han permitido datar estas cartas son las referencias internas de la propia misiva (números 2, 23, 38, 61, 64) y las referencias a hechos y situaciones reconocibles (7, 24, 30, 32, 40, 53, 54, 55). Más fácil de fechar han sido los pocos casos en que una carta se cruza visiblemente con la siguiente (17, 29, 46, 49) o los borrosos matasellos de las postales (20, 45). En algunos casos el

este modo, acudiendo a la lógica interna de las cartas, hemos descubierto que gran parte de ellas pertenecían, por ejemplo, a la etapa de la guerra civil, y que se corresponden con las cartas de Salinas que quedaban «descolgadas». Asimismo, hemos ido reconstruyendo el epistolario, teniendo en cuenta que teníamos un corpus mucho más elevado por parte de Castro, lo que, aunque ha dificultado la tarea, tampoco la ha imposibilitado. Por estas razones proponemos un orden que consideramos fiable, pero que ha sido señalado con corchetes en el encabezamiento (ej. [1950]) en el caso de que hayamos sido nosotros los que hemos decidido colocarlas allí, para diferenciarlas de aquellas que sí tenían fecha y lugar de procedencia en el original. En algunas ocasiones, hemos anotado gracias a qué referencia hemos podido ubicar la carta, para que el lector sea siempre consciente de cómo hemos desarrollado nuestro trabajo, en el que buscamos, ante todo, coherencia y transparencia.

8.2. Criterios de transcripción

Como ya hemos indicado, en este epistolario se hallan cartas tanto manuscritas como mecanografiadas¹⁴³. Se ha señalado en la transcripción, al principio y entre corchetes, cómo hemos encontrado el documento original. Además, también se han marcado entre corchetes las palabras que no hemos conseguido descifrar en los manuscritos [ilegible]¹⁴⁴. Por otro lado, y una vez propuestas posibles soluciones para ordenar y fechar las cartas, nos encontramos con otro tipo de problemas, comunes a toda transcripción textual¹⁴⁵. Nos resulta interesante mostrar cómo se ha trabajado para llegar

orden es una hipótesis que se deriva del relato, o de la lógica interna del propio epistolario (5, 14, 38, 41, 52) que va de la conversación reanudada al soliloquio. En notas finales hago las aclaraciones pertinentes sobre las fechas propuestas». Carmen MARTÍN GAITE / Juan BENET, *Correspondencia*, ed. José TERUEL, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2011, pág. 26.

¹⁴³ La firma es siempre manuscrita. Mantenemos el formato que los autores escogen (a veces solo con el apellido, otras con nombre y apellido, etcétera)

¹⁴⁴ Aquí el plural incluye a mi director, Santiago López-Ríos, que invirtió muchas tardes en ayudarme a descubrir qué sorpresas se escondían tras los garabatos de Castro y Salinas. Le agradezco su ayuda una vez más, y nunca olvidaremos la construcción américocastrista *telehebdomadario*, que tanto debate propició.

¹⁴⁵ Esto es así hasta cierto punto. Cada género literario tiene sus particularidades, aunque la mayor parte de los desafíos ecdóticos son comunes.

a la situación en la que ahora nos encontramos. En un primer momento, se decidió llevar a cabo una «primera transcripción» ultraconservadora, que permitió obtener una visión global, una vez transcritas todas las cartas, de cuáles eran los elementos problemáticos reiterativos. Conocido esto, se decidió seguir un criterio relativamente modernizador, pero coherente ante todo. Hemos optado por este criterio porque, si no (es decir, si quisiéramos ser extremadamente conservadores y respetuosos con el original), tendríamos que cuestionarnos hasta el propio sentido de transcribir estas cartas, y si no sería más cómodo apostar, sin más, por una edición facsímil. ¿En qué situación quedaría entonces el editor, y cuál sería su papel a desempeñar? Sin duda, la grandeza y miseria de dicho oficio consiste en observar qué se debe modificar y qué no, pero si hemos convenido que existe la necesidad de dicha figura, se supone que es para intervenir en el texto. Nuestras modificaciones, por tanto, han sido las siguientes:

8.2.1. Notas

Somos conscientes de que quizá este sea el punto más polémico de nuestra investigación. Ya hemos señalado en la introducción que lo que aquí presentamos dista mucho de ser lo que pretenderíamos que fuese una publicación final o un formato de tesis doctoral, puesto que para eso se necesita un período tiempo del que no hemos dispuesto para este trabajo, que hay que realizar en menos de nueve meses. Por ese motivo, se ha tomado la decisión de anotar solo algunos nombres —no todos—, sin los cuales sería imposible comprender el contenido. Hemos escogido los antropónimos y no lugares, fechas, acontecimientos históricos, etc. porque, pese a que todas las referencias serían necesarias, consideramos que jerárquicamente estos son más necesarios. Es una opinión subjetiva y por tanto discutible, pero es obvio que una referencia histórica tiene menos peso en una carta que el nombre de quien se está hablando, aunque reconocemos que siempre existen excepciones¹⁴⁶. En algunos momentos hemos escrito pequeñas

¹⁴⁶ En cuanto a estas excepciones, es importante el hecho de justificar que hemos anotado algunos datos que no son exclusivamente antropónimos. Esto proviene de de que, como lectores, nos hemos encontrado con dificultades para entender el sentido de las cartas en algunos momentos. Sin ir más lejos, hay un momento en el que Salinas escribe anecdóticamente que ha decorado su casa siguiendo los patrones del *dime*. Esta palabra, que además coincide gráficamente con «dime», imperativo del verbo ‘decir’, es una moneda americana de diez céntimos que equivale semánticamente a lo que aquí fueron las tiendas de «veinte duros». Creemos que un lector medio culto, pero no familiarizado con una jerga americana muy específica, no entendería nunca el chiste de Salinas, y hemos decidido anotar este tipo de apreciaciones

anotaciones sobre quiénes eran estas personas. Comúnmente sólo hemos señalado el nombre y apellido, de cara a que cualquier lector sepa de quién se trata, o en su defecto pueda consultarlo con comodidad. Los criterios que hemos seguido para no anotar ciertos nombres han sido:

- 8.2.1.1. Nombres que aparecen explicados en la propia carta: *Me escribe Ransom, el director de The Kenyon Review. / Hoy salí de paseo con la pandilla de la señora Weyl (la traductora de Ortega).*
- 8.2.1.2. Nombres de difícil localización, que hemos preferido no anotar hasta tener el tiempo suficiente para hacerlo con rigurosidad en futuras investigaciones.
- 8.2.1.3. Nombres que son *extremadamente* obvios: Hitler, Mussolini, Franco, Cervantes.

8.2.2. Mayúsculas

Se ha optado en esta edición por un criterio minusculista. No nos parece productivo llenar el texto de mayúsculas, y ante la duda de qué criterios seguir ante la diferenciación, hemos preferido, en caso de duda, optar por la minúscula. Ejemplos de ello serían la palabra “Universidad”, cuando no se refiere a parte de un nombre propio de institución (Universidad de la Sorbona se mantiene) o palabras como *Censura*, *Gobierno* o *Departamento*. Se ha intentado mantener con mayúscula solo aquellas palabras en las que la Real Academia consideraría una falta ortográfica el no hacerlo (nombres propios de persona, lugar, institución, etcétera).

8.2.3. Abreviaturas

8.2.3.1. Topónimos y antropónimos

Encontramos constantes referencias a *B. Aires* o *Bs. Aires* por *Buenos Aires*, así como *N.Y.* o *N. York* (en ocasiones con punto y en ocasiones sin él, *NY*) entre muchas otras. Se ha decidido regularizar –desarrollando las siglas– tras la consulta de lo que propone la *Ortografía* de la Real Academia. De la lectura de estas líneas se desprende

que nosotros, como lectores, hemos necesitado. De nuevo sabemos que es un criterio subjetivo, pero igual de subjetiva es la lectura de cada uno de los sujetos, y por tanto, solo desde nuestra experiencia hemos podido elegir los diversos caminos. De cualquier modo, este tipo de notas son casi excepcionales.

que siempre será más correcto el uso desarrollado que sus siglas o abreviaturas. Se puede aludir, en contra de nuestro criterio, que este cambio supondría una modificación de la voluntad del autor, nada menos que un filólogo como Américo Castro; pero si acudimos a sus propias obras, encontraremos que él mismo asegura que «editar un texto significa comprenderlo e interpretarlo; por eso no basta con saber paleografía ni copiar atentamente»¹⁴⁷. No olvidemos que Américo Castro no era consciente de que estas cartas fueran a ser publicadas, y por ello seguramente no prestó la misma atención a la ortotipografía que en sus ensayos. De ese modo, quizá cuando encontramos *J.R.J.* o *JRJ* en lugar de Juan Ramón Jiménez¹⁴⁸, Castro quería que desarrollásemos la abreviatura, por las razones que él mismo expone al explicar cómo se ha de editar un texto:

Entre nosotros es todavía costumbre poner en enojosa promiscuidad al filólogo, al crítico literario, al dómene gramático, al profesor de idiomas y al erudito toca del polvo, llamado venerable de los archivos. De hecho, todos ellos pueden hacer y hacen ediciones de nuestra vieja literatura, y el gran público está privado de medios para discernir dónde se encierra la mayor competencia¹⁴⁹.

Sin duda, Américo Castro quería ver que la edición de sus cartas llega a una amplia capa de la sociedad, y que el editor que se ha propuesto mostrarlas ha cumplido con este requisito; además, hubiera corregido él mismo muchos errores de las cartas si supiera que iban a ser publicadas. Por este motivo, no mantendremos ninguna abreviatura que pueda dificultar la lectura de la obra, excepto las que acabamos de ver

¹⁴⁷ Américo CASTRO, «La crítica filológica de los textos», en *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1924 (171-197), pág. 177.

¹⁴⁸ Nos resulta coherente la decisión tomada en los criterios de edición del Proyecto Epístola, dirigido por José Carlos Mainer y que edita de una manera excelente diversos epistolarios con financiación de la Residencia de Estudiantes. Estos criterios están disponibles en cualquiera de los epistolarios editados a través de este proyecto (por ejemplo, Manuel ALTOLAGUIRRE: *Epistolario (1925-1959)*, ed. James VALENDER, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005, págs. 790-791): «En general, las abreviaturas comunes se desarrollan, con excepción de las formas “Sr.”, “D.” en encabezamientos, y “etc.”, “Mr.”, “Mrs.”, “afmo.” y otras similares». El mismo criterio se sigue en los nombres propios abreviados, cuando conviene aclararlos, y en las firmas, exceptuando la de Juan Ramón Jiménez, que se mantiene como J.R.J.». Solo mantienen, por tanto, la abreviatura en el caso de la característica firma de Juan Ramón Jiménez. En el resto de los casos optan por desarrollar. En este trabajo, por coherencia ecdótica, hemos decidido también desarrollar esta abreviatura y no realizar ninguna excepción, ya que siempre es más difícil justificar un caso concreto que una norma general.

¹⁴⁹ Américo CASTRO, «La crítica filológica de los textos», pág. 172.

que mantiene la edición del Proyecto Epístola¹⁵⁰. Además, hemos regularizado algunas alternancias gráficas como *setiembre* por *septiembre*.

8.2.4. Uso de «usted», «V.» «ud.» «vd» y plurales

Prácticamente todos los epistolarios consultados eligen unificar la voz en una sola. Mientras que Simona Munari decide hacerlo en la abreviatura «Ud.»¹⁵¹, Andrés Soria Olmedo escoge desarrollar en «usted»¹⁵². Nosotros nos decantamos por esta misma opción, regularizando todas las abreviaturas por «usted», para continuar con el desarrollo de abreviaturas que hemos presentado en los apartados anteriores. De la misma forma, optaremos por el plural «ustedes» en lugar de «uds.».

8.2.5. Uso de los tratamientos

8.2.5.1. «D.», «don», «Dña.» y «doña»

Regularizamos «D.» y «don» únicamente por «don» y «Dña.» y «doña» por «doña», siempre escritos con minúscula. Según la Ortografía de la Real Academia de la Lengua «deben hoy escribirse con minúscula inicial todos los tratamientos»¹⁵³.

8.2.5.2. «Sr.», «Sr», «Sra.»

De nuevo recurrimos a los criterios de edición del Proyecto Epístola: «En general, las abreviaturas comunes se desarrollan, con excepción de las formas “Sr.”, “D.” en encabezamientos, y “etc.”, “Mr.”, “Mrs.”, “afmo.” y otras similares»¹⁵⁴. Por tanto, solo las conservaremos en los encabezamientos y despedidas.

¹⁵⁰ Manuel ALTOLAGUIRRE, *Epistolario*, págs. 790-791.

¹⁵¹ Américo CASTRO y Marcel BATAILLON, *Epistolario (1923-1972)*, ed. Simona MUNARI, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pág. 64.

¹⁵² Pedro SALINAS y Jorge GUILLÉN, *Correspondencia*, pág. 36.

¹⁵³ *Ortografía*, pág. 470.

¹⁵⁴ Manuel ALTOLAGUIRRE, *Epistolario*, págs. 790-791.

8.2.6. Puntuación

En principio, y a no ser que se haya encontrado un error gramatical grave y objetivo, hemos decidido respetar la puntuación de los escritores, y también la separación de sus párrafos. En el caso de las correcciones que se han hecho, que son muy escasas, hemos decidido no señalarlas en el texto para no dificultar su lectura, puesto que solo hemos modificado erratas muy obvias. Sí hemos hecho hincapié en ciertas cuestiones a lo largo del epistolario, que pasamos a continuación a comentar:

8.2.6.1. Signos principales de exclamación, interrogación y guiones

Américo Castro y Pedro Salinas usan, en ocasiones y al modo inglés, solo los signos finales de exclamación e interrogación, así como dos guiones en lugar de uno solo al principio de la aclaración. Unificamos según la ortografía española restituyendo todos los signos en el principio y final de la oración.

8.2.6.2. Línea en blanco después del encabezamiento y uso de dos puntos.

En algunas ocasiones los autores no dejan espacio entre el encabezamiento y el comienzo del cuerpo de la carta, y además utilizan una coma en lugar de dos puntos por el influjo epistolar anglosajón. Hemos regularizado los encabezamientos según la gramática española, con el uso de dos puntos y una línea en blanco que lo diferencie¹⁵⁵.

8.2.6.3. Normas de puntuación en despedidas

Según la Gramática de la Real Academia Española «no llevan punto al final los nombres de autor en cubiertas, portadas, prólogos, firmas de cartas y otros documentos, o en cualquier otra ocasión en que aparezcan solos en una línea»¹⁵⁶. Por tanto, no se pondrá punto tras la firma de los autores en las cartas.

8.2.7. Acentuación

Se regulariza según las normas de la Real Academia¹⁵⁷.

¹⁵⁵ «Se emplean dos puntos tras las fórmulas de saludo en el encabezamiento de cartas y documentos. En este contexto, la palabra que sigue a los dos puntos, y que inicia el cuerpo de la carta, se escribe con inicial mayúscula y en renglón aparte» (*Ortografía*, pág. 362).

¹⁵⁶ *Ibíd.*, pág. 296.

¹⁵⁷ «La palabra *solo*, tanto cuando es adverbio como cuando es adjetivo, así como los demostrativos *este*, *ese*, y *aquel*, con sus femeninos y plurales, funcionen como pronombres o como determinantes, son voces que no deben llevar tilde según las reglas generales de acentuación, bien por ser bisílabas llanas terminadas en vocal o en –s, bien en el caso de *aquel*, por ser aguda y acabada en consonante distinta de *n* o *s*» (*Ortografía*, pág. 269).

CRITERIOS ORTOTIPOGRÁFICOS

8.2.8. Cursiva

Se utilizará la letra cursiva en lugar de la redonda para:

8.2.8.1. Títulos de obras

Se han señalado en cursiva los títulos de las obras, aun en aquellos casos en los que no estuvieran subrayados o entre comillas en el original. Se han respetado asimismo los acortamientos del título de obras manteniendo la cursiva («¿leyó usted lo de Spitzer sobre el *Cid* en *NRFH*?»).

8.2.8.1.1. Extranjerismos

Se escribirán en cursiva «las palabras o expresiones de idiomas extranjeros usadas circunstancialmente en español»¹⁵⁸. En nuestro epistolario, debido al enorme conocimiento de Américo Castro y Pedro Salinas de idiomas como el inglés, francés, latín o alemán, existen numerosos ejemplos de ello. Se han traducido algunas palabras y frases.

8.2.8.1.2. Énfasis

Se mantendrá la intención de los autores de resaltar ciertas palabras mediante la cursiva, aunque en las cartas manuscritas y mecanografiadas ellos lo indiquen subrayando el texto. De manera excepcional, hemos añadido cursiva para resaltar un énfasis en palabras extrañas, malsonantes o muy enfáticas que pensamos que lo requerían. Se han indicado en el texto.

8.2.9. Versalitas

Se respetará lo que mantiene Martínez de Sousa en su manual. De este modo, «se escriben con versalitas las cifras romanas de palabras que se escriben con minúscula inicial, como los siglos, milenios, dinastías, volúmenes, tomos, páginas prologales, etcétera»¹⁵⁹. Asimismo, también se utilizará la versalita para la firma de los autores.

8.2.10. Números en textos y encabezados

8.2.10.1. Fechas

En cada carta se encuentran de una forma, alternando números romanos con arábigos y cifras con palabras. Unificaremos las fechas poniendo el día con número, el

¹⁵⁸ José MARTÍNEZ DE SOUSA, *Ortografía y ortotipografía del español actual*, Gijón, Trea, 2014, pág.423.

¹⁵⁹ «Los apellidos (generalmente no el nombre) en las firmas de prólogos, artículos y noticias en publicaciones periódicas, poesías, citas, cartas, lemas, etcétera»¹⁵⁹. *Ibíd.*, pág. 417.

mes con letra y el año con número completo, para no perjudicar la coherencia textual (ej. 17 de noviembre de 1936)¹⁶⁰.

8.2.10.2. Números

Nos parece muy acertada la solución que propone la Real Academia Española al respecto¹⁶¹. Si algo tenemos claro tras estudiar la obra de Américo Castro, es que querría que sus textos fuesen editados de manera «elegante». Por ese motivo escogemos la opción de escribir las cantidades con palabras en lugar de números («Sí, aquí me invitó la Cultural, hablé ya en Buenos Aires, y ahora peroro en esta las 3 conferencias de rigor, mucha tarea y porvenir incierto»¹⁶² o «Y todavía en los 13 puntos de Negrín aparece lo de los estatutos regionales como algo que afirmara la unidad nacional»¹⁶³).

¹⁶⁰ No todos los autores están de acuerdo respecto a este punto. Mientras que José Luis Bernal Salgado, en su edición del epistolario *Pedro Salinas, Gerardo Diego, Jorge Guillén* (Valencia, Pretextos, 1996, pág. 33) afirma en sus criterios que «en este sentido, también respetamos las particulares y diversas maneras de datar las cartas», no comparte la misma opinión el Proyecto Epístola: «En las fechas se cita el mes en letra y el año completo. Fechas y firmas se regularizan situándolas, respectivamente, en las partes superior derecha e inferior derecha de la carta». Nos parece más apropiada y coherente esta última opción.

¹⁶¹ «La elección de cifras o de palabras en la escritura de los números depende de factores muy diversos, como el tipo de texto de que se trate, la complejidad del número que se deba expresar o el contexto de uso. De manera general puede afirmarse que en textos científicos y técnicos es más normal el empleo de cifras por su concisión y claridad, y resulta obligado cuando los números se utilizan en lenguajes formales [...]. Por las mismas razones de concisión y claridad, en carteles, etiquetas, titulares periodísticos y textos publicitarios es también general el empleo de cifras. En cambio, en obras literarias y textos no técnicos en general, resulta preferible y más elegante, salvo que se trate de números muy complejos, el empleo de palabras en lugar de cifras» (Ibíd., págs. 682-683).

¹⁶² CASTRO, carta del 17 de noviembre de 1936.

¹⁶³ SALINAS, 16 de junio de 1938.

^a En los últimos años se está llevando a cabo un auténtico redescubrimiento del *mundo epistolar*, que hasta el momento se había infravalorado o considerado un elemento no tan literario como las propias obras de los autores. Si bien es cierto que las cartas no son un subgénero narrativo «al uso», es innegable el papel fundamental que estas desempeñan a la hora de esclarecer ciertas cuestiones relacionadas con la biografía o la crítica literaria. De este modo, han surgido desde diversos ámbitos proyectos que intentan reivindicar la importancia de la correspondencia, y colocar estos documentos en la «posición académica» que merecen. Ejemplo de ello son, por ejemplo, el proyecto «Epístola» (Accesible en <http://www.janusdigital.es/anexos/contribucion/descargar.htm;jsessionid=2C9B535FEF7195AAF0348277AE9F08EF?id=18> última visita 15 de mayo de 2015, dirigido por José Carlos Mainer**) u otras iniciativas universitarias como la realizada por el profesor José Teruel desde la Universidad Autónoma de Madrid, quien dirige un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad que recibe el nombre de «Epistolarios, memorias, diarios y otros géneros autobiográficos de la cultura española del Medio Siglo». Y esto no solo ocurre a nivel nacional, sino que revistas internacionales y de reciente creación, como *Cuadernos Aispi* –promovida por la Asociación de hispanistas italianos que dirige Maria Vittoria Calvi– han dedicado su tercer número a estudios monográficos sobre epistolarios (<http://www.aispi.it/magazine/issues/3-slash-2014-epistolarios-del-siglo-xx> última visita 11 de abril de 2015). En noviembre y diciembre de 2014 asistimos, asimismo, a la presentación en la Biblioteca Nacional de dos epistolarios: el primero de ellos, el de Ramón y Cajal, lo que demuestra que el interés de los epistolarios se extiende a otros campos, más allá de lo meramente filológico y literario; el segundo, entre el gran intelectual Gonzalo Sobejano y Miguel Delibes. Además, el 25 de junio de 2014 tanto la página web de la Universidad Complutense como su periódico, *La Tribuna Complutense*, aseguraron que dicha universidad «colaboraría en la digitalización del romancero y el epistolario de Ramón Menéndez Pidal», proyecto dirigido por el profesor Antonio Cid y que, en lo que a este trabajo interesa, se ha centrado en sacar a la luz la correspondencia entre Pidal y Américo Castro, lo que demuestra la vigencia y máxima actualidad de nuestra investigación, que se complementa con la tarea de otros reputados filólogos.

Asimismo, este renovado interés por la epístola ha dado lugar a que, en los últimos años, se haya publicado una enorme cantidad de correspondencias, de las que intentaremos dar cuenta resumidamente. En primer lugar, adquieren una relevancia fundamental los múltiples epistolarios de autores hispanoamericanos que se han editado en los últimos años: *Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes* ed. I. ZAITZEFF, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009; *Cartas de amor: cartas a Matilde Urrutia (1950-1973) / Pablo Neruda*, ed. Darío OSES, Barcelona, Seix Barral, 2010; *Discreta efusión: Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges, 1923-1959: correspondencia y crónica de una amistad*, ed. Carlos GARCÍA, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt am Main, Vervuert, 2010; *Correspondencia completa. César Vallejo*, ed. Jesús CABEL, Valencia, Pre-Textos Perú, 2011; *El río y el mar: correspondencia (1939-1969), José María Arguedas / Emilio Adolfo Westphalen*, ed. Inés WESTPHALEN ORTIZ, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2012, entre muchísimos otros. Por otro lado, en este mismo trabajo hemos utilizado diversas ediciones de epistolarios de autores españoles. Las recogemos

brevemente para que el lector se haga una idea del estallido epistolar que venimos viviendo en los últimos años: Pedro SALINAS, *Cartas a Katherine Whitmore (1932-1947)*, ed. Enric BOU, Barcelona, Tusquets, 2002; Manuel Altolaguirre: *Epistolario (1925-1959)*, ed. James VALENDER, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005; *Epistolario Joan Coromines & Ramón Menéndez Pidal*, ed. José Antonio PASCUAL coord. José Ignacio PÉREZ, Barcelona, Curial, 2006; Juan Ramón Jiménez, *epistolario I (1898-1916)*, ed. Alfonso ALEGRE HEITZMANN, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006; Vicente Huidobro: *correspondencia con Gerardo Diego, Juan Larrea y Guillermo de Torre (1918-1947)*, ed. Gabriele MORELLI, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008; *Epistolario Antonio Machado*, ed. Jordi DOMENECH, introd. Carlos BLANCO AGUINAGA, Barcelona, Octaedro, 2009; Jorge GUILLÉN: *Cartas a Germaine (1919-1935)*, ed. Margarita Ramírez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010; *Carmen Martín Gaité / Juan Benet: Correspondencia*, ed. José TERUEL, Galaxia Gutenberg, Barcelona, Círculo de Lectores, 2011; Juan Ramón Jiménez, *epistolario II (1916-1936)*, ed. Alfonso ALEGRE HEITZMANN, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 20012; *Américo Castro y Marcel Bataillon: Epistolario (1923-1972)*, ed. Simona MUNARI, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012; *Dámaso Alonso-Marcel Bataillon: un epistolario en dos tiempos: 1926-1935, en torno al «Enquiridion», 1949-1968, en torno al hispanismo*, edición, introducción, notas y coordinación, Estrella RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO; apéndice I, Javier ESPEJO SURÓS; apéndice II, Alicia NIETO OÍFFER, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2013. *Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)*, ed. Iker GONZÁLEZ-ALLENDE, Woodbridge, Tamesis, 2014; *Miguel Delibes, Gonzalo Sobejano: correspondencia (1960-2009)*, introd. Nora GLICKMAN; ed. Amparo MEDINA-BOCOS, Valladolid, Fundación Miguel Delibes, 2014; *Santiago Ramón y Cajal: epistolario*, ed. Juan Antonio FERNÁNDEZ SANTARÉN, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014.

** Cuando este trabajo está muy próximo a entregarse –estamos hablando de la fecha de 7 de junio de 2015– asistimos a la publicación de un artículo periodístico vital, y que no puede dejarse fuera, pues viene a justificar una vez más la investigación que estamos realizando y su máxima actualidad. El artículo (José Carlos MAINER, «Al rescate de la intimidad», *El País*, 7 de junio de 2015, pág. 10), que lleva como introducción las siguientes palabras, «Proliferan en los últimos años epistolarios, biografías y memorias. ¿Ha dejado de ser España ese país pudoroso, de escaso culto a lo privado?», relata la situación de los géneros autobiográficos en nuestro país, y la necesidad de investigar la intimidad de los autores si queremos alcanzar un conocimiento riguroso de la historia y la literatura: «La pelea entre la escritura íntima y el pudor casi siempre acaba en España con la victoria del segundo. Y eso tiene bastante que ver con la suerte de las autobiografías, correspondencias y biografías... Nada más decepcionante y superficial que las breves memorias que Galdós dictó en 1915, casi al final de su vida. Casi tan livianas como lo son, pese a su gracejo, las de Rafael Alberti, *La arboleda perdida* [...] En este país de escaso culto a la intimidad también se ha tardado mucho en lograr que las vidas privadas eminentes llegaran a ser un bien público. Pocas instituciones acogen legados escritos y pocas familias los conservan y los venden; hasta no hace mucho, era más frecuente encontrar papeles valiosos en los tenderetes del Rastro que en las bibliotecas. La inevitable censura de lo confesional ha sido frecuente, casi siempre por hipocresía e ignorancia, aunque alguna que otra vez con razones muy legítimas (como ha sucedido en el caso ejemplar de Federico García Lorca; mucho de esas prevenciones se traslucen en las preciosas páginas de *Recuerdos*

míos, las pudorosas pero desgarradas memorias de su hermana Isabel). Pero los tiempos han cambiado y hoy la publicación de epistolarios de escritores ya no es una novedad. De los muchos empeños editados o en marcha (que han modificado nuestro conocimiento de sus autores), citaré solamente algunos de los más recientes: la *Correspondencia* de Juan Valera (bajo la dirección de Leonardo Romero), el *Epistolario completo* de Unamuno (a punto de salir su primer tomo, en edición definitiva de Colette y Jean Claude Rabaté), la *Correspondencia* entre Pedro Salinas y Jorge Guillén (por Andrés Soria y Enric Bou), el *Epistolario completo* de Luis Cernuda (obra de James Valender) y el *Epistolario* de Juan Ramón Jiménez (que —a falta de un volumen— ha compilado Alfonso Alegre Heitzmann)... De añadidura, los dos últimos libros citados forman parte de un proyecto de investigación y edición, “Epístola”, que promueve desde 2001 —con destino a la red y en algún caso, a la imprenta— la Fundación Giner de los Ríos, con la colaboración de la Residencia de Estudiantes».

*** Igual de interesante es otro artículo, también de máxima actualidad, en el que Winston Manrique Sabogal afirma «El amor sin límites de Vicente Aleixandre por Miguel Hernández: La edición del epistolario inédito del Nobel obliga a mirar su obra poética con otra luz. Más de medio siglo estuvo oculto en la oscuridad de un baúl de haya el amor de Vicente Aleixandre por Miguel Hernández». En el texto, de innegable calidad poética pese a ser epistolar, encontramos cosas como «Me alegró mucho tu carta. Qué bocanada de tu caliente tierra; qué chirriar de chicharras y qué frescura de río, y qué oreo de piel mojada me trajo tu carta, Miguel». (Winston MANRIQUE SABOGAL, «El amor sin límites de Vicente Aleixandre por Miguel Hernández», *El País*, 31 de mayo de 2015, pág. 35)». Una vez más, estas noticias ponen de manifiesto la necesidad de editar correspondencias privadas si queremos entender la literatura de nuestros clásicos: «“llegó a confesarle su dolorosa soledad y su desaliento por no poder declarar y disfrutar del amor libremente”, continúa el experto [Jesucristo Riquelme]. Tal vez, agrega, lo más relevante de sus confidencias estriba en que proporciona la clave para comprender mejor su poesía inicial, “en especial *La destrucción o el amor* y su anterior *Espadas como labios*: Miguel Hernández por un lado, pero también Lorca o Cernuda estaban en el secreto de los sentimientos que pregonaba el primer Aleixandre”» (ibíd.).

Bibliografía

- ALONSO, Dámaso y Marcel BATAILLON: *Dámaso Alonso-Marcel Bataillon: un epistolario en dos tiempos: 1926-1935, en torno al «Enquiridion», 1949-1968, en torno al hispanismo*, edición, introducción, notas y coordinación, Estrella RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO; apéndice I, Javier ESPEJO SURÓS; apéndice II, Alicia NIETO OÏFFER, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2013.
- ALTOLAGUIRRE, Manuel: *Epistolario (1925-1959)*, ed. James VALENDER, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005.
- ARAYA, Guillermo: *El pensamiento de Américo Castro*, Madrid, Alianza, 1983.
- ASENSIO, Eugenio: *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona, Crítica, 1992.
- BARBAGALLO, Antonio: «Elementos futuristas en la poesía de Pedro Salinas», *Atti del XX Convegno [Associazione Ispanisti Italiani]*, coord. Domenico Antonio CUSATO, Loretta FRATTALE, vol. I (La penna di venere: scritture dell'ammore nelle culture iberiche, 2002), págs. 45-58.
- BECK-BUSSE, Gabriele, Arno GIMBER y Santiago LÓPEZ-RÍOS: *Señoritas en Berlín = Fräulein in Madrid: 1918-1939*, Berlín, Hentrich & Hentrich, 2014.
- BLECUA, José Manuel: «Una charla con Pedro Salinas», *Ínsula*, 70 (1951), págs. 2-4.
- BERNABÉU ALBERT, Salvador: «“Un señor que llegó del Brasil”. Américo castro y la realidad histórica de América», *Indias*, 226 (2002), págs. 651-674.
- BORGES, Jorge Luis: «Las alarmas del doctor Américo Castro», en *Otras inquisiciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 [1952], págs. 47-55.
- BOU, Enric: «Defensa de la voz epistolar: registro y variedad en las cartas de Pedro Salinas», *Revista Monteagudo*, 3 (1998) págs. 37-68.
- . «En los linderos de lo postmoderno», en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea (1914-1939)*, vol. VII, coord. Agustín SÁNCHEZ VIDAL, Primer suplemento, Barcelona, Crítica, 1995, págs. 229-232.
- CANITO, Enrique: «Pedro Salinas, profesor en Sevilla», *Ínsula*, 74 (1952), págs. 4-8.

- CASTILLA, Carmen: *Diario de viaje a Estados Unidos. Un año en Smith College (1921-1922)*, ed. Santiago LÓPEZ-RÍOS, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2012.
- CASTILLEJO, José: *Los intelectuales reformadores de España. El epistolario de José Castillejo. I. Un puente hacia Europa (1896-1909)*. Madrid, Castalia, 1997.
- CASTRO, Américo: *De la edad conflictiva: Crisis de la cultura española en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1976.
- . «El drama de la honra en la literatura dramática», en *De la edad conflictiva, crisis de la cultura española en el siglo XVII*, Madrid, Taurus, 1976, págs. 49-95.
- . *España en su historia: ensayos sobre historia y literatura*, ed. José MIRANDA, Madrid, Trotta, 2004.
- . «La crítica filológica de los textos», en *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1924, págs. 171-197.
- . *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Madrid, Taurus, 1961.
- . *La Realidad Histórica de España*, México, Porrúa, 1982.
- CASTRO, Américo y Marcel BATAILLON: *Epistolario (1923-1972)*, ed. Simona MUNARI, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- CELA, Camilo José: «Sobre España, los españoles y lo español», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, XXXVI, París, mayo-junio 1959, págs. 9-18.
- CERNUDA, Luis: *Ocnos*, ed. Francisco BRINES, Madrid, Huerga y Fierro, 2002.
- CIANFANELLI, Giuditta: «Arabismo y cosmopolitismo estético en el escritor Valle-Inclán», *Quaderns de la Mediterrània*, XVIII-XIX, 2013, págs. 337-342.
- COROMINES, Joan y Ramón MENÉNDEZ PIDAL: *Joan Coromines & Ramón Menéndez Pidal*, ed. José Antonio PASCUAL coord. José Ignacio PÉREZ, Barcelona, Curial, 2006.

- CORREA, Gustavo: «El contemplado», en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea (1914-1939)*, vol. VII, coord. Víctor GARCÍA DE LA CONCHA, Barcelona, Crítica, 1984, págs. 322-326.
- CROSS NEWMAN, Jean: *Pedro Salinas y su circunstancia*, Madrid, Páginas de Espuma, 2004.
- DELIBES, Miguel y Gonzalo SOBEJANO: *Miguel Delibes, Gonzalo Sobejano: correspondencia (1960-2009)*, introd. Nora GLICKMAN; ed. Amparo MEDINA-BOCOS, Valladolid, Fundación Miguel Delibes, 2014.
- DIEGO, Gerardo: *Poesía española [antología]*, ed. José TERUEL, Madrid, Cátedra, 2007.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier: «Pedro Salinas y Jorge Guillén, dos voces a nivel», *Monteagudo*, 11 (1993), págs. 60-62.
- ENA, Ángela: *Valle-Inclán y la religión*, Madrid, Ediciones del Orto, 2006.
- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de: *Pérdida de la Universidad española*, Bilbao, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, 1938.
- ESCARTÍN GUAL, Montserrat: «Garcilaso de la Vega y Pedro Salinas: *La voz a ti debida*», *Revista de Literatura*, julio-diciembre, vol. LXX, 140 (2008), págs. 553-575.
- . «Un archivo disperso: los papeles de Pedro Salinas», en *Crítica genética y edición de manuscritos contemporáneos*, ed. Bénédicte VAUTHIER, y Jimena GAMBA CORRADINE, Salamanca, Universidad Salamanca, 2012, págs. 193-208.
- FOUCAULT, Michel : «Qu'est-ce que c'est un auteur?», *Littoral*, 9, 1983 (3-32).
- GILMAN, Stephen: «El proemio a *La voz a ti debida*», en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea (1914-1939)*, vol. VII, coord. Víctor GARCÍA DE LA CONCHA, Barcelona, Crítica, 1984, págs. 317-321.
- GIMBER, Arno, Isabel PÉREZ-VILLANUEVA y Santiago LÓPEZ-RÍOS: «Las mujeres como protagonistas de los intercambios científicos-educativos hispanoalemanes en la época de entreguerras», en *Traspassar fronteras: un siglo de intercambio*

científico entre España y Alemania, coord. Sandra REBOK, España, CSIC, 2010, págs. 193-213.

GOYTISOLO, Juan: *Don Julián*, ed. Linda GOULD LEVINE, Madrid, Cátedra, 2004.

———. *España y los españoles*, ed. Ana NUÑO, Barcelona, Lumen, 2002.

———. «Fe de erratas», *El País*, Madrid, 27 de noviembre de 2004.

———. «Supervivencias tribales en el medio intelectual español» en *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, ed. Pedro LAÍN ENTRALGO, Madrid, Taurus, 1971, págs. 143-156.

GUILLÉN, Claudio: «La escritura feliz: literatura y epistolaridad», en *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona, Tusquets, 1998, págs. 177-233.

———. «Pedro Salinas: el ansia de verdad», en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea (1914-1939)*, vol. VII, coord. Agustín SÁNCHEZ VIDAL, Primer suplemento, Barcelona, Crítica, 1995, págs. 224-229.

GUILLÉN, Jorge: *Cartas a Germaine (1919-1935)*, ed. Margarita RAMÍREZ, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

———. «La primera trilogía de Pedro Salinas», en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea (1914-1939)*, vol. VII, coord. Víctor GARCÍA DE LA CONCHA, Barcelona, Crítica 1984, págs. 310-312.

HUERTA CALVO, Javier: «De doña Mencía de Acuña a Mencía la guardia civil: actualidad y actualización de la tragedia de honor» en *El personaje teatral: la mujer en las dramaturgias masculinas en los inicios del siglo XXI*, ed. J. ROMERA CASTILLO, Madrid, Visor, 2009, págs. 101-113.

———. «Honra, cuernos, deber (de Calderón a Ernesto Caballero)» en *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*, ed. J. ÁLVAREZ BARRIENTOS, A. MADROÑAL DURÁN y C. MENÉNDEZ ONRUBIA, Madrid, CSIC, 2009, págs. 365-376.

HUIDOBRO, Vicente: *Correspondencia con Gerardo Diego, Juan Larrea y Guillermo de Torre (1918-1947)*, ed. Gabriele MORELLI, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008.

- JIMÉNEZ, Juan Ramón: *Epistolario I (1898-1916)*, ed. Alfonso ALEGRE HEITZMANN, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.
- . *Epistolario II (1916-1936)*, ed. Alfonso ALEGRE HEITZMANN, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2012.
- LIZANO, Jesús: *Lizania: aventura poética (1945-2000)*, Barcelona, Lumen, 2001.
- LÓPEZ-BARALT, Luce: «Acerca del *aroma del Yemen* en las letras del Siglo de Oro y de la dificultad de su estudio», *Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH*, ed. Patrizia BOTTA, vol. I, 2012, págs. 65-81.
- . *Asedios a lo indecible: San Juan de la Cruz canta al éxtasis transformante*, Madrid, Trotta, 1998.
- . «La matizada occidentalidad de España» en *Huellas del Islam en la literatura española*, Madrid, Hiperión, 1989, págs. 15-42.
- . *Luz sobre luz*, Madrid, Editorial Trotta, 2014.
- . «“Melibeo soy”: La voz a ti debida de Pedro Salinas como reflexión ontológica», *La Torre VII* (1994), págs. 563-599.
- LLORENS, Vicente: *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, España, Biblioteca del Exilio, 2006.
- LLUCH-PRATS, Javier: «Las variantes de autor en el proceso genético y editorial del texto literario contemporáneo», *Lapurdum*, 13 (2009) págs. 233-244.
- LÓPEZ-RÍOS, Santiago: *Hacia la mejor España. Los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad*, Barcelona, Bellaterra, 2015.
- . «"Und das Leben ist sicherlich grösser als die Philologie": Américo Castro y Francisco Giner de los Ríos», *Romance Philology*, 68 (2014), págs. 1-22.
- LÓPEZ-RÍOS, Santiago y Juan Antonio GONZÁLEZ CÁRCELES: *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República: Arquitectura y Universidad durante los años 30*. Madrid, SECC-Ayuntamiento de Madrid-Ediciones de Arquitectura, 2009.

- MACHADO, Antonio: *Epistolario*, ed. Jordi DOMENECH, introd. Carlos BLANCO AGUINAGA, Barcelona, Octaedro, 2009.
- MAINER, José Carlos: «Al rescate de la intimidad», *El País*, 7 de junio de 2015, pág. 10.
- MANRIQUE SABOGAL, Winston: «El amor sin límites de Vicente Aleixandre por Miguel Hernández», *El País*, 31 de mayo de 2015, pág. 35.
- MARÍAS, Julián: «La pasión intelectual», *Papeles de Son Armadans* 37, 110 (1965), pág. 138.
- . «Peligros para el escritor», *ABC*, 21 de mayo de 1992, pág. 3.
- . *Una vida presente. Memorias 2*. Madrid, Alianza, 1989.
- MARICHAL, Juan: «Pedro Salinas y su Contemplado» en *Tres voces de Pedro Salinas*. Barcelona, Taller de Ediciones, 1976, págs. 51-69.
- MARINO, Nancy: «Américo Castro en Houston: 1955-59», *Azafra*, 2, 1989, págs. 131-196.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco: «Lección hodierna de la tolerancia medieval», en *La memoria de Sefarad. Historia y cultura de los sefardíes*, coord. Pedro PIÑERO RAMÍREZ, Sevilla, Fundación Machado, 2007, págs. 327-340.
- MARTÍN GAITE, Carmen y Juan BENET: *Correspondencia*, ed. José TERUEL, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Madrid, Círculo de Lectores, 2011.
- MENÉNDEZ PIDAL: «España entre la Cristiandad y el Islam», en *Mis páginas preferidas. Estudios lingüísticos e históricos*, Madrid, Gredos, 1957.
- MUÑOZ MARQUINA, Francisco: «Judíos, moros y cristianos en los últimos *Episodios* de Galdós: España en el imaginario galdosiano», en *El pensamiento de Américo Castro. La tradición corregida por la razón*, Congreso Internacional en homenaje a Américo Castro en el 70 Aniversario del inicio del exilio de 1939 (14 al 16 de octubre de 2009, Madrid). Accesible en:
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-pensamiento-de-americo-castro-la-tradicion-corregida-por-la-razon--0/html/59a331f7-5fa5-495f-a76b-5faaf159cfbf_66.html#I_7 (Último acceso 1 de junio de 2015).

- NAVARRO DOMÍNGUEZ, Eloy: «Entre el paisaje y el símbolo: la ciudad norteamericana en la poesía de Pedro Salinas», *Revista de Estudios Norteamericanos*, 4 (1995), págs. 203-216.
- NERUDA, Pablo: *Cartas de amor: cartas a Matilde Urrutia (1950-1973)* ed. Darío OSES, Barcelona, Seix Barral, 2010.
- PAGÉS-RANGEL, Roxanna: *Del dominio público: Itinerario de la carta privada*. Ámsterdam, Rodopi, 1997.
- PAULINO AYUSO, José: «El contemplado de Pedro Salinas», *Ciencias de las religiones*, Anejos, 6 (2001), págs. 57-81.
- PUIG-SAMPER, Miguel Ángel: *Tiempos de investigación: JAE-CSIC cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007.
- PULIDO TIRADO, Genara: «La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica», en *Biblioteca Cervantes Virtual* <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica4/html/> (Último acceso 15 de mayo de 2015).
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago: *Santiago Ramón y Cajal: epistolario*, ed. Juan Antonio FERNÁNDEZ SANTARÉN, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014.
- REYES, Alfonso: *Discreta efusión: Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges, 1923-1959: correspondencia y crónica de una amistad*, ed. Carlos GARCÍA, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, 2010.
- . *Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes* ed. I. ZAITZEFF, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009.
- RIERA, Carme: «Grandeza y miseria de la epístola» en Marina MAYORAL (coord.) *El oficio de narrar*, Madrid, Cátedra / Ministerio de Cultura, 1989, págs. 147-158.
- RIVAS, Laura: «Memorias de puño y letra», *El País Semanal*, 22 de marzo de 2015, págs. 49-53.
- ROCA SIERRA, Marcos: «Retórica del discurso epistolar». En *Investigaciones Semióticas III. Retórica y lenguajes*, Madrid, UNED, 2 (1990) págs. 327-34.

- RODRÍGUEZ-LÓPEZ, Carolina y Daniel VENTURA HERRANZ: «De exilios y emociones», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, diciembre 2014, págs. 113-138.
- RODRÍGUEZ-LÓPEZ, Carolina y José M. FARALDO: «Introduction», en *Reconsidering a Lost Intellectual Project: Exiles Reflection on Cultural Differences*, Newcastle upon tyne, Cambridge Scholars Publishing, 2012, págs. 2-10.
- RUBIO MARTÍN, María: «La teoría poética de Pedro Salinas», en *Pedro Salinas: estudios sobre su praxis y teoría de la escritura*, Estudios de Literatura y Pensamiento Hispánicos, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1991, págs. 147-173.
- SALINAS, Jaime. *Travesías: memorias (1925-1955)*, Barcelona, Tusquets, 2003.
- SALINAS, Pedro: *Aventura poética*, ed. David L. STIXRUDE, Madrid, Cátedra, 1990.
- . *Cartas a Katherine Whitmore (1932-1947)*, ed. Enric BOU, Barcelona, Tusquets, 2002.
- . *Cartas de amor a Margarita: (1912-1915)*, ed. Solita SALINAS DE MARICHAL, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- . *El defensor*, ed. Juan MARICHAL, Madrid, Alianza, 1984.
- . *Obras completas I: Poesía, Narrativa, Teatro*, ed. Enric BOU y Montserrat ESCARTÍN, Madrid, Cátedra, 2007.
- . *Obras completas III: Epistolario*, ed. Enric BOU y Montserrat ESCARTÍN, Madrid, Cátedra, 2007.
- . *Poesías completas*. Barcelona, Seix Barral, 1971.
- . «Poética», en Gerardo DIEGO: *Poesía española [antología]*, ed. José TERUEL, Madrid, Cátedra, 2007, (238-240), pág. 239.
- . *Volverse sombra y otros poemas*, ed. Juan MARICHAL, Milano, All’Insergna del Pesce d’Oro, 1957.
- SALINAS, Pedro y Jorge GUILLÉN: *Correspondencia (1923-1951)*, ed. Andrés SORIA, Barcelona, Tusquets, 1992.

- SALINAS, Soledad: «Introducción», en *Cartas de amor a Margarita: (1912-1915)*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, págs. 12-29.
- SAMPEDRO, Javier: «El misterio de las 12.000 cartas perdidas de Ramón y Cajal», *El País*, 6 de diciembre de 2014 (edición digital accesible en http://elpais.com/elpais/2014/12/05/ciencia/1417797116_115510.html Último acceso 25 de marzo de 2015).
- SORIA OLMEDO, Andrés: «Dos voces a nivel», en SALINAS, Pedro y Jorge GUILLÉN *Correspondencia (1923-1951)*, Barcelona, Tusquets, 1992, págs. 23-30.
- . «Pedro Salinas, Jorge Guillén: Introducción», en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea (1914-1939)*, vol. VII, coord. Agustín SÁNCHEZ VIDAL, Primer suplemento, Barcelona, Crítica 1995, págs. 197-217.
- SPITZER, Leo: «El conceptismo interior de Pedro Salinas», en *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 1941, págs. 189-246.
- TERUEL BENAVENTE, José: «Una historia de apropiaciones: recepción del 98», *Letras Peninsulares* (número monográfico: *At the Millennium: Spanish Literary History and Literary and Cultural Criticism*), Davidson College, XII, 1 (1999), págs. 91-105.
- TRIGUEROS-RAMOS y Luis LÓPEZ: *El Público (De un drama en 5 actos) de Federico García Lorca*, Estados Unidos, autoeditado, 2013.
- VALLE-INCLÁN, Ramón del: *Luces de bohemia*, ed. Alonso ZAMORA VICENTE y «Guía de lectura» Joaquín del VALLE-INCLÁN, Barcelona, Austral, 2014 [1961].
- VALLEJO, César: *Correspondencia completa*, ed. Jesús CABEL, Valencia, Pre-Textos Perú, 2011.
- VARA FERRERO, Natalia: *La narrativa de Pedro Salinas*, Universidad del País Vasco, 2008 (tesis doctoral dirigida por Juan José LANZ RIVERA).
- VEGA, Lope de: *El castigo sin venganza*, ed. Antonio CARREÑO, Madrid, Cátedra, 2010.

ZAMORA VICENTE, Alonso: «La pasión de lo ibérico en Américo Castro», en *Los poetas en sus versos: desde Jorge Manrique a García Lorca*, coord. Tomás NAVARRO TOMÁS, Barcelona, Ariel, 1982 [1949], págs. 28-29.

ZUBIAURRE, Pilar de: *Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)*, ed. Iker GONZÁLEZ-ALLENDE, Woodbridge, Tamesis, 2014.

Fuentes bibliográficas empleadas en la elaboración de la cronología

CROSS NEWMAN, Jean: *Pedro Salinas y su circunstancia*, Madrid, Páginas de Espuma, 2004.

DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier: «Pedro Salinas, selección y comentarios», en *Antología comentada de la Generación del 27*, Madrid, Colección Austral, Espasa Calpe, 1998, págs. 93-98.

SALINAS, Pedro: *Obras completas I: Poesía, Narrativa, Teatro* ed. Enric BOU y Montserrat ESCARTÍN, Madrid, Cátedra, 2007.

SORIA, Andrés: *Diccionario biográfico español*, XLV, Madrid, Real Academia de la Historia, 2013, págs. 323-326.

VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Diccionario biográfico español*, XII, Madrid, Real Academia de la Historia, 2010, págs. 692-696.

VILLANUEVA, Darío y Margarita SANTOS ZAS: *Cronología de la literatura española*, vol. IV, Siglo XX (primera parte), Madrid, Cátedra, 1997.

Fuentes digitales

Blog de la Residencia de Estudiantes:

<http://la-residencia-de-estudiantes.blogspot.com.es/2012/12/el-grupo-de-los-alacres-luis-bunuel.html> (entrada del martes, 11 de diciembre de 2012; último acceso: 27 de marzo de 2015).

ALONSO, Dámaso: *Vida de don francisco de Medrano*, discurso leído tras su incorporación a la Real Academia el día 25 de enero de 1948 (Accesible en: http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_ingreso_Damaso_Alonso.pdf Último acceso: 1 de abril de 2015).

DABUSTI, Teresa María: «Trayectoria de Lorenzo Luzuriaga en Losada, una editorial de éxito», pág. 395 (Accesible en: http://institucional.us.es/revistas/contemporanea/9_10_II/art_7.pdf Último acceso 28 de marzo de 2015)

CRONOLOGÍA DE PEDRO SALINAS / AMÉRICO CASTRO

Año	Acontecimientos biográficos		Acontecimientos literarios ¹	Acontecimientos históricos
	Pedro Salinas	Américo Castro		
1885		Nace Américo Castro, 4 de mayo de 1885, Cantagallo (Brasil).		
1891	Nace Pedro Salinas, 27 de noviembre, Madrid.	Tras su nacimiento en Brasil, Américo Castro viaja junto a su familia a Granada, donde desarrolla su educación primaria y secundaria.		
1897	Matriculado en el Colegio Hispano-Francés de la calle Toledo número 4.			
1898			Edición del <i>Poema de Mio Cid</i> , de Ramón Menéndez Pidal. Nace Federico García Lorca.	Crisis de 1898. Guerra hispano-americana y Tratado de París: pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.
1899	Muerte del padre de Salinas.		<i>De la enseñanza superior en España</i> , de Miguel de Unamuno.	
1900			Mueren José María Eça de Queiroz, Friedrich Nietzsche y Oscar Wilde. <i>Ninfeas</i> , Juan Ramón Jiménez.	Alfonso XIII, menor de edad: se nombra regente a su madre María Cristina. Se produce una gran agitación obrera en toda España. Muere el general Martínez Campos.

¹ Insertamos aquí la publicación de las obras literarias de Salinas para que el lector pueda establecer una mejor contextualización europea e hispánica de las obras de dicho autor.

1903	Accede al Instituto San Isidro, que posee gran reputación académica por seguir las pautas de la ILE.		<i>Los raros</i> , de Rubén Darío. <i>Antonio Azorín</i> , de Azorín. <i>Soledades, galerías y otros poemas</i> de A. Machado.	Los republicanos vencen en las principales ciudades en las elecciones del 28 de abril. Nuevo gobierno presidido por Antonio Maura
1908	Comienza sus estudios de Derecho en la Universidad Central.	Cursa estudios universitarios en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, tanto en la misma Granada como en Madrid. Amplía su formación en universidades europeas, como por ejemplo La Sorbona (París), donde tomó diferentes cursos entre 1905 y 1908.	<i>A lume spento</i> , de Ezra Pound. Rudolph C. Eucken, Premio Nobel <i>El encantador en putrefacción</i> , de Guillaume Apollinaire. Marinetti publica el <i>Manifiesto futurista</i> . <i>Elegías puras</i> , Juan Ramón Jiménez.	Muere Nicolás Salmerón. Se suspenden, a causa del terrorismo, las garantías constitucionales en Barcelona y Girona.
1909	Continúa sus estudios con notas no sobresalientes por su desencanto con el cerrado mundo jurídico, tan alejado de su imaginativa y poética personalidad.	Comienza, aproximadamente, su relación con la Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos. También entabla amistad con Manuel Bartolomé Cossío o Ramón Menéndez Pidal, al que considerará uno de sus maestros.	<i>Poesías</i> , de T. S. Eliot. <i>El fantasma de la ópera</i> , Gaston Leroux	En España, asamblea de Ayuntamientos vascos solicitando la autonomía regional. Se reconoce, asimismo, el derecho a la huelga, y se declara obligatoria la enseñanza elemental. Semana trágica de Barcelona. Fin de la guerra en el Rif.
1910	Se matricula en la carrera de Filosofía y Letras, sección de Historia. Visita con frecuencia el Ateneo y la tertulia de Ricardo Baeza. Conoce a Enrique Díez Canedo –con quien mantendrá una estrecha amistad– y a Moreno Villa.	Queda a cargo de la sección de Lexicografía del Centro de Estudios Históricos.	Inauguración de la Residencia de Estudiantes, dirigida por Alberto Jiménez Fraud. <i>Mi religión y otros ensayos breves</i> , de Unamuno.	Se permite a las mujeres estudiar en las Universidades. Fundación CNT. Manifestaciones para protestar por la política <i>anticatólica</i> del gobierno.

1911	Conoce a Margarita Bonmatí, la que será más tarde su esposa, y con la que tendrá dos hijos.	Se inviste doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid.	Aparecen publicadas las «Estrofas» de Pedro Salinas en <i>Prometeo</i> , que dirigirla más tarde Ramón Gómez de la Serna.	Intervención española en Marruecos; ocupación pacífica del distrito de Larache. Huelga general en Zaragoza.
			<i>El árbol de la ciencia</i> , Pío Baroja. <i>La soledad sonora</i> , de Juan Ramón Jiménez. Maurice Maeterlinck, Premio Nobel.	
1912	Comienza su relación con Margarita Bonmatí. Pasa unos meses en París estudiando «historia general del arte».		<i>Muerte en Venecia</i> , T. Mann. <i>Campos de Castilla</i> , de A. Machado. Gerhart Hauptmann, Premio Nobel.	Hundimiento del Titanic. Canalejas dimite y un día después retorna al poder. Asesinato de Canalejas y nombramiento de Romanones como Presidente del Consejo.
1912 / ¿13?	Disertación doctoral de Pedro Salinas acerca de los ilustradores del <i>Quijote</i> a lo largo de los siglos. Elegido en primavera secretario de la sección de literatura del Ateneo, presidido por Azaña.	Ocupa un puesto de auxiliar docente en la Facultad de Letras de Madrid, y publica uno de sus primeros trabajos: «Contribución al estudio del dialecto leonés de Zamora».	<i>Por el camino de Swan (En busca del tiempo perdido, I)</i> de M. Proust, obra que traducirá años más tarde Salinas Rabindranath Tagore, Premio Nobel.	A nivel europeo, segunda fase de la guerra balcánica. Se establece el DNI. Atentado fallido contra la monarquía (Alfonso XIII).
1914	Vuelve a Francia como lector de español (30 de noviembre) en La Sorbona de París, hasta 1917, cuando será relevado por el que más tarde se convertirá su «amigo perfecto», Jorge Guillén.	Publica «Disputa entre un cristiano y un judío». Se ha considerado la publicación de esta obra el comienzo de un camino intercultural e interreligioso que fructificará más tarde en sus obras de mayor importancia.	Se publica «Estrofas» y «Estancia en memoria de Jean Moréas», de Pedro Salinas, en la antología de José Brissa, <i>Parnaso Español Contemporáneo</i> .	Francisco Fernando asesinado en Sarajevo. Estalla la I Guerra Mundial. Batalla del Marne en Francia.

			<p><i>Non Serviam (Manifiesto creacionista)</i>, de Vicente Huidobro.</p> <p><i>Historia del pensamiento psicoanalítico</i>, de Sigmund Freud.</p> <p><i>Platero y yo</i>, de Juan Ramón Jiménez.</p> <p>Nace Julián Marías.</p>	España se declara neutral en la Gran Guerra.
1915	Vuelve a Madrid (junio) y contrae nupcias con Margarita Bonmatí (diciembre), antes de regresar a Francia y continuar con su lectorado.	Obtiene la cátedra de Historia de la Lengua Española –primera con esa denominación en el país–	<p><i>La muerte del cisne</i>, manifiesto antimodernista de Eugenio González Martínez.</p> <p><i>La metamorfosis</i>, Franz Kafka.</p> <p>Se funda la Residencia de Señoritas. Muere Francisco Giner de los Ríos.</p>	<p>Italia declara la guerra al Imperio Otomano.</p> <p>Se crea la Bolsa de Barcelona.</p>
1916	Conoce a Juan Ramón Jiménez.	Publica algunos textos de interés lingüístico, como los «Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes», con la colaboración del que más tarde sería su gran amigo, Federico de Onís.	<p>Salinas publica poemas en <i>España</i>, revista dirigida por Ortega y Gasset.</p> <p><i>Curso de lingüística general</i>, de Ferdinand de Saussure.</p> <p><i>Nocturno</i>, de Gabriele D'Annunzio.</p> <p><i>La lámpara maravillosa</i>, de Valle-Inclán.</p> <p><i>Arniches, La señorita de Trevélez</i>.</p> <p>Nace Camilo José Cela.</p>	<p>Muere Francisco José I, emperador de Austria.</p> <p>Las mujeres obtienen el derecho a voto en Noruega.</p> <p>Los socialistas de Madrid se declaran contrarios al nacionalismo catalán. La CNT pacta con UGT para desencadenar la huelga general.</p>

1917	Estancia de Guillén en Francia siguiendo su puesto de lector en la Sorbona		<p><i>La joven parca</i>, de Paul Valéry <i>Pancrock y otras observaciones</i>, de T. S. Elliot.</p> <p><i>Poesías escogidas y Sonetos espirituales</i>, de Juan Ramón Jiménez. Además, escribe <i>Diario de un poeta recién casado</i>, que se publicará años más tarde. Ramón Gómez de la Serna, primeras greguerías.</p>	<p>Estados Unidos entra en guerra a favor de los aliados. Se produce la Revolución Rusa de octubre y Lenin se sitúa al frente del nuevo gobierno. Detención del zar y su familia. Las potencias aliadas rompen relaciones con el nuevo país, que inicia contactos con Alemania y establece el cese del fuego.</p> <p>En España, Manuel García Prieto forma nuevo gobierno; es sustituido por Eduardo Dato en Junio. Primera huelga general revolucionaria en toda España.</p>
1918	Supera las oposiciones a cátedra y escoge la Universidad de Sevilla, adonde llevó la moderna manera de enseñar de la <i>explication du texte</i> , frente al historicismo y la erudición detallista.	<p>Pronuncia conferencias en toda Europa, especialmente en Francia, por su perfecto control sobre el idioma adquirido en La Sorbona.</p>	<p>Salinas escribe <i>Presagios</i>, aunque no se publicará hasta años más tarde.</p> <p><i>Manifiesto Dadá</i>, de Tristán Tzara. <i>Los heraldos negros</i>, de César Vallejo. <i>Caligramas</i>, de Guillaume Apollinaire. <i>A la sombra de las muchachas en flor</i> (<i>En busca del tiempo perdido, II</i>), tomo también traducido por Pedro Salinas al español.</p> <p>Se funda el Instituto-Escuela. Llega a España Vicente Huidobro, poeta vanguardista chileno.</p>	<p>Finaliza la I Guerra Mundial. En Rusia, estalla la guerra civil entre el ejército rojo y blanco; es ejecutada la familia Real. Proclamación de la República en Alemania. Se aprueba el sufragio femenino en Inglaterra (con limitaciones que serán abolidas en 1928).</p> <p>En España, crisis de gobierno. El rey encarga la formación de gabinete a García Prieto. Maura, nuevo Presidente; Cambó entra en el gobierno.</p>

1919	Se incorpora en la cátedra en febrero y conoce a Luis Cernuda, quien recibe un simple aprobado pero se entusiasma de la genialidad que desprende el profesor.	Publica <i>Vida de Lope de Vega, 1562-1635</i> , en colaboración con el profesor H.A. Rennart.	<i>Antología dadá</i> , de Tristan Tzara. <i>Demian</i> , de Herman Hesse. <i>Cantares</i> , de Ezra Pound. <i>La pipa de Kif</i> , Valle-Inclán.	Fundaciones de las primeras agrupaciones fascistas en Italia. Se funda la Internacional Comunista. En España, conflictos laborales e imposición jornada de ocho horas.
1920	Nace su hija Soledad (enero). Escribe a Guillén y pide una estancia para Cernuda en Oxford, de quien dice que está viviendo una auténtica crisis espiritual.		Publica poemas en <i>La Pluma</i> , revista dirigida por Manuel Azaña. <i>El cementerio marino</i> , de Paul Valéry. <i>Luces de bohemia</i> ; <i>Divinas palabras</i> Valle-Inclán. <i>Los caciques</i> . Arniches Muere Galdós.	Adolf Hitler funda el Partido Obrero Nacional-Socialista alemán. Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos que consagra el sufragio femenino (desde 1917 se había conseguido algunos estados) En España se crea La Legión (Millán Astray) dimite el gobierno y la Federación de Juventudes Socialistas se convierte en el PCE. Hay una reestructuración del gobierno y triunfan los conservadores en las elecciones.
1922	Consigue estancias trimestrales en Cambridge, tanto en este mismo año como en 1923.	Visita Marruecos, con especial interés en las juderías que allí se encontraban y que fueron fuente de muchos de sus estudios. <i>La enseñanza del español en España</i>	Traduce los dos primeros volúmenes de <i>En busca del tiempo perdido</i> , de Marcel Proust. <i>Poemas (1918-1921)</i> , de Ezra Pound. Anatole France, Premio Nobel. <i>Segunda Antología Poética</i> , de Juan Ramón Jiménez.	Fundación del Partido Comunista chino. Mussolini se convierte en <i>il Duce</i> del Partido Nacionalista Fascista italiano. En España, crisis de gobierno; el Rey ratifica a Eduardo Dato, que es asesinado poco después. Desastre de Annual en el Rif y formación del Partido Comunista Español.

1924	Inicia sus cursos de verano del Institut Français en Burgos, que se extenderán también a los veranos de 1925 y 1926.	<p>Tras haber viajado el año anterior por diferentes países de Hispanoamérica (Argentina, Uruguay y Chile), en este año realiza también conferencias en Estados Unidos (Columbia) y otras universidades de la zona. A finales de año pronuncia una conferencia en La Sorbona, donde había estudiado, a la que tituló <i>El pensamiento y la moral de Cervantes</i>.</p> <p><i>Lengua, enseñanza y literatura</i></p>	<p>Publicación de su primer poemario, <i>Presagios</i>, prologado por Juan Ramón Jiménez. Publica los artículos «Feijoo en varios tiempos» y «Claudio de la Torre: <i>En la vida del señor Alegre</i>».</p> <p><i>Manifiesto surrealista</i>, de André Breton.</p> <p><i>La montaña mágica</i>, Thomas Mann.</p> <p><i>Veinte poemas de amor y una canción desesperada</i>, Pablo Neruda.</p>	<p>Muerte de Lenin.</p> <p>En España, se clausura el Ateneo de Madrid. El año anterior se había iniciado la dictadura del Capitán General Primo de Rivera.</p>
1925	Nace su hijo Jaime Salinas. Comienza la amistad con Gabriel Miró.	<p>Publica <i>El pensamiento de Cervantes y Santa Teresa y otros ensayos</i>.</p>	<p>Publicación de la versión «en romance vulgar y lenguaje moderno» del Poema de Mio Cid (<i>Revista de Occidente</i>) y la edición de las <i>Poesías</i> de Juan Meléndez Valdés.</p> <p><i>Mein Kampf</i>, de Adolf Hitler.</p> <p>Georges Bernard Shaw, Premio Nobel.</p> <p><i>Marinero en tierra</i>, Rafael Alberti.</p> <p><i>La deshumanización del arte</i>, José Ortega y Gasset.</p>	<p>A nivel global, fundación de las SS en Alemania.</p> <p>El coronel Francisco Franco dirige el Tercio de Marruecos.</p> <p>Victoria Kent se convierte en la primera mujer que defiende a un procesado.</p> <p>Acuerdo franco-español en Marruecos y desembarco español en Alhucemas.</p>

1926	En abril firma la convocatoria del homenaje al tercer centenario del fallecimiento de Luis de Góngora, junto a Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Dámaso Alonso y Rafael Alberti.		Se publica <i>Víspera del gozo</i> , donde se recogen poemas y prosas publicados anteriormente en <i>Revista de Occidente</i> . Se inicia así la colección de narrativa «Nova novorum».	El partido fascista se convierte en Italia en el partido único por decreto ley tras el atentado contra Mussolini. España le concede al <i>duce</i> la cruz del mérito naval tras el nombramiento de Millán Astray como jefe de Tercio. Fin de la guerra de África
			Se crea el Círculo Lingüístico de Praga. Se funda la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid.	
1927	Dicta conferencias sobre Góngora en Córdoba, aunque no llega a culminar su edición de los sonetos del poeta ni se suma a la famosa gira de Sevilla en diciembre de 1927, donde se consagra el término de «Generación del 27».	Publica la «Biblia medieval romanceada»	<i>Ser y tiempo</i> , de M. Heidegger. <i>El lobo estepario</i> , de Hermann Hesse. Henri Bergson, Premio Nobel. <i>Mariana Pineda</i> , de García Lorca.	Mientras León Trotski es expulsado del Partido Comunista, en Italia se suprime el sistema parlamentario. En España, termina la guerra de Marruecos y se inician las obras de la Ciudad Universitaria de Madrid.
1928	Comienza a vivir en Madrid. En esa ciudad se encarga de dirigir de los cursos de verano para extranjeros del Centro de Estudios Históricos (1928-1931).	Vuelve a recorrer Hispanoamérica: México, Cuba y Puerto Rico.	<i>El yo y el inconsciente</i> , de Jung. <i>Orlando</i> , de Virginia Woolf. <i>Cántico</i> , primera serie, de Jorge Guillén. <i>Ámbito</i> , de Aleixandre. <i>Primer romancero gitano</i> , de García Lorca. Estreno en Francia de <i>Un perro andaluz</i> , de Buñuel.	Fracaso de Unión Patriótica tras la reorganización del gobierno. José María Escrivá de Balaguer funda el Opus Dei.

1929	Vuelve a Cambridge para dar las conferencias «Norman Maccoll» acerca del romanticismo español.	Profesor visitante en la Universidad de Berlín.	Publicación de <i>Seguro Azar</i> (<i>Revista de Occidente</i>).	<p>Trotsky se exilia.</p> <p>Se produce el conocido «<i>Crack</i>», con el hundimiento de la Bolsa de Wall Street.</p> <p>Censura cada vez más represiva en España. En Madrid y Barcelona cierran las universidades por las revueltas estudiantiles.</p>
			<p>Thomas Mann, Premio Nobel.</p> <p>Fundación del círculo de Viena.</p> <p><i>Segundo manifiesto surrealista</i>, de Breton.</p> <p><i>Una habitación propia</i>, de Virginia Woolf.</p> <p>Viaje de Federico García Lorca a Estados Unidos, germen de <i>Poeta en Nueva York</i>.</p> <p><i>Sobre los ángeles</i>, Alberti.</p> <p><i>La España del Cid</i>, Ramón Menéndez Pidal.</p> <p><i>La rebelión de las masas</i>, José Ortega y Gasset</p>	
1931	Salinas inicia una faceta de lucha como intelectual republicano que lo llevará al exilio años más tarde. Esa misma primavera, en el mes de marzo, Salinas había ido a Budapest para representar al Centro de Estudios Históricos en el Primer Congreso Internacional de Historia de la Literatura.	Es nombrado embajador en Alemania, cargo en el que permanecerá hasta el año siguiente.	Publicación de <i>Fábula y Signo</i> (Madrid, editorial Plutarco).	<p>En España, dimite el presidente Berenguer. Tras las elecciones a cortes, triunfo de republicanos y socialistas. Alfonso XIII deja España. Se proclama la Segunda República Española (14 de abril). La nueva Constitución concede a las mujeres el derecho a voto. Alcalá Zamora, presidente de la República.</p> <p>Presidente del Gobierno, Manuel Azaña.</p>
			<p><i>Un mundo feliz</i>, Aldous Huxley.</p> <p><i>Altazor</i>, de Vicente Huidobro.</p> <p><i>Ardor</i>, de Jorge Guillén.</p> <p><i>Los placeres prohibidos</i>, de Luis Cernuda.</p> <p>Nace Juan Goytisolo.</p>	

1932	<p>Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios Históricos, lo nombra responsable de la nueva Sección de Literatura Contemporánea y editor de la revista <i>Índice Literario</i> (1932-1936).</p> <p>Conoce a Katherine Reding (luego Katherine Whitmore) de la que se enamoró. Autores como Andrés Soria Olmedo afirman que es la musa de <i>La voz a ti debida</i>, <i>Razón de amor</i> y <i>Largo lamento</i>.</p>	Durante esta época publica artículos en el diario madrileño <i>El Sol</i> .	<p><i>Los vasos comunicantes</i>, de André Breton.</p> <p><i>Espadas como labios</i>; <i>La destrucción o el amor</i>; Aleixandre. <i>Donde habite el olvido</i>, Luis Cernuda <i>Tres sombreros de copa</i> (estrenada en postguerra). Primeras representaciones de <i>La Barraca</i>. Univ. Internacional Santander.</p>	<p>El nacional-socialismo fuerza más potente en Alemania, con Hitler como primer candidato a la presidencia del país. En Estados Unidos Roosevelt llega a la presidencia.</p> <p>En España se realizan adelantos sociales en la República, como aprobar la Ley de divorcio o suprimir la asignatura de religión de los centros.</p>
1933	<p>Con Dámaso Alonso, Bergamín, Fernández Almagro, García Lorca, Guillén, Marichalar y Claudio de la Torre constituyó la redacción de la revista <i>Los Cuatro Vientos</i>. Un incidente de la publicación dio lugar a la ruptura con Juan Ramón Jiménez.</p> <p>Se le concede la <i>Légion d'Honneur</i> por el gobierno francés. Es nombrado secretario de la Universidad de Santander.</p>	De nuevo efectúa Américo Castro viajes por diferentes universidades del continente europeo.	<p>Publica <i>La voz a ti debida</i> (Madrid, Signo / <i>Los Cuatro Vientos</i>)</p> <p><i>Residencia en la tierra</i>, de Pablo Neruda. <i>Yerma</i>, de García Lorca.</p>	<p>Adolf Hitler se consolida como canciller y disuelve los partidos políticos, instaurando un sistema dictatorial. Tras ello, los judíos son excluidos de la función pública.</p> <p>En España, se constituye la CEDA. El palacio de Alfonso XIII de Santander será el que albergue los cursos de verano de la Universidad de Santander. Se inaugura el nuevo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid y tiene lugar el famoso cruce universitario por el Mediterráneo</p>

1935	Acepta un puesto de profesor visitante en Wellesley College (Massachussets), prestigiosa Universidad cercana a Boston y exclusivamente femenina.	Es investido <i>doctor honoris causa</i> por la Universidad de Poitiers.	<p><i>Poemas</i>, de C. Cavafis (póstumo).</p> <p><i>La destrucción o el amor</i>, de V. Aleixandre.</p>	Hitler presenta el proyecto de las Leyes de Nuremberg, que suponen un ataque a los derechos de los judíos. Mientras, en España, Franco es elegido jefe del Estado Mayor Central del Ejército, estableciendo poco después el Frente Popular.
1936	Dirige con Dámaso Alonso la colección de clásicos «Primavera y flor» de la editorial Signo, donde publica Jorge Guillén la traducción del <i>Cantar de los cantares</i> y el propio Salinas una edición de San Juan de la Cruz. Hace efectivo su traslado a Wellesley College, mientras su mujer y sus hijos se dirigen a Argelia. Juan Ramón Jiménez lo acusa de plagio (anécdota de «La voz a mí debida»).	<p>Es investido <i>doctor honoris causa</i> por la Universidad de La Sorbona.</p> <p>Publica «Glosarios latino-españoles de la Edad Media».</p> <p>Al comienzo de la guerra, Américo Castro se exilió, dirigiéndose en primer lugar a Argentina. Desde allí escribe Cartas a Pedro Salinas asegurando que da conferencias y que, pese a todo, se siente afortunado de haber podido salir del país.</p>	<p>Publicación de <i>Razón de amor</i> (Madrid, Cruz y Raya).</p> <p><i>No pasarán</i>, Octavio Paz.</p> <p><i>La casa de Bernarda Alba</i>, de García Lorca.</p> <p><i>La realidad y el deseo</i>, de Luis Cernuda.</p> <p><i>El rayo que no cesa</i>, Miguel Hernández.</p> <p>Asesinato de Lorca y Ramiro de Maeztu y muerte de Unamuno.</p>	<p>Roosevelt es reelegido presidente al tiempo que Hitler invade la región de Renania.</p> <p>En España, Azaña conforma el gobierno tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones. Se producen el asesinato de Calvo Sotelo y el alzamiento militar dirigido por Mola. Madrid es duramente bombardeado y se decide trasladar el gobierno republicano a la sede valenciana. La Ciudad Universitaria de Madrid se convierte en frente de guerra. La Facultad de Filosofía y Letras sirve de cuartel a las Brigadas Internacionales.</p>

1937	Dicta las conferencias Turnbull; allí conoce a la futura traductora de su poesía, Eleanor Turnbull. Hasta 1939 alterna las clases en Wellesley College con un puesto de profesor visitante en Johns Hopkins University. Entabla relación con Juan Centeno y en mayo participó en una serie de conferencias junto con Fernando de los Ríos, oponiéndose a la idea de José Castillejo sobre la conveniencia de partir España ideológicamente.	Prosigue su exilio hacia los Estados Unidos. Comienza su andadura como profesor universitario en Madison-Wisconsin, donde impartirá clase durante dos años.	<i>España en el corazón</i> , de Pablo Neruda. <i>Poemas humanos</i> , de César Vallejo. <i>Muerte de Narciso</i> , de Lezama Lima. <i>La náusea</i> , de J. P. Sartre. <i>Vientos del pueblo</i> , Miguel Hernández <i>Guernica</i> , Picasso.	Se produce el bombardeo de Guernika, más tarde retratado por Pablo Picasso en una de las obras pictóricas más importantes de la historia española. Dimite Largo Caballero, sucedido por Negrín, a la par que Bilbao es invadida por el ejército franquista. En este año se reafirma Francisco Franco como caudillo
1938	Eleanor Turnbull publica una antología de sus poemas traducidos al inglés (<i>Lost Angel</i>).	Pide ayuda a Pedro Salinas para encontrar algo de trabajo para su hija Carmen.	Escribe Pedro Salinas <i>Largo lamento</i> , que será publicada póstumamente.	Anexión de Austria a Alemania. En España continúa la guerra civil: el Papa reconoce a Franco mientras las Brigadas Internacionales anuncian su retirada, y las tropas franquistas avanzan sobre Cataluña.
1939	Dolor ante el exilio. Participa en el Pen Club International en Nueva York con una intervención llamada «¿Puede la cultura sobrevivir al exilio?». En agosto viaja a México para dar conferencias.	Aproximadamente por estas fechas comienza a impartir clase en la universidad de Princeton, aunque también intervino en otras universidades de los Estados Unidos e hispanoamericanas.	<i>España aparta de mí este cáliz</i> , de César Vallejo (póstumo). <i>Las uvas de la ira</i> , de John Steinbeck.	Mientras Alemania anexiona Checoslovaquia e invade Polonia, Italia hace lo propio con Albania, y Gran Bretaña y Francia reconocen el gobierno de Franco. Estalla la II Guerra Mundial. Por su parte, en España las tropas franquistas invaden Barcelona y Azaña dimite (publica ese mismo año <i>Velada en Benicarló</i>). Finalmente, el ejército franquista se impone y

				Francisco Franco es nombrado Jefe del Estado. El país se declara, asimismo, neutral en la II Guerra Mundial.
1940	Obtiene la cátedra en el Departamento de Lenguas Románicas de Johns Hopkins, donde conoció al célebre romanista Leo Spitzer, exiliado de Alemania.	Tras la victoria del franquismo y su consumado y definitivo destierro, Américo Castro comienza una cruzada intelectual a través de la cual intentará explicarse –y explicar al resto– cuáles han sido los motivos históricos y políticos que llevaron a su país a semejante nivel de caos. La guerra civil y el dolor causado por ella explicará en buena parte cómo se gestaron sus posteriores obras.	<i>Por quién doblan las campanas</i> , de Ernest Hemingway	Alemania comienza una política de invasión europea y se construye en Austria el campo de concentración de Auschwitz. En España se inauguran las milicias de Falange y comienza la represión contra la masonería y el comunismo a través de tribunales especiales.
1942	Colabora con José Bergamín en la Editorial Séneca, de México, donde aparece su antología de Fray Luis de Granada, <i>Maravilla del mundo</i> (1949).	Organiza el homenaje a Lancaster y escribe diferentes artículos sobre el Renacimiento. En sus cartas hablará sobre la polémica con Leo Spitzer la publicación de un artículo sobre Cervantes. Organiza una conferencia en La Sorbona a la que invita a Salinas y a Jorge Guillén; dicha conferencia será problemática y ocupa un corpus de texto considerable en el epistolario. Polémica con Borges a raíz de su artículo sobre el habla rioplatense.	Pedro Salinas publica en Losada de Buenos Aires los cinco libros de poesía del período 1923-1936: <i>Poesía junta</i> . <i>Poesías</i> , de Fernando Pessoa. <i>Ocnos</i> , de Luis Cernuda. <i>La familia de Pascual Duarte</i> , Camilo José Cela.	México, país al que había viajado en diversas ocasiones Salinas, declara la guerra a las potencias del eje. Este mismo año Hitler decreta la ocupación de la Francia libre y sus tropas llegan a Stalingrado. En España se impone el decreto de creación de las cortes

1943	Se traslada a la Universidad de Puerto Rico. Conoce a Nilita Vientós, Luis Muñoz, el rector Jaime Banítez, entre otros. Dicta conferencias sobre Rubén Darío.	Escribe un ensayos sobre la poesía de Jorge Guillén.	<p><i>Nuevo canto de amor a Stalingrado</i>, de P. Neruda.</p> <p><i>Poemas</i>, de J. L. Borges.</p> <p><i>Espacio</i>, Juan Ramón Jiménez.</p>	<p>Se produce un gran ataque aéreo de los aliados contra Berlín. Más tarde Italia declara la guerra a Alemania y Roosevelt y Churchill piden la rendición de Japón y Alemania.</p> <p>En España se producen fuertes presiones para restaurar la monarquía, tras el atentado con bomba contra el local de Falange en Madrid.</p>
1945	Comienza una frenética actividad como dramaturgo.	Encontramos en el epistolario a un Américo Castro agobiado por acabar el primer tomo de <i>España en su historia</i> , por lo que podemos apreciar la cantidad de años que le llevó escribir dicha obra.	<p>Publica en la revista mexicana <i>El hijo pródigo</i> la semblanza de sus amigos y compañeros de generación «Nueve o diez poetas». También publica, tanto en inglés como en español, el poema «Cero» (o «Zero») que despierta la atención de Américo Castro, como podemos apreciar en el epistolario entre ambos escritores.</p> <p>Gabriela Mistral, Premio Nobel.</p> <p>Carmen Laforet, Premio Nadal (<i>Nada</i>).</p> <p><i>Paso a la aurora</i>, de Jorge Guillén.</p>	<p>Mientras Salinas está en Puerto Rico, se produce la <i>Conferencia de Yalta</i>, donde Stalin, Roosevelt y Churchill establecen las fronteras de Polonia y acuerdan la manera de ocupar Alemania. Se producen más tarde la Liberación de Budapest y la capitulación alemana en Italia, donde Mussolini es fusilado. También se produce el suicidio de Hitler y la ocupación de Berlín, mientras las bombas atómicas caen sobre Hiroshima y Nagasaki, suceso que marca un antes y un después en el pensamiento y poesía de Salinas.</p> <p>Por otro lado, este mismo año se forma un gobierno republicano en el exilio.</p>

1946	Da un curso de verano en Middlebury College y más tarde se reincorpora a su cátedra en Johns Hopkins.	Nace su nieta Lola. Realiza de nuevo viajes por Argentina –Buenos Aires– y Chile.	Pedro Salinas publica <i>El contemplado</i> , libro del que graba una lectura en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.	Se instaura la república en Italia y finaliza el proceso de Nuremberg con condenas a nazis. En España, condena por parte de la O.N.U. a la dictadura franquista.
			Comienza a publicarse la revista <i>Ínsula</i> . Herman Hesse, Premio Nobel.	
1947	Realiza viajes por diversos países de Sudamérica (Colombia, Ecuador y Perú), con conferencias bastante exitosas, algo que subió su ánimo tras el duro golpe del exilio. Algunas de esas conferencias serían recogidas en el volumen de <i>El defensor</i> , publicado al año siguiente.		Publica <i>Jorge Manrique o tradición y originalidad</i> .	Tratado de paz de París con Italia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Finlandia.
			<i>La peste</i> , Albert Camus. André Gide, Premio Nobel.	
1948	Alegre reencuentro con Dámaso Alonso.	Publica <i>España en su historia: cristianos, moros y judíos</i> , Buenos Aires, Losada. Se ha considerado su obra cumbre y aunque durante la génesis de la obra le surgieron dudas al respecto, en este mismo epistolario asegurará que «la construcción de mi España cristiano–islámica, no me la moverá nadie que no sea un idiota o un bellaco».	Publica el conjunto de ensayos <i>El defensor</i> y el libro crítico <i>La poesía de Rubén Darío, ensayo sobre el tema y los temas del poeta</i> .	Asesinato de Ghandi y la URSS bloquea Berlín. Se asiste a la creación del Estado de Israel y se produce el Apartheid en África del Sur. En España, el Partido comunista abandona la lucha armada.
			T. S. Eliot, Premio Nobel.	
1949	Profesor en la Summer School de Duke		Publica <i>Todo más claro y otros poemas</i> .	Se firma el Tratado del Atlántico Norte y se constituye la Alemania

	University. Vuelve a Europa y en Francia trabaja para la revista <i>Plural</i> , encargo realizado por el poeta mexicano Jaime Torres Bodet.		<p><i>El Aleph</i>, de Borges. William Faulkner, Premio Nobel.</p> <p><i>La casa encendida</i>, de Luis Rosales.</p>	<p>Occidental, con el consecuente desbloqueo de Berlín.</p> <p>En España, estallan diez bombas en Barcelona durante la visita de Franco.</p>
1950	Realiza una lectura de poemas en Washington, que serán grabados.		<p>Publica <i>La bomba increíble</i></p> <p><i>Canto general de Chile</i>, de Pablo Neruda. Bertrand Russel, Premio Nobel.</p>	<p>El presidente norteamericano Truman ordena fabricar la bomba H.</p> <p>En España se ejecuta a varios <i>maquis</i></p>
1951	Fallece a causa de un cáncer el día 4 de diciembre y es enterrado en Puerto Rico (San Juan).		<p>Publica <i>El desnudo impecable y otras narraciones</i>. Se estrenó su pieza teatral <i>La fuente del arcángel</i>.</p> <p><i>Esperando a Godot</i>, de Beckett. <i>El viejo y el mar</i>, de Hemingway</p>	<p>En España empieza a retroceder ligeramente la represión franquista, con medidas como el fin del racionamiento del pan y la libertad de precios, comercio y circulación de productos. Además, España ingresa en la UNESCO.</p>